Ethel Krauze

El país de las mandrágoras

«En un lado reinará la luz. En el otro, el corazón de la oscuridad.»

Este libro no debió ser escrito. Pero las voces que lo componen se rebelaron, abriéndose paso en forma de correos electrónicos, mensajes en redes, diarios, cartas, murmullos… Voces que empiezan a emanar de los chillidos de los pájaros, de los cauces de los ríos y de las crecientes nervaduras de las plantas. Voces que se convierten en raíces, ramas, brazos, atrapando a todos.

La primera en advertir el inicio de este drama es una profesora de español atenta al lenguaje de sus jóvenes alumnos, habituada a escuchar, dispuesta a descifrar los significados que, ahora, intenta negar: de la tierra surgen brotes de mandrágoras que no claudicarán. También habitan este país. No hay escapatoria. ¿Se ha vuelto loca? ¿O es el país el que está bocabajo? Adrián, uno de esos muchachos, está viviendo sus últimos minutos. Tiene las manos y los pies atados. No ve nada. Una bolsa de plástico le cubre la cabeza. Ya no se mueve. Su corazón aún batalla. *Y Gilda es un pájaro que pasa bajo mis párpados rociando unas gotas de agua en las pestañas*.

Con un ritmo imparable, una baraja de técnicas literarias y un espíritu poético imbatible para acometer un tema tan candente, Ethel Krauze da muestra en esta novela de su capacidad para renovarse en la permanencia de su profundidad y de su lirismo.

Ethel Krauze

El país de las mandrágoras

ePub r1.1
orhi 23.05.2021

Título original: *El país de las mandrágoras*
Ethel Krauze, 2016

Editor digital: orhi
ePub base r2.1

PROYECTO SCRIPTORIUM

3º Aniversario

Este libro no puede llevar dedicatoria:
es, en sí mismo, una dedicatoria.

La escritura de este libro no expresa
gratitud alguna: por el contrario,
lamenta haber tenido que escribirse.

Aviso

Las cosas empezaron a salirse de madre. No sé si fue de pronto, o lentamente. Cuando me di cuenta, ya se asomaban los brotes por acá y por allá, germinando, decididos a ocupar un lugar en este mundo.

Sé lo que digo. No estoy loca. Nada de eso. He visto cómo crecen en las esquinas de la casa, torciéndose hacia la luz. Nacen entre los surcos de la mesa del comedor, en los poros de los mosquiteros; aparecen en los diminutos orificios de la bocina del teléfono, se cuelan por los respiraderos y las gárgolas; se enredan en los lienzos de las cortinas y se pegan como algas a los focos de las lámparas.

Son los hijos muertos, sacando la cabeza de la oscuridad. Sus delgados brazos-ramas huelen a tierra todavía húmeda y llenan de una dulce podredumbre el ambiente. Sus corazones palpitan en las sienes de quienes podemos verlos. Son como una cabalgata a lomo de hierro.

Luego de un rato, la sensación es insoportable. No hay medicamento. Sólo cerrar los ojos. Pensar en algo diferente.

No sé por qué sólo algunas personas vemos a estas creaturas indecibles pululando en nuestras cosas, irrumpiendo en nuestra vida diaria. No sé si los otros fingen ceguera o, de plano, son inmunes.

Puedo oír sus voces… como si el líquido que emana de sus nervaduras, esa lenta savia amarga, contuviera un lamento, ¿una plegaria? Una savia que es sangre y que es lágrima corriendo en su interior, alimentándolos de su propia existencia inexplicable.

Yo no he tenido hijos. Por eso me pregunto qué hacen estos seres vegetales con cuerpo de muchachos y muchachas floreciendo en mi espacio.

Habiendo tantas madres deshijadas, tantos padres desposeídos

de sus hijos, ¿por qué no ven lo que yo?, ¿por qué, aquéllos, no renacen en sus camas de muertos, en los vientres que los parieron y en los brazos que los acunaron?

Sólo soy una profesora de español en una universidad de provincia. Sólo sé de palabras y de libros. ¿Por qué me persiguen? ¿Qué esperan de mí? Brotan, crecen, azuzan el aire y el fuego que me rodea. Si me acerco a mirarlos, las marcas redondas de sus pequeños troncos tiemblan como ojos empapados de estupor.

Que nadie piense que he perdido la cordura. Tal vez no sepa dónde se encuentra, pero, definitivamente, no fui yo quien la perdió.

Y para muestra, basta contar la historia tal como ha ocurrido.

Primera parte:
Los brotes

1

Yo estaba lavando mis tazas de café en la cocina, digo “tazas”, en plural, porque las voy dejando abandonadas, una a una, donde quiera, como adornos de la semana, y sólo el domingo me dispongo a recogerlas.

Me hacen sentir acompañada, como si fueran señales de una presencia constante a mi rededor. Cada taza es única, con su peso, su color y su brillo particular. He ido juntándolas entre viajes por los pueblitos y regalos de los que me conocen la manía. Me gusta contemplar las huellas de mis labios pintados de rojo; o los posos muy incrustados, dibujando mapas, venas, destinos indescifrables que no perseguiré; o las posturas de las asas, que me parecen matronas descaradas o náyades de finos brazos invitantes. Mi taza de óvalo con un solo ojo; la taza en cruz de doble asa; la taza-medallón que yo misma pinté; el juego de tacitas blancas en forma de huevo y su tetera gallina. ¡Las tazas en las que he bebido mis propias lágrimas!

El caso es que estaba inmersa en estas invocaciones, cuando el pájaro amarillo que hace su escala en el ficus gigante, antes del anochecer, empezó a cantar. No hubiera tenido nada de extraño, salvo por el zumbido que esta vez acompañó sus trinos. Un zumbido penetrante que me taladró los oídos y me llegó al centro del cerebro. Con nada se me quitó. Probé infusiones y vaporizaciones. Leí. Medité. Volví a leer. Finalmente, creí que dormitaba. No. El zumbido se convertía en murmullo; el murmullo, en un rocío de palabras.

¿Cómo habría de saber, en ese momento, que el muchacho que todos buscan en Xiutlaltepec, hablaba en mi cabeza por el pico de un pájaro amarillo?:

Adrián:

Finalmente estoy viviendo mis últimos minutos. ¿Segundos? Todo me lleva a

esto: tengo las manos y los pies atados. No veo nada. Una bolsa de plástico me cubre la cabeza. Ya no me muevo. Mi corazón aún batalla.

Y Gilda es un pájaro que pasa bajo mis párpados rociando unas gotas de agua en las pestañas.

Me levanté de la cama con un sobresalto. Fui a encender la computadora, buscando noticias de Adrián Galindo y de sus compañeros… Me llegó un correo electrónico urgente, que abrí en seguida.

¿Quién me habría reenviado los mensajes que intercambiaban dos exalumnas?

De: <Gilda Ruiz> para: <Renata Henzel>

Te odio, odiosa, ¿dónde te metiste? ¿Por qué no me contestas?

De: <Gilda Ruiz> para: <Renata Henzel>

¿Dónde andas? Estoy preocupada. Adrián no aparece. Ya le mandé un millón de mensajes. ¿Tú crees que se haya ido sin despedirse?

De: <Gilda Ruiz> para: <Renata Henzel>

¡Contesta, animal! Ya deja la broma, Renata, va en serio. Su hermana tampoco sabe nada.

¿A poco ya se largaron esos tres mosqueteros a cazar gringas en algún cenote de Chiapas? Hasta puedo verlos: Félix, Guardiola y Adrián, en una playa nudista… ¡Soy una provinciana de quinta! Lo sé. Pero no me cabe en la cabeza que Adrián no responda un solo mensaje. Y tú tampoco.

¿Sabes qué? ¡Que se pudra en el infierno! Y tú también, *bitch!*

Supuse que era tanta soledad acumulada. Me tomé dos píldoras para dormir, y apagué la luz. Caí como bloque de granito. La alarma del despertador me remojó con su *Barcarola* de Chopin. Había sido mi elección de la semana. Sí, soy animal de siete días, mudo el pelambre y las costumbres inocuas.

Al fondo de la música, el zumbido. Mi corazón brincó. Me tapé los oídos. El zumbido que se volvió murmullo; el murmullo que se volvió un rocío de palabras, más agitado que el anterior:

Adrián:

No, no está sucediendo. Ya hubiera muerto. Si tuviera la bolsa amarrada al cuello ni siquiera podría hilar estas frases dentro de mi cabeza. No podría desmenuzar el instante en el que El Chava dijo: "No miren para allá". Y los tres

miramos, como que pediríamos otra ronda, como que nos rascábamos la cabeza, como que buscábamos al cantinero de reojo. El pelón echó una fumarola de cigarro agrio directo a nuestra mesa y encaró a Ramiro. Ramiro dijo: "¡Qué!".

Oigo roces de zapatos contra las patas de las sillas. Mesas de lámina agitándose. Tarros espumosos. Un trozo de canción alegre desvaneciéndose detrás de la barra.

2

No quería ver lo inevitable. Me sumergía en mis papeles, los exámenes del semestre, la actualización de la bibliografía, la revisión de los programas. Pero el nuevo inquilino de mi escritorio ya se había convertido en un pequeño tubérculo rugoso. Todavía, en fase de negación, le puse encima el pisapapeles, como quien no mira, obligándolo a doblarse sobre sí mismo. Me pareció que si había algo vivo ahí, no tendría más remedio que morir asfixiado.

Las cosas nunca son como uno las piensa. Una vez estuve embarazada, pero fue en el tiempo equivocado y en la circunstancia indeseada. Durante años sepulté el recuerdo de ese botón que no llegó a florecer dentro de mí. Nunca supe si fue el remedio o la culpa lo que desdibujó al hijo que nunca habría de tener.

Pero, hace poco, volvieron los fantasmas de aquella antigua desazón.

Una noche desperté, sudorosa y sin aliento, de la pesadilla. Corrí descalza, el camisón flotando bajo las estrellas mientras cruzaba el jardín, hacia el búngalo de mi estudio. Tenía que quitar el pisapapeles, liberar ese tubérculo que comenzaba a vivir entre las carnes de mi escritorio.

Volé, sollozando, ardiendo en una atmósfera de hielo.

Cuando llegué a la puerta del estudio, encontré el pisapapeles volteado en el suelo, como si alguna fuerza lo hubiera arrojado con violencia. Ya no había nada qué hacer. La raíz había crecido y con sus brazos abiertos me saludaba, aposentada en una de las esquinas de mi escritorio.

Era una raíz macho, y suspiraba, con la gracia de un muchacho que ha regresado a casa luego de una larga travesía.

Instintivamente se volvió hacia la ventana, buscando la luz. Me apresuré a levantar la persiana: el ojo lánguido de la luna se derramó sobre el tubérculo, y éste se estremeció.

—¿Agua? ¿quieres agua? —me oí, preguntándole. Antes de reconocer que era absurda mi pregunta y que no debía esperar una respuesta, fui, diligentemente, por la regadera del jardín.

No quería pensar más que en la acción inmediata. Así que rocié el tubérculo, cuidando de humedecerle brazos y cabeza; estoy consciente de que le llamo "brazos" a las ramas y "cabeza" a la protuberancia que lo corona. Fue inevitable.

Pronto entendería el porqué. Las cosas empezaron a hablar. Todo, todo me hablaba. Los correos electrónicos aparecían diariamente en la pantalla, incluso antes de que le diera clic al teclado:

De: <Gilda Ruiz> para: <Renata Henzel>

Mándame un mensaje, foto, lo que sea. Ando perdida, auxilio, me asfixio en este pueblo. ¿Te dije que te odio? ¡Te odio!

De: <Gilda Ruiz> para: <Renata Henzel>

Ya, estoy calmada. Pero todavía te odio. Odio a Adrián. ¡Por qué no contestan, carajo!

Llueve todo el día y al primer relámpago se va la luz. ¿Puedes imaginártelo? Me quedo contemplando, desde el balcón, los remolinos de agua entre los que se enredan varas, bolsas de basura y, créeme, hasta ratas tiesas. Ah, también vi una gallina ahogada.

Mi mamá insiste en que lo mejor es empezar con un trabajo sencillo aquí mismo y adquirir experiencia. Sí, gran experiencia entre el olor a tierra, los cacareos de gallo y las artesanías. ¡Me muero por un poco de movimiento, bullicio, cláxones, edificios, antros!

¡Renata, estoy delirando! ¡Quiero regresar a clases! Fuera de ellas, me siento… fuera de mí. Tengo tantos años de ser estudiante que ahora no sé quién soy. Extraño a la profesora Tana. Parezco bebé. No sé nada de Adrián.

De: <Gilda Ruiz> para: <Renata Henzel>

Sí, estoy llorando. Mientras que tú has de estar flotando en una góndola, seducida por un italiano de ojos negros: la cereza del pastel de tu premio de graduación.

¿Por qué es tan injusta la vida? Yo tengo una madre soltera y fregada que escribe cuentos para niños con el seudónimo de "Edelmira", ¡hazme el favor!, lo peor es que no es seudónimo, porque en serio se llama Ruth Edelmira (ya te lo he contado muchas veces, no me odies, necesito desquitarme), el caso es que, para lo que gana con sus regalías, sólo puede premiarme con unos molletes calientitos llevados a la cama y muchas

bendiciones para que encuentre pronto empleo. Tú, en cambio, tienes papá rico que te manda a Europa para que te relajes y te tomes tu tiempo. Ni tú ni yo hemos hecho nada para venir de donde vinimos. Nacimos, y punto.

Pero esto sí es el colmo: tres semanas con cuatro días. Eres una cabrona, *best friend*. ¡Nunca me habías dejado plantada tanto tiempo! No lo creo de ti. ¿Te moriste? ¿Te casaste? Al fin que es lo mismo.

Clic. Clic. Clic. Quería apagar la pantalla. No. Imposible, no obedecía. Entonces abría una nueva pestaña, buscaba la cartelera de cines. El título del estreno y la sinopsis no eran otra cosa, sino… ¡la continuación de los mensajes!

De: <Gilda Ruiz> para: <Renata Henzel>

Te necesito, ¿sabes? Hace un mes que no veo a Adrián. Un mes completo. Te platiqué. Sí te platiqué, ¿verdad? ¡Claro que te platiqué, mensa! Te dije que no lo olvido y no puedo con este charco caliente en el corazón. Te dije que lo dejé ir. No puedo ponerme a competir con "la vida".

¿O sí? No.

Si me ponen a una tipa enfrente, bien. Pero "la vida" me parece demasiado nebulosa como rival. Demasiado grande y empavorecedora. "¿Que tienes veintitrés años y necesitas moverte por la vida sin etiquetas? Disculpa, nunca me consideré una etiqueta paralizadora de la vida".

Claro que las cosas no fueron exactamente así, ni nos dijimos precisamente estas frases. Pero tú entiendes. Te estoy dando la esencia del asunto.

¡Qué podrido sabor de alma me dejó ese último encuentro!

Como te fuiste una semana antes, ya no me oíste llorar como un apantle desbordado, ya no te compadeciste de mí, sobándome la frente, acurrucada a mi lado. Pero te lo he puesto por escrito muchas veces.

Te voy a bloquear de mi *mail* y del MSN, de mi Facebook y de mi twitter. ¡Y pensar que fuimos juntas a la escuela desde primero de secundaria, y tú decidiste estudiar Ciencias de la Comunicación sólo por seguirme! ¿De qué te ha servido la "comunicación" si no te conectas?

De: <Gilda Ruiz> para: <Renata Henzel>

¿Ya te cansaste de mandarme a la chingada?

No sé por qué me acuerdo de cuando aprendimos a besar, primero en los espejos y luego… con nuestras magníficas lenguas de reptil, moradas, calientes, salivosas… ¡Puta madre! ¿Yo escribí esto? La *miss* Tana estará orgullosa de su mejor alumna de Expresión Verbal Oral y Escrita. Me tomé unos *drinks* con las amigas de mi mamá.

No estoy mal de la cabeza, lo que pasa es que ya no se puede salir por la

noche con tanto vándalo por los alrededores. Me quedo encerrada en mi propio jugo, extrañando los labios de Adrián, su boca en mi cuello, ese sabor entre dulce y salado de nuestros cuerpos en el calorón de la primavera pasada…

Los truenos ya me dieron miedo y tengo que apagar este aparato, corro el riesgo de que me caiga un rayo y que llegue hasta ti, méndiga malagradecida.

Antes de que escriba algo peor, aquí la dejamos.

No sé de Adrián. No sé nada de él. Está moviéndose en "la vida", supongo. Y eso significa que ha de andar flotando, evanescente, inencontrable. ¡Ayúdame!

El vapor de la cafetera me llegaba a los oídos y se me enredaba alrededor del cuello, susurrándome:

Adrián:

Todos alrededor de la mesa. Los amigos de la infancia: Guardiola, Félix y yo, y los nuevos amigos: Ramiro y su primo El Chava, quince años mayor que nosotros, y por eso, una especie de guía nocturno, de gurú político, de maestro de la estrategia y la experiencia.

Félix, rebelándose ante el domingo que estaba a punto de expirar, pidió otra ronda. Guardiola golpeó la mesa con ambas manos a modo de tamborileo, tal vez para aplacar dentro de sí el murmullo que crecía en la mesa del fondo. Tres tipos bravucones, pensé. No vi que uno de ellos repasó al Chava como si lo lamiera con los ojos, desde la punta de la bota hasta el mechón brillante de sus canas tiernas que lo delataban en su cara de niño.

En aquel momento, no vi lo que ahora veo. Un movimiento, como paso de tango, en cámara lenta. Fue casi una coreografía. El drama oculto en una melodía o el elíxir de amor entre un toro y su torero antes de la estocada. Esa última mirada que Gilda me dedicó para que me sintiera miserable y que en realidad me hizo sentir amado y bendecido.

Abría los ojos de nuevo y parpadeaba la pantalla del televisor con las cartas cruzadas de la amiga, desde el otro lado del mundo:

De: <Renata Henzel> para: <Gilda Ruiz>

El amable señor chino que está a mi lado me ha prestado su Ipad para enviarte este breve mensaje, que él mismo está leyendo ahora, pues habla un español divino. Dice que son las 2 am, tiempo mío (¿mío?). Dice que aprendió en España, por lo que tiene un acento eshpañol, también divino.

Como verás, mejor te escribo luego. Sigo viva, amiguita. Bueno, medio viva. El señor chino… dice que es de Hong Kong y su inglés es británico. Ya tengo que devolverle el aparato.

PD: Mirando por la ventanilla siento como si tuviera un columpio en el pecho. ¡Estoy flotando sobre los Pirineos, como nube de algodón! Los picos nevados no se acaban nunca, son crestas y crestas de olas petrificadas en eterno movimiento (yo también tuve a la profesora Tana, no lo olvides)…

¿En qué lugar de mi vida, de todo lo que será mi vida, me encuentro ahora? ¡Y todo lo que me falta por contarte!

PPD: ¡No he podido abrir mi correo y se mojó mi IPhone!

PPPD: El chino se durmió y le tomé prestado esto para escribirte, ahora sí, sin que esté espiando la pantalla. Te cuento que en un crucero a Capri nos atrapó una tromba, el barco se balanceaba como en las peores películas gringas de carabelas y piratas, y yo, como si me hubieran contratado *ex profeso*, me dediqué a devolver el estómago, tanto, que, en medio de mi trance, salí a cubierta, las olas me cayeron encima y se descompuso toda la tecnología que llevaba metida en la chamarra y en los *jeans*, ¡toda!

Giorgio, el guía italiano, que dizque andaba galanteándome desde que aterrizamos en Roma, se asqueó y me mandó al baño con un puñado de servilletas. El resto del itinerario en la isla me la pasé haciendo arcadas, con la cara verde y los pelos pegajosos. Sólo puedo decirte de Italia que no vuelvo a probar un bocado de *penne* en toda mi vida (me refiero al "alimento", o sea, en un plato, captas, ¿verdad?) Jamás volveré a cenar con alguien que se llame Giorgio, qué estúpido nombre.

Creo que ya comenzó el descenso. Me muero por leer tus mensajes, pero mejor no, se va a despertar el chino. Luego sigo. Creo que voy a vomitar…

La historia se remendaba a pedazos. Hilos por allá y por acá conectándose y desconectándose y reconectándose entre flujos de electrones y sonidos que formaban culebras de palabras.

Y no se acaba.

Adrián:

Se acaba el aire. El aire comprimido de esta bolsa por la que miro cómo mi vida está por disolverse. Si apenas respiro, si ya no tengo más tejido en los pulmones (lo sé, porque oigo mi resuello como si frotara aserrín: no sabía que la asfixia fuera un hambre de saliva, una sed de vaho en el paladar, una blancura seca, como papel a punto de romperse); si esto es así, ¿cómo es que una fragancia de menta y de lima me rodea?

3

La mandrágora es una de las plantas más misteriosas (*mandragora autumnalis*). En España se da en abundancia, especialmente en Andalucía.

La forma humana de su raíz le ha dado el prestigio histórico de ser una planta mágica por excelencia, y se le han atribuido toda clase de poderes y supersticiones. Pitágoras la llamó *anthropomorphon*, pues la raíz de la mandrágora tiene tronco, cabeza, dos piernas y dos brazos.

Hay dos clases de mandrágora: una macho, si la raíz tiene forma de hombre; y una hembra, si la raíz tiene forma de mujer. Si dos de estas raíces distintas se juntan, ya se sabe lo que puede ocurrir: "*o home e lume e a mulher estopa*", como dicen los portugueses.

Desde aquella aparición, he tenido que investigar. Necesito encontrar un ancla. Una arista de luz en todo este despeñadero.

Los mensajes aparecen ahora en mi celular. Las voces se filtran bajo las puertas como humo envenenado que, de pronto, cobrara sentido en mi cerebro. Yo sólo reproduzco las palabras…

De: <Gilda Ruiz> para: <Renata Henzel>

¡Por fin te dignas! ¿Estás ciega o sorda? Las cosas se han puesto horribles aquí, Renata. Estoy viendo la televisión, es medianoche. Mi mamá no me deja salir después de las diez, está tecleando en su recámara. Frente a mis ojos pasan en la pantalla, como ráfagas de metralleta, las imágenes: bandas de narcos descuartizándose por el control de las plazas, mantas amenazantes, desaparecidos, balaceras.

En medio país, Renata. Se habla de "levantones". No entiendo bien quiénes "levantan" y quiénes son los "levantados". Se supone que todo pasa entre criminales.

No te has enterado de nada de esto porque tú andas hipnotizada en tu mundo de cristal. Yo tampoco ponía atención a estas cosas, pero ahora no puedo evitarlo.

¿Quieres que te diga por qué brinca de emoción mi mamá con la

historia que está escribiendo? La contrató la asociación de padres de familia de Xiutlaltepec para que haga un cuento sobre cómo deben reaccionar los niños ante las balaceras, ¿entiendes lo que te estoy diciendo? ¡Un protocolo infantil para las balaceras en la escuela! ¡Con manual para maestros! No sé si te enteraste: en Xocotlaltenango, hace dos semanas, le dieron la medalla de honor a la maestra que calmó a sus niños de cinco años, cantándoles canciones, mientras se echaban todos al suelo en medio de un fuego cruzado entre bandas criminales…

Estoy temblando.

Cinthia, la hermana de Adrián, me dejó un mensaje anoche, que si sabía yo algo de Adrián, porque su papá ya empezó a preocuparse.

De: <Renata Henzel> para: <Gilda Ruiz>

No lo vas a creer, pero te estoy enviando este mensaje desde la Plaza de Catalunya (no estoy turisteando ni comprando regalitos).

¡Traigo una pancarta en las manos! ¡Estoy con "Los indignados"! (Obvio, no me distingo en la foto, pero por ahí me encuentras)

¡Es fabuloso, Gilda! La locura, la pasión, la humanidad volcada. ¿Te has enterado de esta revolución? Bueno, luego sigo…

Adrián:

¿Cómo puedo sentir los efluvios de manzana verde y de romero en el corazón de un único olor?, ¿es posible que el aroma de Gilda me acompañe, con su acorde de loto azul y su nota de espuma de mar?

¿Eres tú, Gilda, en esta aciaga hora? O sólo es el truco atroz de mi memoria, el perfume que te untabas reverberado en tu piel, tomando ron, sentados en el tronco del viejo colorín que se arqueaba, a modo de columpio. Tus manos a la deriva por mi cuerpo. El tóxico vapor de tus sudores.

Me ahogo, Gilda. Me ahogo.

4

Yo escribo bajo el agua. Y es verdad. Sólo yo conozco el corazón cristalino que brota por debajo del barranco, a la orilla de las jacarandas. Allí voy a beberme las lágrimas de todos los que han perdido a sus hijos. No sé por qué Dios me dio esta tarea. Sólo soy una simple profesora de español. Si alguna vez soñé escribir una novela, no era ésta, ¿por qué debo contar la desgarradura de un pueblo en el que ni siquiera nací?

Cuando me llegó a Washington la invitación de *The Center for Linguistic & Multicultural Studies,* de la Universidad Internacional, para fundar la nueva Maestría en Enseñanza del Español como Lengua Extranjera en Cuernavaca, me sedujo la posibilidad de vivir a las afueras de la ciudad, en un lugar donde se cruzan los verdores y el agua, y éste es precisamente el significado náhuatl de Xiutlaltepec, uno de los municipios conurbados, con su valle de sembradíos y sus apantles infinitos cantándole a la tierra.

Ya había tenido suficiente "mundo" promoviendo programas culturales con el entonces recién estrenado Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Los asépticos amores con Vicente Trigo, un colega hispano, me habían dejado exhausta de avidez. Era el momento de volar, ¿o de aterrizar?

Mis padres felicitaron mucho mi decisión de volver al país donde se enamoraron y en el que me dieron a luz.

Yo vengo del norte, donde las mujeres son correosas, de piernas largas, de hablar duro. Mi padre, como buen judío neoyorkino, enamorado del drama ajeno, bajó a buscar mundo en tierras mexicanas. Encontró una rubia sonorense más bragada que él, mi madre. Y de esa explosiva mezcla vine al mundo un mes de julio, en las playas del desierto, preparada para el calor, la compasión, la supervivencia, y el don de muchas lenguas que escuchan hasta el silencio.

Los dedos de agua que me recorren la espalda van dejando una escritura sobre mí. Una escritura de fuego. Para descifrarla, debo transcribirla sobre el papel. Pero, ¿cómo voy a *verme* la espalda? No, no es posible. Tengo que sentir, sentir el paso de ese fuego líquido en mi piel, escuchar cómo se hiende la carne, cómo se rasga y cruje, cómo queda palpitando, sin comprender qué pasa. No es cosa de ver. Nada de esto es cosa de ver.

En realidad, nunca quisimos ver.

Mi madre me escogió el Cayetana por su abuela, que era fuerte como una piedra protectora, tal como su origen latino. Pero mi padre lo dejó en Tana, que suena a diminutivo eslavo o modismo gringo. Mi nombre es una mezcla extraña de los muchos sabores que me componen: Tana West Cruz.

Vine a Cuernavaca en la época en que los estudiantes extranjeros brotaban por racimos, convocados por la exuberancia de sus flores y la temperanza de su sol. Jóvenes llegados de las nieves y la oscuridad cambiaban sus idiomas angulosos y susurrados por las sonrientes vocales y los cantanditos mexicanos.

Y sigo en esta espiral, esperando que mi vida alguna vez comience.

El agua escribe surcos sobre mi piel, dejando marcas imborrables que en las noches arden como heridas y tienen su propia voz:

De: <Gilda Ruiz> para: <Renata Henzel>

¡Estoy desesperada! Tienes que comunicarte conmigo, Renata. Esto ya no es broma. No es broma. No es broma.

El papá de Adrián se reunió con los padres de Félix y de Guardiola y fueron juntos a denunciar la desaparición de los tres. El escándalo del fin de semana es que en Cuernavaca amanecieron con cinco cabezas colgando del puente peatonal que cruza la autopista.

¿Entiendes de lo que te estoy hablando?

De: <Renata Henzel> para: <Gilda Ruiz>

Tú eres la hermana que nunca tuve, Gilda, y con esta verdad en la mano te digo que, desde aquí, yo veo otro panorama.

Creo que Adrián está realmente viviendo a fondo “la vida” y, una vez que se la haya terminado de una bocanada, volverá vivito y *culeando*, literalmente, por ti (perdón por la broma, ya sé que no es hora de bromas, pero no lo digo en broma).

Las cosas de los narcos sólo son venganzas entre ellos. Adrián sabe cuidarse muy bien, lo ha demostrado un sinfín de ocasiones durante muchas noches de antros y de pintas en las que nos hemos enredado todos los amigos. No le exagera a los alcoholes y por algo es el filósofo, el literato y el antropólogo del grupo. Aunque, a veces, es un infame que sólo piensa en sus propias obsesiones, como ahora. Creo que tiene apagado su celular y quiere experimentar una relación diferente con el mundo.

¡No te preocupes por adelantado! Ya tendrás oportunidad de lanzarle a la cabeza el diccionario de retórica y poética. Y de lanzártele tú a besos.

Te escribo desde una de las carpas que tenemos "Los indignados". Aquí duermo y cocino y hago pancartas.

Conocí a Matéu, así, con acento y con *u*, Matéu Landa… ¡hasta su nombre es divino! Ya te contaré. He gritado tanto que tengo la garganta lacerada.

Nunca había sentido este remolino de emociones en las que todos somos como una sola voz, clamando por justicia. No puede ser que las leyes de un mercado de divisas, que nosotros no inventamos, ahora nos gobiernen y quieran destruirnos. (Vas a pensar que me lavaron el cerebro, pero no, se lavó solito, que ya le hacía falta ¡y quedó reluciente!)

Me dirán que yo soy de los privilegiados, que de qué diablos estoy protestando y que no tengo vela en este entierro… Pero vengo descubriendo que tengo mi propia llama en el corazón y que también me llama.

¡Quiero escucharla, Gilda, seguirla! ¡Que me incendie entera!

Adrián:

—Ya. Métanse al coche —ordena El Chava.

Guardiola al volante. Nunca lo hace, pero ahora… ¿por qué tomó el volante Guardiola? Si Félix hubiera manejado, tal vez habría llegado pronto a la autopista, se habría desviado entre los vericuetos que conocemos, rumbo al pueblo.

Félix no había rebasado su nivel de alcohol en la sangre, para tener los ojos limpios y las manos firmes. Pero su docilidad, su espíritu conciliador, lo retuvieron delante de la urgencia de Guardiola.

La orden del Chava es rotunda. Ramiro tiene las aletas de la nariz tensas y el gesto se le tuerce, como muñeco de ventrílocuo. Guardiola me empuja hacia el asiento del copiloto. Siento el golpe del aire sobre los rones y la última cerveza. Un torbellino fugaz en las rodillas. Me reclino sobre el respaldo.

Pisa el acelerador. Las frases se me confunden en el soplo de la ventanilla abierta:

—Por allá.

—No, por allá.

—¡Te dije que por allá, chingao!

—¡Dónde, dónde, güey!

Volábamos en el viejo Chevrolet que nos llevaría a una pintoresca odisea por las selvas del sureste, hacia la Sierra Madre del Sur. Recorreríamos las zonas arqueológicas y nos bañaríamos en los cenotes sagrados de milagroso color, y lucharíamos contra lianas y cometas, hasta henchirnos el pecho; entonces, regresaríamos al pueblo más sabios, más viejos, más serenos, a enamorarnos de nuevo de nuestras novias.

Un ulular de chicharra viene acercándose, cercándonos. Entrecierro los ojos, como si quisiera detener el paisaje, el oscuro rictus de la luna.

De: <Gilda Ruiz> para: <Renata Henzel>

Me pintaste una carita sonriente, hasta sentí tu mano en mi hombro. Gracias por pensar un rato en mí, en medio de esa pirotecnia en la que estás a punto de quemarte.

No te imagino cocinando en una carpa de "indignados". Todas estas palabras juntas, relacionadas contigo, me parecen una especie de equivocación semántica: cito a nuestra querida Miss Tana.

Pero sí te veo al lado de tu nuevo elixir, llamado Matéu. ¿Moreno?, ¿barba rala?, ¿cejas juntas?

No sé qué pendejadas estoy poniéndote… lo que pasa es que…

¡Qué nos está pasando, Renata! No consigo contener las lágrimas. No sé por qué estás tan lejos ahora, peleando una batalla que no es tuya; no sé por qué Adrián está perdido, por qué voy en un autobús rumbo a Cuernavaca a buscarlo, yo misma, con mis ojos, con mis manos.

Porque voy a remover piedras, te lo juro, con picos y palas recorreré la corteza terrestre, la partiré en pedazos, me internaré en el magma y arderé en el último núcleo de los átomos para encontrar a Adrián…

Me siento mejor escribiéndote esto. No le avisé a nadie. Tengo miedo.

Y hambre.

Y frío.

Adrián:

La uña de la luna. ¿O es la rendija de la cajuela que ha quedado apenas abierta?, ¿será que no cupimos tantos cuerpos atados? Cuento los segundos, imaginando que el siguiente será el último. Pero se engarzan unos a otros en una escalera interminable. Nadie puede seguir mirando un trozo de luna cuando ha muerto. Yo debo estarlo. O estoy a punto. ¿Por qué se extiende este momento? El aire ya no es el aire. No hay más esfuerzo. No estoy respirando. Así de simple.

Todavía siento mis manos. Se han quedado quietas en sus toscas cuerdas. La tibieza de mis palmas, donde el sudor se ha evaporado, me hace evocar días felices en los que ellas, mis manos, han sido honradas por el tacto. Han tocado

jícaras de corteza de güira y serpientes de agua y han sentido el caminar de las catarinas y la leche de las hojas del amate. Han cerrado los ojos de mi abuela por última vez y han pillado cangrejos, juntado conchas, sopesado canicas, tapado el sol con un dedo más de mil veces en veintitrés años.

Mis manos han rodeado los pechos de agua de Gilda, y los han contenido en sus urgencias, han paseado por sus pómulos, sus labios tensos y las oquedades de nido de sus axilas. Han sentido la luz amarilla y la luz blanca, como afluentes de un mismo río. Y ahora aguardan, quietas, el hacha que las corte.

5

Estoy estudiando a mis nuevos huéspedes. Al parecer, son plantas herbáceas de la familia de las solanáceas, sin tallo, con muchas hojas pecioladas, muy grandes, ovaladas, rugosas, ondeadas por el margen y de color verde oscuro; según las enciclopedias que he consultado, sus flores en forma de campánula blanquecina y rojiza brotan en grupo, al centro de las hojas, y su olor es como un tufo sangriento que no se apaga con facilidad. Su fruto en baya es semejante a una manzana pequeña, redondo, liso, carnoso y de fétido olor; su raíz es gruesa, fusiforme y, a menudo, bifurcada.

Se han usado en medicina como narcótico. Y a propósito de sus propiedades, son muchas y muy nutridas fábulas las que han corrido desde la Antigüedad.

El poseedor de una mandrágora pasaba por afortunado en amores. La raíz de la mandrágora es una especie de nabo con forma de persona, pero los árabes la consideraban simplemente una planta decorativa por sus hermosas hojas, y la ponían en los jardines tan sólo para alegrar la vista.

Se sabe que las mandrágoras son buenas conversadoras y se puede hablar con ellas de cualquier tema, excepto de religión. En la Enciclopedia de Lamarck, publicada en 1783, el afamado botánico ridiculizó abiertamente a la mandrágora y se burló de sus poderes y propiedades, pero fue por ignorancia. No terminó bien, aunque poco se conocen las consecuencias.

Las mandrágoras-hombre son feroces y las mandrágoras-mujer son vengativas si se les provoca. Es mejor, a todas luces, recibirlas con paciencia y agrado en los terrenos donde nacen espontáneamente, aunque se hayan tenido otros planes de cultivo.

En ocasiones, brotan sin aviso dentro de las viviendas, enredándose en las verjas y en los quicios de las ventanas. También pueden instalarse en el centro de las casas, creciendo como árboles

siniestros que recuerdan un paraíso perdido, que nadie ha solicitado.

Ahora, cuando camino, mis pasos dejan una escritura sobre el pasto. De ida y vuelta. Aunque cierre los ojos, escucho las voces de las muchachas, y en mi garganta, el arañazo del grito que no sale:

De <Gilda Ruiz> para: <Renata Henzel>

Renata, ¿me das los números donde pueda comunicarme directamente con tu padre? Él es un tipo importante y debe tener buenas influencias. Necesitamos usar todo lo que podamos. Cinthia y yo estamos en la Ciudad de México, en un plantón, junto con familiares de muchos otros desaparecidos.

¡Yo también llevo mi pancarta! Sólo que la mía es un enorme retrato de Adrián, con su nombre escrito en letras negras.

Tenemos un twitter para mantenernos en contacto: @losandamosbuscando

Te quiero mucho. ¡Suerte con tu propia *indignación*!

De: <Renata Henzel> para: <Gilda Ruiz>

Siento tu ironía y me duele, Gilda. Te adjunto en archivo encriptado los datos de mi papá. (Le mandé un mensaje de texto avisándole que te conectarías.)

No sé si te interese ahora, pero no sé a quién contarle lo que me pasa. Matéu es pelón, bueno, se rapó, muy alto y flaquísimo. Tiene tipo árabe, los ojos, sobre todo. Entre melancólicos, pero con ganas de sonreír. Por poco lo atrapan en una trifulca con la policía. Sacó un golpazo en el hombro. Estamos escondidos en el piso (así les dicen aquí a los departamentos) de unos amigos. Vivimos de café cargadísimo y unas baguettes duras y secas.

Las cosas no son fáciles, pero hay esperanza de que otros sindicatos se nos unan. Éste es un movimiento global. Tenemos que horadar las conciencias. Nuestro twitter es: @indignadosenlaplaza

Yo no te deseo suerte. Sé que la tendrás. Te envío la vibración más pura y más amorosa directo al nudo de tu corazón.

Una parvada roja rasga el viento, se asoma a la ventana, chillando en agudos tonos:

Twitter@losandamosbuscando

Adrián Galindo, Félix Alonso Híjar, Isaías Guardiola, Ramiro Matres, Salvador Valencia, Ximena Loti, Dulce Figueroa, Juventino Mor, Arcadio López, Julio y Esteban Márquez… ¿sabes algo? ¡Reenvía!

@luxux Mando video de las cabezas encontradas bajo el puente

@adriana_22 Ya circulé datos en mi Facebook. A dos amigos de mi hermano les sacaron un cuchillo en el estacionamiento del Sexx Dox, se escaparon de milagro

@serenity Súmate a las firmas de los Rollos del Mar (de) Muerto(s) este viernes a las cinco en la Plaza de las Fuentes. Lleva tu rollo de papel, tu marcador y tu cuerda. Vamos a cubrir el Teatro Principal.

@matimoralesp Yo conozco a Adrián, ¿es el hijo del profesor Galindo, el de la Universidad?

@perla_paez Va este link con un montón de nombres más.

Un pájaro amarillo aterriza como loco en mi escritorio: ha roto el cristal de la ventana, su chillido es un aguijón en mis sienes:

Adrián:

Alguna vez vi un fragmento de El pájaro de fuego*, no recuerdo si era un documental, en televisión, con mi padre al lado. Tal vez fue en el cine, como parte de una película de arte.*

El bailarín, en pose inicial, estaba cubierto de una especie de escamas tornasoladas, a modo de minúsculas alas batiendo en preparación para el vuelo. El salto era inminente. Y justo en el instante en el que la escultura corpórea se impulsaba, con un arranque frenético de vida propia, hacia la altura, la escena se colapsaba en la pantalla. Nunca vimos su vuelo, sólo pudimos presentirlo, y nos quedamos con esa hambre de infinitud. Se trataba de dejarnos atrapados en esa sensación.

Así fue. Una patrulla se empareja y sus luces tornasoladas acompañan el chillido del pájaro al acecho. Todo queda detenido mientras el corazón late. Una garra me alza del cuello, pero no llego a volar. Las lágrimas cruzan mi rostro, más de incredulidad, más de rabia, más de insensatez.

Ahora sólo pienso en la escena del Pájaro de fuego*. Tal vez porque prefiero morir con ella en mi última memoria, en ese impulso de vida que tiene un ave a punto de emprender el vuelo. No quiero repetir una vez más cómo nos condujeron al paraje solitario y nos sacaron del coche, cómo arrastraron a Guardiola y lo patearon y cómo El Chava manoteaba tartamudo tratando de apaciguar a los energúmenos que escupían palabrotas. Félix y yo nos miramos, directo a los ojos, justo antes de que empezara la tortura.*

Mi corazón batiente escribe con sus latidos una suerte de mensaje en medio de mi pecho que puedo leer como si estuviera escuchándolo:

De <Gilda Ruiz> para: <Renata Henzel>

Le pido al niño Jesús que me lo traiga de regreso.

Le pido a la Virgen y a San José.

Le pido a la estrella de Belén que sienta el dolor de mi corazón.

Le pido a la Nada Maldita del Universo que retumbe en los cielos mi voz y un huracán de fuego caiga sobre mi cabeza si no vuelvo a sentir las manos de Adrián acariciando mis labios…

Hoy es Navidad.

No me respondas, Renata. Por favor.

Los pájaros, otra vez, los rojos pájaros de picos negros picoteando mi ventana:

Twitter@losandamosbuscando

Mañana miércoles celebraremos el cumpleaños número 24 de Adrián. Lleva una vela. Partimos pastel en la Plaza de las Fuentes (de Sangre)

@matimoralesp ¡Te seguimos buscando, Adrián! ¡A Félix, a Guardiola, a Ramiro, al Chava!

@serenity A ti, a él, a ella, a nosotros, a ustedes, a ellos: me busco en tu rostro que no encuentro

@perla_paez ¡Lleva tu guitarra, que suenen *Las mañanitas* hasta el otro lado del mundo!

6

La mandrágora no debe faltar en casa de una verdadera bruja. Aunque contiene activos que pueden tener un uso medicinal, el vago parecido de su raíz con la figura humana le otorga una reputación mágica. Comerciantes sin escrúpulos acentuaban esta similitud tallándola a cuchillo e incrustando, en la supuesta cabeza, granos de mijo o cebada que, al germinar y crecer, hacían las veces de cabellos.

Pero yo no hice tal cosa. Respeté la forma de las raíces, contemplé, primero con curiosidad; luego, con azoro; más tarde, con terror; finalmente, con resignación, ¿diría, hasta con dulzura?, cómo aparecía primero un punto, pequeñito, del tamaño de una cabeza de alfiler, en una de las grietas de mi viejo escritorio de madera. Pensé que era una especie de esqueleto de hormiga, que se había quedado atrapada en la última limpieza. Pronto me di cuenta de que no era así, el brote estaba uncido a la madera, era una protuberancia que rápidamente adquiría vida propia. ¿Es posible que un viejo trozo de madera, que ha sido trabajado, pulido, barnizado; que ha soportado, como burro de planchar, el traqueteo de mis manos sobre un sinfín de cuadernos y de máquinas de escribrir, de la noche a la mañana, se convierta en tierra fértil de extrañas creaturas indeseables?

Un día lo vi en un bazar de viejo y me enamoré de su aire nostálgico, pueblerino. Me lo llevé al tapanco que mis abuelos me prestaban para trabajar en mi tesis de doctorado. Creí que en él, inspirada por los efluvios que emanarían de sus gastados surcos, donde seguramente muchas páginas habían nacido, finalmente escribiría una obra literaria, aquella que sería imposible dejar de escribir y que sólo fui posponiendo entre tesis y cátedras, año tras año.

Los rústicos aromas del escritorio me acompañaron durante mis

mudanzas de ciudad en ciudad, de continente a continente, en departamentos pequeñitos en cuya estancia principal instalaba mi estudio. Ahora, frente a este arbolado huerto lleno de grillos, donde la siesta me vence entre los libros, el escritorio envejece adosado al ventanal. No sé si sueño que escribo o si escribo que sueño. Tengo cuarenta y seis años y todavía siento que no he empezado a vivir.

Por eso, lo que está ocurriendo me dice que ya no tengo escapatoria. El botón emergió, por más que intenté taparlo con el florero. Al rato, yacía la flor de pensamiento desmayada sobre el riachuelito de agua que humedecía mis carpetas de la universidad. Le coloqué encima el lapicero, pero también, al menor descuido, aparecían regados todos los marcadores, las plumas y los colores, rodando por el suelo, como gusanos locos, divertidísimos en su travesura.

Y no fue un botón solamente, pero fue el primero que me habló con una claridad de espanto:

Adrián:

Si me concentro, me escuchará. Ella me aseguró que nuestras voces siempre se encontrarían a mitad de camino. Que yo pensara con toda intensidad las palabras que quería que ella escuchara. Que ella me traería de regreso un soplo fresco en las sienes y yo sabría su respuesta. Mi madre creía fervientemente en que esto sucedería.

—No te dejo, mi hijo. Me lleva el amor. Pero tengo el lazo amarrado a esta tierra. Confía en los misterios que me llevo.

Me concentro. Me concentro. Un pico ardiente me cruza la cara. El hedor de un aliento agrio me cubre, el miedo es un relámpago en mi columna y por un momento siento la felicidad de una muerte instantánea.

Pero es el inicio. Apenas.

Me concentro, mamá. Me cobijo en tu regazo.

Brinqué. El chisporroteo del aceite habló tan fuerte que, en mi afán de capturar sus palabras, no me di cuenta de la quemadura en mi mano.

Freía un par de huevos, antes de salir a la Universidad, y no me esperaba que el sartén hirviente empezara también a contarme cosas. El chorro del agua no mitigó el dolor. Salí corriendo por alguna hoja de sábila para untarme en la ampolla que ya me sacaba lágrimas. Pero el jardín se había plagado de brotes de mandrágoras. Cada uno me miraba acusadoramente.

Hui a la Universidad en el primer taxi. En la enfermería me darían algún remedio.

Con el "Buenos días, profesora West" y el "¿qué le pasó, Miss Tana?", observándome el vendaje de la mano, la secretaria académica me tendía un sobre que había llegado para mí desde temprano, con el cintillo de "urgente".

Era un documento que contenía… ¿un cuento?, pensé:

La madre:

Micaela Suárez abre los ojos. Es un pájaro tenso, negro, con las alas picudas, recortado en el paisaje gris hielo de las sábanas. En la bóveda que corona el iglú, las leves ondas de la aurora serpentean rodeando el horizonte. Todavía hay estrellas, como parpadeos de un dios imperturbable. El pájaro mira a todos lados, atisba, huele, siente la carroña en el aire.

Kale ha salido a preparar el temazcal y a ordenar las lonjas de salmón y las rebanadas de naranja para los huéspedes. Su mujer tendrá tiempo, como siempre, de encontrar el ritmo de sus sueños y sus despertares. Es un buen fin de semana para el hotel Kal-Mikka y sus veinte iglús de cristal.

Nadie como Micaela Suárez, conocida como Mikka en estas vastedades árticas. Con ella llegaron sus manos, dulces como el gusano de maguey para curar los males del cuerpo y del espíritu, feroces como boas y leves como plumas de quetzal para tocar, rodar, abrazar, masajear, rociar de inciensos y de aceites aromáticos a los visitantes que llegan a recibir, de esa diosa, el secreto del sol que tanto necesitan sus inviernos.

Las villas Kal-Mikka son la síntesis perfecta de los arreboles de ambos mundos. Durante un tiempo, años atrás, Kalevi Niemi quiso alejarse lo más posible de su país. México fue la elección. Anduvo entre pueblos, aprendiendo español, hasta que cayó en manos de Micaela Suárez, literalmente, al ganar un masaje de cortesía en el hotelito de Tepoztlán donde pasó el fin de año.

En un búngalo al fondo del jardín, Micaela Suárez tenía su negocio de masajes y temazcal. Cuando Kalevi Niemi vio a esa mujer morena de cabellos recogidos en una crin salvaje y negra que le acariciaba la espalda como si tuviera vida propia, vida de animal en celo, en cada estudiado movimiento de su cuerpo, no pensó en un pájaro, sino en un mar en el que tenía que ahogarse.

Pero los ojos de Micaela eran los de un pájaro tenso. Y en cuanto ella lo miró, no hubo marcha atrás. Se hizo lo que tenía que hacerse.

Ahora, sobresaltada en la cama por un grito que brotaba del interior de sí misma, sintió, por primera vez, que el frío de Polo Norte se le venía encima y que el sol que guardaba en sus manos se le escapaba, indefectiblemente.

Se había despedido del hijo mayor hacía dos inviernos.

Me palpitaba el corazón como un pájaro carpintero dentro del pecho. Yo conocía esta historia, había circulado en los corrillos de Xiutlaltepec, y había llegado a mí por el propio muchacho, cuando discutíamos su futuro en las asesorías vocacionales.

Sonó el aviso de un mensaje nuevo en mi celular:

De: <Renata Henzel> para: <Gilda Ruiz>

Gilda, escríbeme, vinieron por Matéu, no sé a dónde se lo llevaron. Lo cambiaron de una comandancia a otra y no me dicen nada. Lo acusan de que hirió a un policía en los pasados disturbios y que, luego de un coma irreversible, el hombre fue dado por muerto y desconectado por decisión de sus familiares. No puedo creerlo y todo me parece como una escena de película al revés. Vivo en el cuartito de los bajos que me prestan unos compañeros de Matéu. No hay calefacción y tú, que eres del pueblo señalado con el mejor clima del mundo, no puedes entender lo que siento en este invierno de mierda.

Vas a decir que por qué sigo aquí. Pues son muchas las razones. Primera, porque Matéu me envenenó. Me dio una pócima embrujada, y ya no puedo respirar sin el elixir que sale de su boca. ¡Sí mamo, amiga! Escribo como la profesora Tana nos enseñó, con la barriga llena de nervios, culebras y mariposas (aquí no dicen "panza", sino "barriga", como nuestros campesinos, y también "tripa", pero me parece espantosa la palabra). Estoy aquí, además, porque, luego de que te comunicaste con mi papá, él me prohibió regresar a México. Me envió dinero para que busque una maestría en Europa y, de paso, un marido. Las cosas, dijo, se han salido de madre, así lo dijo. Claro que él no sabe que me uní a "Los indignados" y que ya encontré al hombre de mi vida, que en estos momentos está en la cárcel. O no sé dónde, Gilda. ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!

Se me salen las lágrimas, los mocos, el vapor de mi aliento me deja como ciega.

Voy a dar clic.

De: <Gilda Ruiz> para: <Renata Henzel>

No sé qué fecha es hoy. Prefiero no contar los días. Varios padres de los desaparecidos se encadenaron en las rejas del Palacio de Gobierno.

Tu papá averiguó que los amigos de Adrián habían sido atracados por unos aparentes policías, que ningún ministerio público quiso tomarles la denuncia, que fueron a la Comisión de Derechos Humanos para hacerla valer, que se cree que aquellos tipos pertenecen al crimen organizado y que los secuestraron para vengarse. Dice que Adrián es un "daño colateral"…

¿Daño colateral?, grito a los cuatro vientos. Entonces, ¿yo qué tipo de

daño soy, qué tipo de daño son los padres de Adrián, su hermana, sus demás amigos, su pobre país ensangrentado?

No dejaré de buscarlo. No dejes de buscarlo. No nos dejemos.

No nos dejemos, amiga. No nos dejemos, hermana.

Sonó el teléfono de mi cubículo en ese momento. Y cayó un trueno en el patio, encapotando el cielo. En el parpadeo de su retumbe, se deslizó de nuevo la plegaria:

Adrián:

Dijiste que había una liana que siempre nos encontraría de un extremo al otro. Dijiste que el eco siempre nos respondería. Que no importaba el tiempo, ni el viento, ni el mar. Que tú estarías ahí, presintiéndome. Dijiste que tú sabías seguir el olor de los cuerpos, que sabías cómo llegar al calor de la piel, al vapor de la respiración, al cuenco de cada sudor y al ojal de cada lágrima. Dijiste, madre.

No sé por qué no vienes a buscarme.

7

A mi padre no le bastaron los dramas de su estirpe. Aunque no fue hijo del Holocausto, porque los abuelos lituanos se asentaron en Nueva York en las primeras décadas del siglo XX buscando "hacer la América", no se salvó de la persecución moral del sobreviviente, luego de la barbarie nazi. Por eso, siempre estuvo del lado del "otro", el marginado, el oprimido, el necesitado.

Los ojos tristes y feroces de mi madre, sueltos como perritos de aguas en el calor del autobús que iba de Guaymas a Hermosillo, lo fulminaron, atrapando para siempre sus cenizas.

Mi madre iba a la capital con una recomendación para trabajar en una de las más importantes cadenas de farmacias de la región. En vez de eso, Daniel West se la llevó a Ghana con una beca de seis meses para especializarse en teatro del África negra. Así fue como Camelia Cruz salió por primera vez de su bahía y conoció el amor, y la conflagración de todos los destinos que se juntaron para que mi hermano y yo naciéramos con diez años de distancia, en los aparcaderos de las tumultuosas excursiones africanas que ya nunca abandonaron a mis padres.

De un país al otro, entre murmullos de idiomas viejos y canciones de cuna remotas como sombras de agua, así nos criamos Zacarías y yo. Él anda lejos ahora, viudo y de nuevo juntado, con sus cuatro hijos varones dispersos por el planeta, sus nietos que no conozco más que por fotografías digitales.

Sólo yo me he anclado en este rectángulo de árboles y enredaderas como llamaradas. Sólo yo estoy sola, aguijoneada de mandrágoras nacientes, tubérculos con la forma de todos los muchachos que van muriendo, de las muchachas a las que enseñé en las aulas a usar con tino las palabras, y que no encuentran ahora ninguna para expresar lo que sienten.

No sé quién sacó una cuenta de twitter a mi nombre y ahora me

llegan también estos gritos a través de todos los aparatos que cada tantos minutos tintinean avisándome las aciagas novedades:

Twitter@losandamosbuscando

@matimoralesp ¡Te seguimos buscando, Adrián! Si ves esto, no dejes de respirar

@serenity Rezo por todos ustedes, compañeros

@perla_paez Nunca se rindan, estamos retwitteando la búsqueda en todas las redes

@oxy.333 Quiero denunciar la desaparición de un primo, ¿dónde y cómo?

Ya cambié dos veces de cuenta de correo, pero los mensajes de estas chicas me persiguen, así como ellas persiguen las huellas de sus hombres:

De: <Gilda Ruiz> para: <Renata Henzel>

Renata: no quiero saber la fecha. Sólo quiero recordar que un día parecido al de hoy, cuando la avenida principal, la única avenida, en realidad, de este pueblo, empieza a dibujar sombras color de rosa siguiendo a los guayacanes, Adrián y yo le dimos la vuelta a nuestro mundo. Dejamos de ser los amigos-de-toda-la-vida para convertirnos en los amantes de un instante eterno.

¡Me encanta cómo estoy escribiendo, Renata!

El instante en el que, finalmente, los astros encontraron la cuadratura exacta: el sudor que corría por las comisuras de los labios de Adrián cayó como densa gota en su mano, que se acercaba a mi cara. Entonces, la sed que la caminata me había provocado, más la sed que venía yo arrastrando por probar su boca, se agolparon, y me bebí esa gota resbaladiza de la punta de su dedo. Te juro que he repasado, como en cámara lenta, este glorioso momento. Y así fue. Un enjambre de luces rosadas acompañó la hora de nuestro primer beso: un beso de sudor en la punta de su dedo.

—Llevo demasiado tiempo enamorada de ti —le dije en el quiosco del parque, cuando pudimos destrabarnos y rugíamos por una nieve de guanábana.

—Yo también, Gilda. Sólo que no me había dado cuenta.

—Los hombres son lentos.

—O tontos…

—Muuuy tontos, Adrián.

—Exageradamente…

Y me atrajo hacia él, y su lengua entró en mi boca con la fuerza de un pez y evaporó el sabor de la guanábana.

—Me moría de sed —dijo, con una sonrisa tímida, relamiéndose los

labios. Sus ojos brillaron bajo el enjambre de luces color de rosa que nos perseguía, como telón de fondo a nuestra historia, que apenas comenzaba.

—¿Quieres más? —le dije tendiéndole lo que me sobraba en el barquillo, la boca me latía de nieve, mordida y caliente.

—¿Cómo pude vivir sin esto tanto tiempo? —dijo y tiró el barquillo, doblándome bajo su cuerpo, como hoja de palmar.

Me tomé media botella del wiski fino que mi mamá esconde en la alacena alta. Se dio cuenta. No dice nada. Yo tecleo. Me mira tras sus lentes. Suspira.

Los timbrecitos anunciando nuevos *tuits* ahora son parte de mi entorno sonoro:

Twitter@indignadosenlaplaza

@gildaruiz Yo también estoy indignada y estoy en la plaza ¿Y?
@gogol.xx Grita, protesta, manifiéstate
@lulu_pzr Indignarse es dignificarse
@welcomeback ¡Muéranse todos!

Antes de acostarme, entro con sigilo a mi estudio, para ver cómo está el tubérculo. Mi mandrágora-muchacho se ha enraizado en el rincón izquierdo del escritorio, como si fuera una lámpara para escribir. Me doy cuenta de que no necesito regarla. Una pequeña laguna la rodea:

Adrián:

Percibo una laguna de lágrimas. Como el ojo Palo de Lima donde nos bañábamos, de escapada rumbo a la escuela, en los meses de más calor.

Huele a la playera mojada de Guardiola y al lodo suave que se le pegaba en los dedos de los pies a Félix. Llegábamos a la segunda clase, con los ojos más vivos que nunca y el corazón desorbitado.

¿Para qué pienso en esto? Me quedan unos segundos y yo pierdo el tiempo en retazos de memoria que no me servirán para salvarme. ¿Acaso tengo todavía salvación?

Siento que un lecho de lágrimas me acogerá. Cuando mi madre las derrame, no habrá resquicio de tierra que no las humedezca.

Pero mi padre… ¿qué será de ese hombre hecho de luces del color del ámbar, de silencios sonrientes y miradas como tristes interrogaciones que no esperan respuesta?

8

Estaba en plena clase de Taller de Lectura y Redacción, y cliqueé en el archivo de textos.doc que tengo preparado para los ejemplos. El cañón estaba encendido y se desplegó a los cuatro vientos este "polizón" en la pantalla. Lo leímos de cabo a rabo. Nos quedamos todos, alumnos y profesora, sumidos en una interrogación de la que no podemos salir:

El padre:

—Martín, tú sabes que tengo que irme. Tú sabes cómo soy. Se queda Mayra para que te ayude.

Martín Galindo estuvo seguro de las palabras de su mujer. Ella no había hecho el amor con el finlandés, lo había hecho, claro, con palabras, gestos, aromas, terapias de yerbas, rituales antiguos y modernos, pero se había enamorado, a su propio pesar.

Mayra, su asistente y discípula en las artes sanadoras, se encargaría de todo. Y se encargó. Para el profesor Martín Galindo fue un alivio desprenderse de una hembra que tenía poderes inefables de potra y de princesa india y fue también una pérdida que lloró silenciosamente, porque no atinaba a precisar qué significaba esa pérdida, más allá de un reverbero de colores luminosos que se le desprendía del corazón.

Fue un consuelo la aquiescencia de Mayra, que siguió con la rutina del negocio y de la casa, como si no se hubiera movido un hilo de su lugar. Pero se había movido un punto en el universo: según las leyes de la Física, que tan bien conocía Martín, eso era suficiente para que algo cambiara en el paisaje, el aroma del limón se volviera más picante o los pensamientos se le convirtieran en remolinos de humo durante las tardes, antes del crepúsculo.

Era imposible pensar en un tiempo anterior a Micaela. Era la más rijosa en el grupo de niños del vecindario. Y Martín era el más pacífico. Se atrajeron los contrarios.

—Para qué vas a pelear, te va a pegar. No tiene caso. Después seguirán siendo amigos como si nada. Mejor ahórrate el golpe —insistía Martín con los compañeros de clase. Su cabeza racional y su talento para ver en los

números un lenguaje de preguntas puntuales e infinitas lo delataba en toda ocasión.

Micaela Suárez se encargaba de untar con cataplasmas las heridas y, con sus dedos de maga sanadora, calmaba los dolores de los puñetazos. A la sombra abundante de su abuela, matrona de su etnia, se crio sin el influjo de los padres, que habían partido por mejor fortuna hacia "el otro lado" y no regresaron sino separados, años después, y con sendas hileritas de hijos colorados y cachetones, cuando las políticas migratorias se volvieron insostenibles para los indocumentados.

—Qué haces —le decía Micaela mientras le tocaba los rizos castaños, durante el recreo.

—Nada —balbucía Martín sobre las hojas retorcidas del cuaderno.

—Sí haces, mentiroso, estás leyendo.

Martín se quedaba sin saber qué responder. Como después le ocurriría de modo cotidiano frente a esta mujer cuya presencia era ya una respuesta consumada.

Sonreía. Y Micaela sentía que un acitrón se le derretía en la garganta y se le escurría por el pecho.

—Leer es algo, ¿o qué no? —decía y se alejaba canturreando cosas que Martín no entendía. Como nunca después entendería. Pero que lo conservarían atado a esta mujer, como una telaraña cimbreante y luminosa.

Nadie dudó que acabaran juntos. Una ceremonia al estilo ancestral. En la ruina de una pirámide que luego fue claustro y que asoma con la dignidad de una princesa que ha sobrevivido en la punta del cerro, como prefiguró la propia Micaela. Con música de hojas al viento y murmullos y humos de especias imborrables. Fue a Martín a quien lo sorprendieron las lágrimas durante la ceremonia. Ella sólo miraba el vuelo de los zopilotes y la lejanía color de rosa del temprano crepúsculo.

—Tú dedícate a tus números. Yo me encargo por mientras —le había ofrecido la joven esposa. Así terminó Martín la Escuela Normal con especialidad en matemáticas, y luego cursó una maestría en la capital y un doctorado, yendo y viniendo, sumido en su pacífica pecera.

Nació el varón. Nació la hembra.

Micaela cantaba. Martín agradecía. Creía haber encontrado el lenguaje de Dios en el infinito movimiento de las matemáticas. Un Dios que Micaela maceraba en la palma de sus manos, cuando alguien la necesitaba. Ahí, en ese milagro que la ciencia y la magia, presentían con igual intensidad, se encontraban sus miradas y entendían, finalmente, el mensaje.

Me ha quedado la nuca como bloque de hielo. Siento el sabor del terror en la lengua. A los chicos les he inventado una excusa absurda y les he perjurado que no se trata de la familia del

muchacho desaparecido de Xiutlaltepec. Pero ellos huelen la mentira, aunque se enrede en las frases y en las ramas feroces de los ficus que circundan el salón.

9

Fui yo la del miedo. Un miedo viejo. Telarañoso. Recuerdos muertos que se vuelven sombras con forma de mandrágora. Sombras que espantan.

Era un muchacho terso y pelirrojo, pestañeaba mucho, como si sonriera, como si pidiera perdón o diera las gracias. El posadero nos dio un solo cuarto. Era un verano a reventar.

La Plaza Mayor esperaba el Festival de los globos aerostáticos y los balcones lucían ondulantes cintas y coloridas banderas. Pero la habitación era fresca, de techos altos y ligeramente sombría, cosa que agradecimos. Las ventanas de madera crujieron y Lothen se arrebujó en el suelo, bien pertrechado con su impedimenta de dormir; yo me metí en la alta cama arrebolada de encajes blancos, con cierta aprehensión. Pero el cansancio me venció, y cuando abrí los ojos, el sol entraba como cilindro de feria por la ventana abierta: en la mesita de noche humeaba un café bien concentrado y una baguette con jamón, anchoas y aceitunas; un jacinto en el vaso del lavabo y un trozo de servilleta con el mensaje “salí a correr”.

Pasaron años para que yo supiera que la flor del jacinto significa constancia, cariño, gozo del corazón; pienso que si entonces lo hubiera sabido… ¿lo sabía Lothen?

Lothen apareció en la plazuela un par de horas después. Había recorrido Segovia y sus murallas, el alcázar, la catedral, el acueducto, la Casa de los Picos… Si yo estaba dispuesta, sería mi guía, en un español champurrado y sus veintidós años de edad. Yo tenía los mismos años y un viaje de reconocimiento por España, en busca de una universidad para mi maestría. Lothen aprendía idiomas, saltando por los países europeos que estaban al lado del suyo con una mochila al hombro, una cámara enorme y una facilidad endemoniada para despertar confianza y provocar sonrisas alrededor. Vecinos de tren, compartimos paisajes, insomnios y

algunas confesiones.

Él mismo desconocía su encanto. Era más bien tímido, hablaba poco, pero sabía estar. ¿Cómo explicar esto? Lothen estaba ahí donde estaba. No había duda de ello. No daba nunca por sentado el destino de nuestro encuentro. Mientras yo me hacía cruces sobre lo que estaría él pensando, suponiendo, esperando, Lothen simplemente actuaba al natural, me ofrecía un vaso de leche, una caminata bajo las estrellas o la contemplación de un determinado vitral y los muchos ángulos de las fotos que se disponía a capturar.

Luego de recorrer la Plaza de las Sirenas, fuimos a dar a las Hoces del río Duratón, que estaba a punto de ser convertido en parque natural por las Cortes de Castilla y León. El Duratón es un afluente del río Duero que ha excavado un cañón de roca caliza.

—Vamos a ver los buitres leonados —me dijo Lothen, y, entusiasmado como niño, me tomó la mano jalándome tras de él.

Me explicaba con seriedad la importancia de los ecosistemas, en una época en la que esto no estaba de moda. Yo lo miraba: el pestañeo de Lothen me provocaba vértigos, en la punta de cada una de sus pestañas aparecía un milímetro de brillo de agua, frente a la luz. ¿En qué momento se decidirá a partirme en dos? ¿No se ha dado cuenta de que he llegado al punto de no poder negarme? Casi no me sostengo en pie… lo seguía, jadeante.

Así fuimos surcando paisajes (hoy diría que vadeando los versos de Machado y de Lorca) hasta el País Vasco, donde él cruzaría hacia Saint Jean de Luz, ya en Francia. Yo me quedaría en San Sebastián, esperando a mis padres: la culminación del viaje, con unas vacaciones, todos juntos en la playa, y la decisión para inscribirme al próximo ciclo escolar.

Como siempre, alquilamos un solo cuarto; por esta vez, que sería la última, nos animamos a pagar una vista al océano.

Salí del baño con un bikini diminuto de lunares blancos y fondo azul. Lothen sonrió pestañeando como nunca.

—Pues… ¡a nadar! —balbuceó en una exclamación, y abrió la puerta del balcón. Contemplamos la bahía ardiente. Las gotas de sudor nos remolineaban sobre la cara.

—Ven —le dije a Lothen, tomándolo de la mano. Su mano estaba fría, era la primera vez que yo, deliberadamente, lo tocaba. Sentí el reflejo eléctrico de su cuerpo.

Hice lo que nunca imaginé que algún día haría: me desaté yo misma los lazos del bikini, enfrente del largo espejo. Lothen miraba la imagen del espejo, y yo miraba la imagen de Lothen.

—Creo que necesito sentarme —murmuró.

Me eché a reír, sin querer. Y luego me abalancé.

Olas, dulces, suaves. Columpios en las sábanas.

¿Qué me pasa? ¿Cómo es que resucitan aquellas sombras muertas en mi cabeza? Apenas me caben los murmullos, no puedo colmarme de sombras. Basta.

No hay tiempo que perder, debo alimentar a estas mandrágoras. Necesitan que alguien las escuche. Sólo son presencia invasiva. Se abren a fuerza de raíces que crecen en los subsuelos y de ramas que sacan la cabeza por el menor orificio. Aunque se tapen las grietas, la savia de sus nervaduras encuentra la salida en otro vertedero que se resquebraja. Luchan por su espacio. Crean ciénagas y légamos que huelen a la fresca podredumbre de un barro primordial.

¿Sería así el naciente paraíso, cuando los magmas envolventes abrían paso al vergel de los frutos prohibidos?

Apenas amanece en Xiutlaltepec, lo sé por el filo rojo que se levanta de los volcanes. Desde ahí, un rumor oscuro llega a mi ventana:

Adrián:

Alguna vez leí que Borges imaginaba el paraíso en la forma de una biblioteca. Me pareció curioso. Luego, triste. ¿Quién querría encerrarse así para la eternidad? No me imaginaba que los libros fueran como la vida. Por eso volví a cambiar de carrera. Esta vez sería la definitiva. Fui a buscar a la profesora Tana, que siempre estaba de ánimo para escucharnos.

—Quiero algo directo con la vida —le dije, con los ojos encendidos.

—A ver, a ver, la vida… ¿en general? Métete a estudiar Biología.

—¡Usted sabe que no, profesora, no invente!

—Bueno —sonrió—, te estoy sondeando, Adrián. No eres ningún hueso fácil de roer. A ver, ¿qué te interesa de la vida?

—¡Pues por qué somos así, quiénes somos, qué podemos hacer para mejorarnos unos a otros!

—¿Psicología?

—No, no quiero indagar en las interioridades individuales.

—¡Adrián, has estado llevando orientación vocacional desde primero de

preparatoria!

—Quiero entender qué quiero entender.

Un par de semanas después. Estaba inscrito en Antropología.

—Es una carrera que tiene nombre sexista, pero ya tendrás tiempo de ser un pionero del cambio, Adrián —me había dicho la profesora Tana, con su habitual ironía, su purismo lingüístico y su adorable insistencia en la perspectiva de género. Nadie podía discutírsela. Te la ponía de tal forma que, si no aceptabas, te asumías como cavernícola disfrazado de intelectual "pura sangre".

Habíamos analizado algunas posibilidades:

—Lo contrario sería Ginecología —comenté.

—¡Por eso! ¿No entiendes? La Antropología, que viene de anthropos, hombre en griego, resulta universal; mientras que la ginecología, que viene de gineco, mujer en griego, sólo sirve para las "partes pudendas" de las mujeres, que, finalmente, son las únicas que cuentan para la ideología patriarcal.

Concluimos que yo debía encontrarle el nombre adecuado y que no podía ser "Humanología", porque ya existía el término "Humanidades", que se refiere a todo lo relacionado con la cultura, que es, finalmente, el producto humano.

Entendí que quería entender cómo nos volvimos humanos. Y cómo volvernos cada vez mejores. No sólo para entender, sino para incidir en la transformación. Y acabando los semestres que me faltaban para darle la vuelta de tuerca a mi zigzagueante formación académica, me propuse conocer de primera mano la humanidad de mi propio país.

Mi padre sólo meneó la cabeza y me palmeó los cabellos. Metió un rollo de billetes en uno de los compartimentos de la mochila. "Cuídate", me dijo luego de una larga exhalación.

Gilda me acusó de macho, de mocoso, de egoísta. Le dio una patada al coche de Félix cuando fui a despedirme, por tercera ocasión. Le grité, haciendo un cuenco con las manos alrededor de la boca, porque ella se tapaba ostensiblemente los oídos, dándome la espalda:

—¡Voy a soñar contigo todas las noches, aunque no quieras!

Se volvió hacia mí, furiosa. Insistí:

—¡Y tú también, tú también conmigo, Gilda!

Entonces, me miró directo a los ojos, tocándose, sin querer, el corazón. Supe que me costaría mucho volver a unir esos pedazos que se le escapaban entre los dedos. Incluso oí el tintineo de las astillas cayendo sobre el pavimento.

No quiero seguir escuchando la voz de Adrián Galindo en el tufo vegetal que invade mi cerebro. Me declaro culpable de locura desde este momento. Sólo habré de reproducir los mensajes que me llegan, para que no me envenenen a mí sola. Este pueblo está a punto de caer bajo la subversión de las mandrágoras… Y los pajarracos picotean con mensajes una red social a la que yo nunca

me inscribí:

Twitter@losandamosbuscando

@bilibutz Se me perdió mi perrita Bú, con una mancha café en el hocico, es mi regalo de graduación del kínder

@sandy_lo Aquí es para personas, no seas burra

@gildaruiz @ sandy_lo Nadie es “burra”, no discriminamos, todos nos ayudamos

@gildaruiz @bilibutz ¿Qué raza y dónde se perdió?

@lorigonzalez ¡Bravo por esa hermandad!

@perla_paez ¡Todos lloramos, lloramos por todos los perdidos!

@bilibutz Creo que es una cachorrita pug, en el quiosco de los helados, el domingo, la quiero mucho

10

Las sombras bajan a mi puerta. Debo abrir, dejarlas entrar. No tengo otro remedio. Yo también guardo un camposanto de mandrágoras furiosas por salir de mi memoria.

Columpio de olas y de sábanas.

¡Pero si yo había sido tan tímida, tan apocada! Lo contrario a mi madre.

Mi madre era un mujerón que parecía manzana roja recién mordida. Su trenza rubia oscura, adormilada sobre el hombro izquierdo. Un flequillo indomable y una sonrisa carnosa. Justo como la flor de su nombre: una inmolación de su propia belleza incandescente.

Yo salí a mi padre y a sus ancestros rabínicos, de ojos gitanos y un aura apenumbrada y silenciosa, siempre a punto de la ironía contra sí misma.

No alzaba la cara. ¿Quién se fijaría en mí? Luego de la adolescencia, me avoqué a los libros. Algunos muchachos me perturbaron y con algunos frisé momentos acalorados en todos los sentidos.

Cuando Lothen apareció en el tren, con un hambre bárbara y sencilla, algún tornillo en mi corazón debió haberse saltado. Porque no me hizo sentir ni guapa, ni excitante, ni inteligente, ni nada a lo que pudiera enfrentarme o esperar. Me abrió un espacio en el mundo, para que me moviera a mis anchas, tal como me gustaría moverme. Claro que esto yo no lo sabía, menos podría expresarlo con estos conceptos. Por eso, solamente me solté los lazos, literales y simbólicos, y lo monté con toda la felicidad del mundo.

Las camelias que he puesto en un jarrón de vidrio azul, al filo de mi mesa, me llenan con su colorido y sus aromas. Crean la gruta por la que viajo entre dos historias. Oquedades en las caprichosas formas de las piedras.

Voy a levantarme por una copa de vino. Empiezo a sentirme a gusto en esta floración de sombras que tejen pasadizos por donde me muevo.

Abro mi cuaderno de pastas labradas que compré en mi último viaje a Praga, el lomo de las hojas parece un listón de lámina dorada con ribetes rojos.

Me seducen los cuadernos de hojas de leves colores, y en cada ciudad me compro uno, se han acumulado en la repisa que tengo junto al escritorio. A veces saco alguno, lo acaricio, lo sopeso, lo barajeo. Según el humor, agrego un título en la primera página, o solamente mi nombre, o las iniciales. Incluso descubro líneas frases que escribí quién sabe cuándo, párrafos enteros, intentos absurdos de poema…

Hoy he elegido el de Praga, carga una historia antigua, un olor, unos ojos profundos… la portada tiene una silueta fragmentada de mujer, o así percibo el dibujo labrado, creo que es un cuadro de algún pintor famoso cuyo nombre se me deslava de pronto: una ola oscura que se vuelve movimiento de cabellera y trazos de párpados que miran hacia abajo, más allá de la roca apostada en una ribera de fantasía. Deslizo mis dedos por el papel amarfilado… me tienta, surge el cosquilleo, lo conozco. Tomo la pluma japonesa de caligrafía, entrecerrando los ojos. Voy a dejarme guiar por ella. Es el abismo feliz de la escritura.

Estoy a punto de lanzarme a la corriente que he esperado tanto tiempo, esa cruz perfecta del clavadista arrojándose de la Quebrada en Acapulco: el cuerpo tenso, los ojos fijos en el palpitar de la espuma, ciegos a toda tentación.

El paso. El vuelo. La curva. La caída. El encuentro.

Justo ahí, de un salto, la pluma brinca fuera de mis manos.

¡No puedo creer lo que ocurre! La página está totalmente escrita. El cuaderno, todo, plagado de letras. Letras que forman palabras. Palabras que se colaron por la fuerza, porque no son mías.

Mis ojos leen, fijos en el palpitar de esta página-espuma:

Oksa, aurora boreal:

Oksa mira las estrellas por el cristal del domo. Vaga entre las constelaciones, como si nadara en un océano más ligero que el agua. Su café se ha enfriado. Extraña el trajín que la presencia de Mikka instaura en la oficina. Espera la llegada del autobús, cargado de turistas sudamericanos.

Ha aprendido español. Es una chica serena, de fácil sonrisa, de gracioso rubor. Estudiaba negocios internacionales en Aarhus y pasaba el verano con unas amigas finlandesas, cuando vio el anuncio de las nuevas Villas *Kal-Mikka* que abrieron sus instalaciones ofreciendo empleo por temporadas.

En las exóticas manos de Micaela Suárez, que todo lo que toca empieza a desprender aromas antes impensables, Oksa encontró su nido. Desde ahí, con el corazón punzante, porque no sabe cuándo regresará Mikka (no quiere pensar en la posibilidad de que no regrese), trata de imaginarse cómo es México, ese extraño país en el que desaparecen los hijos y donde las mujeres tienen que buscarlos hasta por debajo de las piedras, "a sangre y lodo", como había escuchado con las propias palabras en español, que Mikka había soltado las pocas veces que alzó la voz durante los preparativos de su intempestivo viaje a la Ciudad de México. ¿Cómo podía ser el mismo país, santuario de las mariposas Monarca, de huertos con flores amarillas y árboles rojos en pleno mes de mayo, surcado de fosas clandestinas y cabezas colgando de los puentes?

¿Un paraíso de frutos carnosos y colibríes ebrios de dicha, ametrallado por bandas de criminales? Todo lo que Mikka le había contado sobre los pueblos y los campos de su lejana tierra, se estrellaba de pronto, como si el paisaje que sus ojos construían en la imaginación no fuera más que una burbuja de cristal. Mikka tenía que regresar a buscar los pedazos, uno a uno, pensó Oksa y, por primera vez, sintiendo una ráfaga de frío bajo la piel.

A ella, su madre no sólo no la buscaría; de hecho, se alegró cuando Oksa dejó la casa, apenas terminando la secundaria. Cada quien su independencia. Parecía una costumbre familiar.

En los encuentros que sostenía con su padre, pocos pero sustantivos, Oksa le seguía sus travesías por el mundo. El padre empezaba siempre contándole sobre aquellos alrededores de Ribe, su pueblo natal, en el sur de Jutlandia, el más antiguo de Dinamarca, e insistía en este detalle con orgullo, y volvía a describir su catedral de tres torres, sus vikingos, sus pantanos, ¡y hasta su Mar de Wadden con su isla Mando!

¿Cuánto tiempo hacía que no habían hablado? Él aterrizaba de tanto en tanto por la casa, entendido de que había tenido una hija con la madre de Oksa. El padre era toda sonrisa, buena conversación y suvenires inverosímiles que la pequeña Oksa iba atesorando, como un "quitapesares" guatemalteco: un minúsculo muñequito de trapo envuelto en su minúsculo sarape, que se pone bajo la almohada para conjurar pesadillas.

Llegado el momento, ella partió también. Las conversaciones se volvieron telefónicas y luego pasaron a los mensajes de texto en aparatos móviles. Oksa terminó de aventones en Helsinki, pagó sus estudios siguientes trabajando en una pescadería y luego como intendente en un

zoológico.

La despabiló el claxon del autobús, a la entrada de las Villas. Ya venían aplaudiendo los primeros pasajeros y las canciones en español se dejaron oír por el pasillo.

¿Quién es esta joven, una más, que se aparece en mi burbuja? Una voz que viene de la aurora boreal, una chica danesa que de pronto se encuentra en las cálidas manos de la madre de Adrián Galindo, el muchacho desaparecido.

Todos se pierden. Todos se buscan. Cada uno en su laberinto de preguntas solitarias.

Me da vergüenza lo que pienso… ¿Y si fuera hija de Lothen? Porque… ¿estoy delirando? o… ¿es un recuerdo confiable? El pueblo más antiguo de Dinamarca… Jutlandia… una ráfaga surca mi cerebro. En las cien pláticas de tren… ¿lo mencionó? Habló de vikingos, habló de tres torres… ¡yo sólo miraba sus pestañas dulces y brillantes!

No, no quiero agregar lo que sigue saliendo de mi pensamiento: ¿y si fuera la hija que debimos tener?

11

El periódico de hoy, sábado, trae un suplemento de viajes. Espero relajarme y me tiendo en la hamaca de la terraza, con mi taza de té digestivo: un costalito de hierbas aromáticas que inundan mi paraíso privado. Esta vez me acompaña la taza de cónica. Parece un utensilio de metal para servir huevos tibios, más grande, claro, y de una brillantez de espejo. Regalo de la secretaria en el piso de Naciones Unidas, durante la despedida que me hicieron los compañeros latinoamericanos. “Una taza que no parece taza”, me dijo cuando abrí el envoltorio, “como usted, que no se parece a nadie”, insistió ante mis parpadeos. Ya no tuve oportunidad de preguntarle qué había querido decir con su última frase, porque siguieron los abrazos y los tequilas sobre los escritorios repletos.

En el reflejo cóncavo de mi taza compruebo que no me parezco a nadie. Soy como una taza informe que puede albergar todos los contenidos. Por eso vienen a mí los torrentes ajenos.

Llenan mis oídos, desbordan mi cerebro, inundan mi casa.

Los tubérculos de las mandrágoras han cambiado el paisaje. En vez de troncos y frondas, se yerguen torsos de jóvenes atléticos y luengas y alborotadas cabelleras. Les he dado de beber y he abonado sus raíces con la mejor tierra de la región.

Ahora es mi turno. El cuaderno de Praga me mira desde el escritorio. No he vuelto a tocarlo. Necesito una tregua.

Viajar es mi perdición. El español, mi compinche. Siempre hay cursos intensivos que impartir durante los veranos europeos. Desde hace varios años, Xiutlaltepec me ha atado una liana a los tobillos. Con esta bóveda celeste, abierta impúdicamente sobre mi cabeza, donde puedo mirar la curvatura de la tierra desde la lasitud de mi hamaca, ¿qué voy a buscar afuera? O será que mi alma se ha rendido prematuramente.

El suplemento de viajes me parece la única oportunidad a mi

alcance, en este momento, de echarme a volar, ahora que lo necesito tanto. Pero la imagen de la portada es una provocación: *Sol de medianoche en Helsinki.*

"Ha llegado la mejor época del año en Finlandia. Largas y claras noches de verano invitan a los viajantes del mundo para las fiestas del solsticio. Se acerca el día de Juhannus. Las familias empiezan a planear sus vacaciones en las villas del ártico: saben que la fiesta será interminable, como las horas iluminadas que les aguardan…"

Un nudo empieza a formarse en mi garganta. Conforme leo, las palabras se reescriben como si en mis ojos estuviera activado el comando de sobre escritura que viene en las computadoras. El autor del reportaje es Kalevi Niemi… ¿Me suena este nombre?

Es el hombre de las villas… ¿Será posible?

Kalevi Niemi:

En las regiones más septentrionales, como Laponia, el sol se mantiene en el horizonte más de setenta días seguidos. Esperé en vano a mi mujer. Ese día era un buen día para el temazcal de medianoche. Cuando duerme, mi mujer se transmuta para estar en el otro lado del mundo. Por las noches se conecta con hijos y cerros que dejó en su país, y sueña para decirles cosas mientras ellos crecen y echan flores.

Fui a hacer yo solo los preparativos. No sé cuánto tiempo pasó. Oksa, la pupila de mi mujer que atiende el mostrador en el pueblo, se apareció en las Villas. Traía un papel recién impreso y la cara sonrosada de correr. Ella siempre es muy blanca, como todos nosotros, los que nacimos en la piel de las nieves del norte.

Mikka no usa aparatos modernos. Dice que dañan la memoria. Que las ondas que emiten se enredan en la energía viviente de las células y en las flamas que lanza la luna hacia la aurora. Así dice ella, yo sólo reproduzco sus maneras de explicar las cosas que ella ve.

En la oficina del pueblo, Oksa atiende las reservaciones por Internet y manda los mensajes electrónicos que le dicta mi mujer para la familia.

Hoy no ha salido de la habitación. Voy a buscarla con el papel en la mano. Esto no puede esperar.

—Mikka, Mikka… —insisto.

Tengo que abrir la puerta.

—Si das un paso más, te mato —grita mi mujer.

—Adrián no aparece —le digo, en mi propio idioma, para que ella tenga tiempo de traducir al español, de meterse esas palabras en la conciencia, lentamente.

Yo sé que mi mujer había oído la súplica de Adrián.

Adrián:

Esto no está sucediendo. Respiro. Respiro. En verdad, esto no puede estar sucediendo. ¿Por qué no fui directamente a casa? ¡Para qué nos detuvimos por la última cerveza en ese malhadado lugar! Respiro. Todavía respiro. En verdad, no estoy muriendo de asfixia, no estoy atado de pies y manos, no hay una bolsa de plástico cubriéndome la cara. No.

No, esto no puede estar sucediendo. Me incorporo de la hamaca en un salto casi eléctrico. Boto el periódico: sus hojas, dispersas, revolotean como murciélagos diurnos, parece que acarician con tristeza a mis mandrágoras, que alzan el rostro, tratando de respirar.

Hay una, suplicante, que me sostiene la mirada.

12

Lothen se zambulló en las riadas de ese verano vasco y yo era su pez de agua dulce, siguiendo la levedad de sus muslos entre las olas. La felicidad es feroz, porque llega como piedra, y mientras te levantas del nocaut ya no pudiste tomar el número completo de su matrícula. A esperarla de nuevo, ¿y si regresa de inmediato?; lo más seguro es que la pedrada retorne hasta tu próxima vida.

Cuando mis padres llegaron a terminar esas doradas vacaciones conmigo, Lothen ya había seguido su rumbo y yo temblaba de lágrimas y de futuros promisorios. Claro que prometimos escribirnos y reencontrarnos. A lo antiguo, sin internet ni celulares, nos confundimos y nos perdimos en la lontananza de unos amantes de Teruel con demasiados pájaros en la cabeza.

Desempacada en una villa para estudiantes de la Universidad Complutense de Madrid, me asomé al balconcito y respiré profundo. Los acentos peninsulares me rebotaban en la cabeza, junto con el chicloso danés de Lothen, el norteño cantado de mi madre y el gringo-lituano de mi padre. Sobre todas esas sonoridades, yo estaba a punto de dar el paso decisivo hacia los estudios profundos del español. Siempre he sido especialmente sensible a los sonidos de la voz humana, a las cadencias de las palabras, a sus significados.

Entiendo que por eso me buscaron las mandrágoras… Pero estoy hablando ahora de otra cosa. De las pedradas. De los nocauts. De las otras vidas.

Así, como si nunca aprendiera uno nada de nada, ni de la historia, ni de la ciencia, ni de la vida, hete aquí que la muchacha del cuento se embarazó. En realidad, ¿habría cuento sin ese repetitivo ademán con el que Dios nos regresa a la forma humilde que merecemos? Me lo pregunto, sabiendo de antemano la respuesta. Pues la vida es sólo ese cuento que se repite y, para cambiar un poco el aderezo, yo me quedé con los ojos jalados cual

vietnamita y las fosas de la nariz, éstas sí, totalmente cuadradas.

Una clave morse toca sus timbales en mi corazón, es la voz de la madre:

La madre:

La ciudad de México es como un cuchillo en las pupilas, y el aire es de color sepia. El aeropuerto es el peor lugar del mundo para mirarse a los ojos cuando un hijo ha desaparecido. Polvo. Polvo en los pulmones.

Micaela se abre al abrazo de Martín. Cierra un instante los párpados, mientras le toca los cabellos aún castaños, donde merodean las luces de algunas canas. Martín no entiende el murmullo que le sopla Micaela en los oídos. Pero siente que la hebra de las cosas tendrá una desembocadura. La presencia de Micaela es premonitoria.

Con el telón de fondo de un pasillo sin fin, se miran, tan largamente como su incredulidad.

Saben. Saben. Saben todo. Y no quieren saberlo.

En las palmas de mis manos aparece un escrito. Mis ojos lo siguen cubriéndome el brazo izquierdo, doblando por la axila. Soy un flamenco torciéndose sobre mi cuerpo tras las letras que corren.

Las hojas volanderas del suplemento de viajes me cubren, como si quisieran embalsamarme:

Kalevi Niemi:

El sol parece pálido, pero conserva una luz uniforme, como la de un permanente atardecer. Ideal para conciertos callejeros, cruceros por la costa, o el tradicional ritual de purificación en la isla Seurasaari, que consiste en encender una inmensa hoguera formada por madera y ramas de abedul, a la orilla del lago, para darle más fuerza al sol.

Se conjuran hechizos mientras la hoguera va navegando el lago, arrancando cánticos y promesas. Yo le prometí a Mikka que nunca le faltaría calor en mi país. Desde hace cinco años le he cumplido. Una vez viajamos a México, nos recibieron sus hijos. Llevamos bufandas. Nos abrazó Martín. Nos abrazó Mayra. Ya estaban juntos.

Adrián nos visitó en las vacaciones de invierno. Mikka le preparó un iglú térmico para que contemplara la galaxia como si la tuviera en la palma de la mano. Así dijo Mikka. Así la vio Adrián.

Yo sólo repito lo que ambos me dijeron.

Yo sólo vi que pasaron muchas horas en silencio, juntos, como en una misma respiración.

Adrián:

La bronca estaba en la otra mesa. Yo no lo supe. Hasta que vi su figura en la puerta, acercándose con demasiada cautela.

Ahora que tengo todo el tiempo del mundo, que es ya ninguno, porque no voy a ninguna parte, pues he llegado a la definitiva, puedo usarlo para atrapar el momento en el que apareció, y percibir sus movimientos cuidadosos, y su sonrisa, como si la ocultara o pidiera un perdón anticipado.

Ramiro llegó menos de cinco minutos después.

Nos habíamos mantenido al margen, hasta que nos alcanzó el primo de Ramiro, porque Félix le envió un mensaje cuando decidimos ir por la última cerveza: "Estamos en Los Arcángeles". Pero la última cerveza ya nos rebasaba a Félix, a Guardiola y a mí.

Dije:

—Chinga a tu madre…

Así, sólo así dije.

—¡Son ésos! —exclama entre susurros Guardiola.

—¡Pinches ojetes!, ¡son los mismos, tan campantes! —sigue Ramiro.

Porque Guardiola y Ramiro habían puesto una denuncia tres semanas antes. Unos policías los habían detenido saliendo de un cajero automático. Los golpearon. Los amenazaron. Les quitaron el dinero. Ningún Ministerio Público quiso tomarles la declaración, hasta que acudieron a la Comisión de los Derechos Humanos. De todos modos, ninguna respuesta.

—Cállense —dice El Chava.

Pero Guardiola ya se había trenzado en las palabrotas que comenzaron a cruzarse entre las dos mesas.

—La van a pagar, cabrones.

—Chingas a tu madre —me oigo decir, mientras El Chava y Félix me empujan hacia la salida.

Kalevi Niemi:

Cuando era niño mis padres me trajeron al ritual de Seurasaari y pidieron para mí una mujer dulce y buena. Y colocaron ramas de abedul en todas las puertas. Dulce me tocó, y ácida, como el mango que nunca había probado, así Mikka me subyugó. No sólo buena, sino ardiente, como un brebaje para ebrios felices.

Según la tradición, la cantidad de alcohol consumido en el solsticio de verano se corresponde con la magnitud de la cosecha, al final de la estación. Para las antiguas creencias, un comportamiento ruidoso atrae a la buena suerte, lo que muchos interpretan como una fiesta interminable.

Horrísono… ese ruido es como un mar de roedores en mi cerebro. Tiemblo. Me tapo los oídos, en vano. Mis huéspedes crecen, irguiendo sus brazos a lo alto, aleteando las ramas-brazos,

haciendo vibrar los tallos-dedos, juntando repetidamente las palmas-frondas a manera de señas, aplausos, ondulaciones.

No son plantas inofensivas. No están ahí para adornar mi jardín, ni para proveer de oxígeno a este mundo.

No esperan. Exigen, se manifiestan. Gritan.

Y su ruido es un ruido de vísceras y huele a sangre a la redonda.

13

Estoy preparando mi clase de etimologías. Me he encerrado en mi cubículo de la universidad. Casi no estoy en casa. Las mandrágoras han invadido todos los cuartos y debo abrirme paso de la recámara al comedor a la cocina, como si estuviera surcando una Amazonia virgen.

En la tina del baño son felices, enraizadas a la humedad, han hecho parejas. Tubérculos-hombre y tubérculos-mujer se aparean delante de mis ojos, mientras el agua de la regadera me cubre con sus murmullos. Por medio de los riachuelos-conversaciones que me recorren el cuerpo, hablan de los amores que perdieron, no sé si lloran o gozan esos momentos. Me limito a respirar, respetando lo que no comprendo, pero sé sagrado, como me enseñó mi padre.

He preparado un documento sobre la importancia del significado de las palabras que me dispongo a revisar, quedan unos minutos antes de la clase. Le doy clic al archivo.

Claro que tengo miedo. Y mi miedo está justificado, porque aquí está el archivo que se despliega y no puedo evitarlo, ni borrarlo, ni minimizarlo:

De: <Gilda Ruiz> para: <Renata Henzel>

Estoy medio dormida, medio despierta. Mi mamá me da tés extraños. Creo que quiere embrutecerme. Pero te escribo porque me calma contarte cosas que ya sabes. Porque ya sabes que cuando vuelves a contarlas salen cosas nuevas o diferentes. Recuerdas más, o pones atención en aquello que te había pasado inadvertido.

¡Pues te cuento que ya entendí por qué dejó Adrián la carrera de Filosofía! En la clase de etimologías de la profesora Tana, ¿te acuerdas?, ahí fue donde nos conocimos todos… Bueno, Tana estaba hablando de la importancia del significado de las palabras. Y decía algo así:

—Los conceptos son una especie de “entelequias”, o “constructos” sociales. No existen por sí mismos. Dependen del significado que cada comunidad le dé a las palabras que lo conforman. Primero es la palabra,

luego el concepto…

¿Te acuerdas? Entonces no sé quién dijo:

—Miss, disculpe, ¿podríamos mejorar eso de que "pienso, luego existo", por "hablo, luego pienso, luego existo"?

—Excelente idea, muchacho. Tomen en cuenta que una sola palabra es un baúl, como la caja de Pandora: guarda todo lo que quieras meterle, y úsala sólo cuando la necesites y en el lugar adecuado. La literatura es la madre de todas las cajas. Y los libros son el imán para cruzar el laberinto de su escondite.

¡Le aplaudimos! ¿Recuerdas? Fue una clase deslumbrante.

Renata… ¡me quiero morir, morir, morir! ¡Despiértame de esta pesadilla!

¿Estoy soñando? Ya viví esta escena. La recuerdo perfectamente. Clic. Clic. Clic. No desaparece. Clic. Se superpone la grabación de un audio, aunque me quito los audífonos, dentro de mi cabeza suena la voz que he aprendido a reconocer:

Adrián:

Quisiera acabar de morir y despertar en el paraíso.

Durante muchos libros busqué la descripción del paraíso que me convenciera. Pedí mi cambio a la carrera de Literatura y aprendí a saborear las palabras, como mi padre saborea los números y mi madre los olores y los ungüentos. Entendí que yo debía escribir mi propio paraíso. Pero escribir era volcarme en el mundo de la expresión. Así como la Filosofía había sido mi camino al razonamiento, las novelas y la poesía me llevaban a la expresión. Yo buscaba algo más, me impacientaba que la Filosofía y la Literatura se convirtieran en una especie de intermediarios entre el mundo real y yo.

En uno de los talleres literarios que llevaba, una compañera hizo la observación de que el autor necesitaba meter en contexto la frase "Te quiero matar", en uno de los cuentos que se estaban revisando.

—¿Por qué? El contexto está dado —se defendió el compañero—, dice "Preciosa, te quiero matar esta noche", y se sobre entiende que se la llevará a la cama.

Vino una discusión:

—"Te quiero matar" puede ser a besos, ¿no?

—O te voy a humillar…

—También: voy a apoderarme de ti, te voy a gobernar.

—O me voy a vengar de ti, porque te me habías negado.

—También significa "te voy a chingar, cabrona".

—"Te jodes, mamacita".

—Chinga a tu madre…

Carcajadas en todos los tonos, hasta que dije:

—¿Saben qué? Se nos olvida que simplemente puede estar significando: "Te voy a privar de la vida. Ya no vivirás, ¿captas?, no respirarás".

—¡Claro! —exclamaron a coro.

—¡Te voy a estrangular!

—Te voy a hacer puré…

—Te voy a balacear, a apuñalar y a asfixiar…

—¡Bájale!

—Digo, ya entrados en gastos, hasta te voy a cortar en pedacitos…

—Y voy a poner tus vísceras a hervir…

—Y te voy a hacer pozole…

—Y te voy a servir el domingo en el mercado, para la cruda…

—¡No olviden las chelas!

—¡Ya cállense, mamones!

—Bueno, vámonos, esto se acabó.

Pero no se acaba. No se acaba.

El reportaje sobre viajes continúa deslizándose en picada sobre mí, porque se activó una suscripción al suplemento, que yo no realicé, y me secuestra desde todos los intersticios que encuentra para hacerse patente, en todos los dispositivos y hasta por mensajes telefónicos:

Kalevi Niemi:

La mayoría de las villas veraniegas podrá no tener el mejor de los baños, pero competirá por tener el mejor de los saunas. Familias completas viven este proceso de purificación, que es parte esencial de los rituales.

En náhuatl, *temazcal* significa, literalmente, casa de vapor. El *temazcal* es mucho más que un sauna, porque tiene propiedades no sólo higiénicas y relajantes, sino que es, sobre todo, terapéutico y espiritual.

Sólo las Villas *Kal-Mikka* ofrecen este ritual sagrado que tiene más de cinco mil años de antigüedad. Sus virtudes están dadas por el uso de los elementos del agua, el viento, el fuego, la tierra y los vapores de las plantas medicinales y aromáticas que se conjugan con el movimiento que el sanador prodiga en el interior del temazcal. Mi mujer es una sanadora que logró convertir un iglú en un espacio mágico para curar el frío del alma, porque se trajo con ella las piedras del Tepozteco, donde la conocí. Se trajo el color de rosa del atardecer sobre el cerro para hacer bálsamos que unta en la piel de los huéspedes.

Ella salía del iglú de piedra, cuya altura no era mayor a la de un metro y medio. Llevaba zapote blanco, cempasúchil y gordolobo en una bandeja de barro. Claro que yo no conocía esos nombres, sólo me mareaban los

aromas que venía sudando. Más me mareaba el andar descalzo de la que sería mi mujer.

—¿Para qué sirve ese iglú? —le pregunté.

Se rió mucho, con toda la risa suelta, alegre. Tengo en los ojos sus dientes muy blancos, su boca grande, de labios que parecían coloreados con esa fruta jugosísima que se llama sandía y que la vendían en la calle, a todas horas, en los alrededores de Tepoztlán. Me dio una sed enorme de sandía. Era como beber una jarra entera de jugo dulce y fresco.

Pero hay cosas invencibles, que no saben a sandía y que revuelven las entrañas del mundo. Así me enseñó a pensar mi mujer, cuando me explicaba el interior de las tristezas. Creo que ésta es una de esas cosas, si no la peor. Tengo que tocar otra vez la puerta. Mikka no sale. Sé que no va a salir. Entonces, decido entrar. Ya no es mi mujer. Es un pájaro negro, como los zanates que nos persiguieron toda la carretera, cuando dejamos Tepoztlán hacia la ciudad de México, para tomar el avión hasta Helsinki. Mi mujer es ahora un zanate cuyos ojos picotean el aire, tensos. Sus cejas son alas a punto de quebrarse.

14

Hoy no quiero huir de las mandrágoras. Les doy los buenos días. Me preparo el café del desayuno, y les preparo una fresca regadera con gotitas de menta.

Paladeo un exprés cortado en mi taza china y platico con un par de mandrágoras-muchacha que se han hecho amigas trenzando sus ramas por los costados del refrigerador. Si las miro, hasta me sonríen.

No es que "vea" sus rostros, pero sí siento el rumor de sus hojas que expresan emociones, a veces tan intensas, que se convierten en pensamientos dentro de mis sienes, y así laten, hasta que los descifro con mis propias palabras:

Renata Henzel:

Aquí son las seis de la mañana, todavía no amanece y hace un frío pavoroso.

La prima de Matéu, Filippa, hizo un café siniestro, aunque lo bebo porque está caliente.

No lo creerás, pero también estoy conviviendo con la ex novia de Matéu, una francesa pecosa que se llama Bernardette. No es flaca, como podrías imaginar. Es bajita y con unos pechos gigantes que se le mueven como vacas lentas, obvio sin brassier, y pelos largos y rojos que le salen de las axilas, intensamente olorosos.

Por todo lo que te cuento dirías que es horrenda. No, me resulta muy cálida, maternal. Está aquí porque quiere mucho a Matéu, dice que como hermano, y porque pertenece a la causa de los Indignados y es el contacto con el grupo de "Abogados para los Indignados" que se ha juntado entre jóvenes profesionistas de la zona euro para ayudar a los detenidos.

Haz de saber que el asunto va cruzando fronteras y en Grecia y en Italia ya tienen el agua al cuello.

Parece que hay noticias, más tarde tenemos reunión con los Abogados Internacionales. Tendremos que ir a un interrogatorio como testigos, dice Bernardette.

Pero no quiero enredarte más, amiga. Cuéntame tú.

Gilda Ruiz:

Más enredada no se puede estar. Mi mamá me tiene casi encadenada en la pata de mi cama. Fue por mí a la ciudad de México, me suplicó que regresara, sólo por unos días, para curarme.

Según ella, estoy muy enferma porque tengo los ojos hinchados como sapo y me dan escalofríos todo el tiempo. Me dice que parezco palo de escoba y me atiborra de comida. Me mima. Me consuela. Me lee lo que escribe para los niños asustados. Se le ocurrió una colección de cuentos para todo tipo de sustos. Ya no hay cocos ni espantos en sus historias. Hay secuestradores y balazos. Y también hadas que bajan de la luna y les cantan canciones y les llevan amuletos para protegerlos.

Renata Henzel:

No me hagas llorar, mugrosa. Hace cien años que mi mamá no me canta ni me da amuletos para protegerme. Ojalá me tuviera encadenada a ella… Me siento como una hoja, como un velerito de papel, me castañean los dientes.

Gilda Ruiz:

Estamos juntas, amiga. Igual, pero al revés: yo me abro desnuda frente al ventilador, acabo de mojarme el pelo, son las diez de la noche de tu día de ayer. El calor es como una boca negra pegada a la ventana abierta. Quisiera ver el amanecer que tú ya estás mirando.

Renata Henzel:

¿Sabes? No estoy mirando nada afuera. Pienso en los besos, Gilda. Yo también. En todos lo que no le he dado a Matéu. Porque… ¿por qué tendría yo que haberme enamorado en este espantoso momento? ¿No podía mi corazón haber esperado, de verdad, por un Príncipe Azul, como nos enseñaron las abuelas?

Gilda Ruiz:

¡Las abuelas jamás nos enseñaron eso! Más bien, nos enseñaron a no buscarlo, a ser como ellas hubieran querido ser. Ellas, en el fondo, tampoco lo buscaban, querían algo más que un mito, aunque no creo que hayan tenido demasiadas oportunidades para decidir.

Renata Henzel:

Entonces, ¿de dónde viene el mito del Príncipe Azul, según tú?

Gilda Ruiz:

De los hombres que han querido controlar a las mujeres. De los que se creían la encarnación del Príncipe Azul. Yo nunca he visto alguno. ¿Tú sí?

Renata Henzel:

¡Yo sí, conozco a millones! ¡Pero me chocan!

Gilda Ruiz:

A decir verdad, yo me vomitaría delante de uno.

Renata Henzel:

¡Imagínate las toneladas de vómito que ya me eché!

Gilda Ruiz:

Me siento repugnante por divertirme con estos desahogos, cuando debería estar bramando en un mar de lágrimas…

Renata Henzel:

No creo que estés divirtiéndote, hasta acá oigo ese mar, Gilda, y se une al mío. Juntas nos estamos ahogando.

Gilda Ruiz:

¿Tú crees que en un vaso de agua?

Renata Henzel:

¿Tú qué crees?

Gilda Ruiz:

¿Crees que vayamos a sobrevivir?

Renata Henzel:

¿Tú?

No creo que necesiten de mi agua. Mis propias lágrimas corren, y yo corro tras ellas hacia el jardín. Hay muchas más mandrágoras que alimentar con mi presencia.

15

He dado tres clases seguidas de expresión verbal. No pienso más que en palabras que vuelan alrededor de mis ojos.

Traigo conmigo el cuaderno de Praga, en mi bolsa de universidad, que es como una señora enorme y buena, tejida en palma de Acapulco, y lleva trenzado en franjas, del ocre al magenta, un atardecer inolvidable. Le llamo "Doña Soco", porque siempre me socorre cargando mis primeros auxilios.

Hoy no llego directo a casa. Le pido un aventón a Brenda, la joven maestra de Historia que alquila un departamentito con ventana al callejón Borda. Me dice que no tiene coche. Se espanta de que le hable para algo más que el saludo. Es su primer semestre como profesora y toda su familia vive en Jojutla. Yo quería aterrizar en el centro, vagar, desembocar en algún café. Me he encerrado demasiado.

—Podemos irnos en la ruta, doctora —me dice, entre entusiasmada y apenada.

—Háblame de tú, Brenda, no te llevo taaantos años. Pero creo que mejor pedimos un taxi, porque para andar en ruta sí me sobran unos pocos.

Ella ríe con frescura, con sus dientes brillantes. Sus cabellos castaños hasta los hombros se alborotan con el movimiento de su alegría. Es idéntica a una de mis mandrágoras-hembra que ilumina la ventanita de la cocina por las mañanas. Sólo que a mi mandrágora no la mueve la risa. Sacudo la cabeza, sacándome los pensamientos. Todos.

Nos despedimos ante las puertas del Jardín Borda.

—¿De verdad no quiere pasar un momento… digo, no *quieres* pasar? Mi mamá me mandó unos corazones de chocolate que ella misma hace, están buenísimos.

—Ahora no, Brenda, de veras, tengo una cita, pero te tomo la

palabra para la próxima vez.

Mi cita es conmigo. Volver a ser la Tana que conozco. Recuperar el control. Claro, aceptando los cambios. Entendiendo que no hay vuelta de hoja. Dejando de huir. Doy el paso. Entro.

El Jardín Borda me recibe con su enorme fuente azul y sus enramadas. Es un jardín antiguo, con calzadas, escalinatas, terrazas y juegos de agua. El lugar de los amores furtivos del emperador Maximiliano y la India Bonita, una trufa dieciochesca y afrancesada de Cortés y La Malinche, entre el pausado canto de todos los pájaros del mundo y las flores más hermosas del paraíso terrenal. Suspiro. Los amores incumplidos huelen a especias y guardan murmullos.

El camino se estrecha. Árboles, hortalizas, arbustos, enredaderas… respiran, exhalan, alzan sus ramas, sacuden sus raíces. Se me figura que todo el Jardín está en plena convulsión. Sé lo que está ocurriendo. Bajo tierra viene el ejército de las mandrágoras a hacerse oír. Apuro el paso.

Salgo hacia la Catedral, me siento en el primer cafecito al aire libre que encuentro, al lado del mercado de artesanías. No lo conocía. Tiene sillas parecidas a equipales y pequeños troncos a modo de mesas. Se llama *La Hojarasca* y me remite de inmediato a García Márquez. Un buen lugar para pedir un capuchino de rompope y abrir mi cuaderno de Praga. La tarde es tibia como todas las tardes de Cuernavaca. Y el cielo traza su jirón color de rosa sobre el campanario. Se diría que nada malo puede pasar.

Abro el cuaderno. Tengo la pluma lista y, sí, la deslizo escribiendo sobre el papel, pero yo sólo transcribo lo que a continuación aparece:

Oksa, aurora boreal:

Sin aire, no hay nada de aire. Las villas *Kal-Mikka* se han quedado sin las olas blancas de las faldas de Mikka recorriendo los pasillos. Sin sus manos de ónix, de paloma, de diente de león, de gotas de manzanilla. Kale insistió en acompañarla a México. Ella sólo habló una vez, firme:

—No puedes venir. Esto es un asunto de México. Y México es mío. No tuyo. Es la parte de mi vida que no te pertenece. Lo demás, lo sabes bien, es contigo. Pero allá tengo que ir yo, conmigo misma, a hacer lo que tengo que hacer. Y tú debes quedarte a cuidar y mantener este asunto, que es nuestro.

No hubo nada más que discutir.

En el casquete polar pronto iniciará la larga noche. Hay jirones de estrellas zumbando en un cielo color ágata. Kale debe preparar sus manos para los masajes en el spa, que ya revienta de expectación con una fila de huéspedes inquietos. Kale debe reconstruir en cada uno de sus dedos, los pétalos de su mujer, para emular su ritmo, su cadencia.

Oksa ha sido testigo de este naufragio y se siente helada y perdida hacia una noche interminable. Necesita repasar todos los pasos que Mikka le enseñó. Aprendérselos de memoria. Repetirlos como una especie de plegaria. Tal vez así la escuche Mikka, tal vez regrese con su hijo colgado del brazo y Oksa pueda sentir otra vez una corriente de calor en el circuito de sus nervios. Escribe en su cuaderno, un cuaderno que su padre le trajo de un viaje a Praga y que lleva un grabado extraño, como de una ola oscura, ¿acaso el último regalo que le ha dado?:

El cuaderno se me escapa de las manos, el grito ahogado delante del mesero.

—¿Está muy caliente su capuchino?

—¿Eh? Nno… no…

—No se preocupe, ahorita le traemos otro.

—Es que…

El mesero recoge la taza y limpia rápidamente. Yo me lanzo de nuevo sobre el cuaderno, con la sensación de un preso que va como hipnotizado hacia el cuarto de torturas:

Preparación de un baño de temazcal:

• Primeramente se limpia el temazcal con copal y se bendice con agua.
• Se prende el fuego, el cual debe mantenerse por dos horas, mínimo.
• Se prepara el agua de infusión de hierbas medicinales.
• Se prepara el té para tomar.
• Se preparan las hierbas medicinales para el rameado y para el manejo del vapor.
• Se coloca un recipiente con agua fría.
• Se colocan las mantas o tapetes en el piso del temazcal.
• Se coloca el tapete de entrada o puerta.
• Se colocan las mantas o tapetes para el reposo de los bañistas, si hay espacio.
• Se preparan las plantas, el fuego, el copal y el agua para la limpia.
• Se colocan las toallas y mantas para cubrirse al salir del baño.

Oksa cierra los ojos y repite para sí, en voz baja:

—Entramos desnudos y de rodillas para pedirle permiso a nuestra Gran

Madre Tierra para entrar al útero sagrado para restablecer nuestras energías y limpiar nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestro corazón y nuestro pensamiento, y lograr darnos el equilibrio para renacer a la vida.

—¡Tana! ¡Tana!

Me despierta la presión de la mano sobre mi hombro. Alzo la vista. Es Miguel Torrente, el escultor. Tiene su taller en Tetela del Monte porque le gusta la zona "fría" de Cuernavaca. Varias veces estuve ahí para algo más que contemplar sus esculturas. Lleva una coleta plateada en la nuca, y un pequeño arete de ónix negro en el lóbulo derecho. En los surcos desérticos de su rostro se dibuja su estirpe de indio yaqui, con cincuenta y cinco años bien vividos. En su cuerpo cuadrado y nervudo habita un cuarto de germanía por donde le viene la corpulencia. Nos encandilamos por las memorias sonorenses que tenemos en común, y porque yo hablo mientras él sólo asiente. Suele impartir cursos de verano en el Centro Morelense de las Artes. Hacía más de dos años que no coincidíamos.

Sonríe agitadamente. Yo parpadeo. No sabe qué hacer delante de mí. Nos besamos en la mejilla, se sienta. Yo guardo el cuaderno al fondo de "Doña Soco".

—Mira, Tana, bajé de mi monte porque apareció muerto el hijo de Sicilia en un coche abandonado, hoy en la madrugada. Me localizaron los cuates de la prensa para pedirme opinión. Esto es un desmadre, Tana.

En ese momento, el tronco que hacía de mesa entre nosotros, se parte en dos. De sus entrañas abiertas brota entero un tubérculo bien enraizado y se abre en una mandrágora-macho bajo el trueno del primer relámpago.

—¿Viste? ¿Lo viste tú también? —le grito a Miguel, mientras él me jala del brazo hacia el interior de la catedral.

Empieza a diluviar en Cuernavaca.

16

Las noticias han explotado sobre esta *ciudad de la eterna primavera*. Yo no pude volver a casa. Acepté subir con Miguel a su taller, que es también su casa. Me dejó su cama. Le pedí que se acostara a mi lado. Lo hizo, suavemente, acariciándome la cabeza, como un padre.

Así pasamos la noche. Y era como si sus dedos escribieran sobre mis pensamientos los de otro padre, otro, otro más:

El padre:

De pronto, supo que Adrián tenía cabeza para la filosofía cuando le explicaba las hileras de conjuntos de los números, todos infinitos. Los pares no pueden ser tan infinitos como los nones y éstos, sumados, no pueden ser igualmente infinitos que aquéllos. No hay más de un infinito, insistía el muchacho, a los doce años de edad.

—Tiene razón Adrián —terciaba Micaela preparando su maravilloso brebaje de café con chocolate y menta, cuyos efluvios lo excitaban, provocándole chispazos en los ojos y una electricidad en todo el cuerpo, como si el cuerpo solo, con vida independiente de sus pensamientos, cobrara vida propia, diferente a la que estaba acostumbrado a sentir.

—Hay un lugar en el que tiene razón, Micaela, y ese lugar se llama "lógica", y ese concepto es una rama de la Filosofía.

—Ya está listo el jarabito, amores míos —los mandaba llamar a la terraza, "porque sólo ahí se perfuma como debe y se bebe con todo su aire", decía su mujer, de su café especial. Tenían que contemplar el cerro y sentir el atardecer bajando como nácar de caracol sobre el cielo. Cinthia jugaba con las Tres Carabelas, las perras callejeras de la familia. Se enlodaba feliz, regañándolas a gritos y palmazos para que la obedecieran, cosa que jamás hicieron.

—Esto sí es el infinito, amores míos —susurraba Mica dando el primer sorbo y todos los conceptos se acomodaban a la perfección. El mundo quedaba en su sitio.

Antes de abrir los ojos recordé la sensación: alguna vez yo tuve

un infinito. Y también lo perdí. Lo dejé escurrirse como el agua que grita desplomándose por la barranca al borde de esta casa. Por eso las pesadillas se me llenan de naufragios. Miguel no oye el estruendo, por eso escogió este sitio para su taller. Necesita el fragor que lo contenga, para deslizarse sobre la piedra con dedos de pluma, con vibraciones de dedos que esculpen instantáneas. Sus obras son vistazos al cuerpo humano: una mano a la mitad de un ademán de duda, la comisura de una sonrisa postergada, la curva de un codo preocupado, la pátina de la felicidad en un párpado a punto de cerrarse, la agitación de un pecho recién acariciado… Miguel necesita ensordecer por fuera, para penetrar en el misterio de la forma silenciosa.

En cambio, a mí me hieren los sonidos, se funden con la misma sustancia de mis células, dejando en mi interior una escritura llena. Este despeñadero de agua me deposita en el fondo. Agua brotante, agua emponzoñada, agua amniótica, oscura, visceral.

Estaba embarazada, recién inscrita en la Universidad Complutense. Lothen, el dulce pelirrojo de mis trenes de verano, había cruzado la frontera en todos los sentidos. Mis padres tenían puestas sus expectativas en mí, y me habían colmado la mesa para logarlas.

Desde el balcón de mi piso para estudiantes, miré el mundo, que no era sino la calle que cruzaba, una veredita de árboles y las fachadas coloridas del frente. Sentí que en mi cuerpo empezaba a abrirse un túnel, una boca infinita. El afuera y el adentro. Los hilos en contra. Me quebraba.

Comenzó con un velo de agua, que se convirtió en lluvia, y creció en torrentes y no cesó hasta convertirse en sangre. No tuve que tomar ninguna decisión. Se la dejé al bebé. Cuando vi esa flor exangüe palpitando entre coágulos sobre la blanca sábana, pude escuchar claramente en sus últimos latidos cómo se despedía de mí: había entendido el mensaje de mis lágrimas y había hecho lo adecuado.

Luego de algunos días en el hospital, entré a mi primera clase de filología. No le conté a nadie. Creí que pisaría la misma tierra prometida que me había propuesto. Pero el mundo había cambiado de sitio.

17

Miguel me ha llevado a la Universidad. Se organiza una marcha y el ambiente está en ebullición. Sobre el escritorio de mi cubículo tengo desplegados varios post de neón en diferentes colores, con los recados, avisos y memos que la secretaria académica ha tenido a bien prepararme. También están los tres principales diarios de Cuernavaca y dos nacionales.

Empiezo a ordenarlos, pero parecen encajar unos en otros y no tengo más que seguirlos para armar el mosaico que cierra la primera parte de esta historia, esta historia que no es más que un enorme animal moribundo sobre un vergel de mandrágoras feroces, recién nacidas:

La madre:

Con la fotografía de Adrián bordada en el huipil, Micaela Suárez parece un árbol milenario, plantado frente a Los Pinos, la Casa Presidencial.

No está sola. Las madres de muchos otros desaparecidos la acompañan. No hay un solo murmullo en este mar de cabezas que esperan bajo el rayo del sol. Por eso las sirenas de las patrullas y los cláxones desesperados de los defeños que se entrecruzan como graznidos en el aire de la ciudad, parecen aves de mal agüero.

No aceptan que las reciba una comisión. Quieren ver al Presidente a la cara. Esperan una respuesta directa de su boca.

El padre:

Martín se ha reunido con otros padres, con abogados, con autoridades universitarias, con los medios de comunicación.

Nunca tuvo cabeza para estas encomiendas. No sabe urdir más de cuatro frases juntas.

Sólo tiene en la mente los ojos verde-selva de su hijo, esos ojos que sonríen solos, con una inocencia tardía que está a punto de ser sarcástica.

Y tiene, sobre todo, muy clara, la sensación en sus dedos, de esos cabellos silvestres que le gusta tanto despeinar, y que es su modo de soltar su amor por él.

La hermana:

Cinthia vive, literalmente, enredada en las redes sociales, sorteando y multiplicando atroces noticias para esconder su propio terror y el vacío en el que ha quedado abandonada, en este trance, por sus padres.

El padre, la madre, la hermana:

Todos piensan en el paraíso.

Martín sueña un paraíso terrenal en el que encuentra el circunloquio donde las estrellas manifiestan el lenguaje original y tejen el algoritmo de la creación.

Cinthia piensa en los rizos de agua de una laguna, como la de Tres Palos, en Acapulco, cuando desenredaba sus largos cabellos frente a las miradas de los surfistas. Sus cabellos castaños, sueltos; sus largos muslos poderosos y bronceados. Si pudiera planear como esa garza que, luego de retozar en un islote de enramadas, se echa a volar hacia un punto indefinible…

Pero Micaela Suárez tiene un paraíso más humilde y contundente entre las cejas. Y no va a renunciar. Por eso sus raíces han crecido hasta la sala principal de Los Pinos, y su fronda envuelve en sombras todo Chapultepec.

En *El Financiero* viene la continuación del reportaje sobre Finlandia:

Kalevi Niemi:

Esta época es una oportunidad para sumergirse en los lagos que ya gozan de una temperatura aceptable. Navegar, sea en velero o en canoa, y surcar las aguas nocturnas, es una experiencia única. Los finlandeses decimos que pescar es una gran alternativa, pues es el momento en que los peces tienen más hambre. Se pueden divisar búhos cazadores.

El verano pasado traje a mi mujer a la isla Soumenlinna. Llegamos por ferry, recorrimos en bicicleta los alrededores y almorzamos peces al fuego en nuestro propio picnic. Descansamos recostados en la hierba, contemplando el paso de los cruceros. Ella me contaba de sus caminatas por el Tepozteco, y por momentos se entristecía. No soy hombre de celos. Yo sabía que sus hijos la llamaban. Que Adrián, el muchacho, iba a necesitarla de una forma especial.

Suena el teléfono de la oficina. Salto para contestarlo, con el corazón apurado, por los orificios de la bocina surgen ramas diminutas que se me enredan en la oreja. Las aparto como puedo y pongo el altavoz:

Adrián:

Siento que la espiral de la muerte se vuelve lenta, honda, como si una

mirada profunda quisiera indagar hasta el último resquicio del proceso. Sé que no estoy respirando. O que tardo mucho tiempo entre una inhalación y otra. Minutos. ¿Horas? No hay aire. La bolsa de plástico se ha pegado a mi lengua. Pero yo siento todavía que no he muerto. Porque no he acabado de construir mi propio paraíso y aún no tengo a dónde ir.

Yo quería entender lo inentendible. La muerte es una palabra que no se entiende hasta que llegas a ella. Y entonces, pierde sentido encontrar su sentido.

Hay una hebra columpiándose entre la bruma que percibo, no sé si es un cabello o es el hilo de miel de una abeja o el reflejo tembloroso de un rayo de luz. Si me acerco a tocarlo, podría llevarme a su origen.

Tal vez ahí, al final del recorrido, volvería a sentirme en casa.

El filo de luz que llega de pronto por la ventana me da en el centro de los ojos, como si los rajara de un tajo. Entra la profesora Brenda como pequeño relámpago al cubículo, ostentando la tableta electrónica de alguno de los alumnos, y me la planta enfrente:

—¿Ya oyó, digo… oíste, la canción del caracol?

—Cuál canción del caracol… —pregunto, a ciegas todavía.

—¡Ésta! ¡La letra la escribió la mamá de Gilda, Gilda la novia de Adrián Galindo! Ya sabes, el muchacho que no aparece, fue tu alumno, ¿verdad? Los estudiantes del Diplomado en Música la descubrieron en los retuits y le hicieron los arreglos:

Youtube

www.loscuentosdelaedelmiraparalasal masheridas/ música/DJ/metalblue

Los cuentos de la Edelmira para las almas heridas

Tu caracol favorito
en altamar se perdió:
no llores, niña bonita,
no llores, mi corazón.

Si cierras bien los ojitos
un rayo te mirará
será la luz de la flama
su voz que te llamará.

Ten tus oídos abiertos,
ten tu corazón despierto:

vendrá cual ola chiquita
rodando hasta el manantial.

Aquí te mando un versito
que te venga a consolar,
guárdalo bien en secreto
debajo de las almohadas:
es tu preciado amuleto
para las noches heladas
también para desveladas
y todas las tarugadas
que te faltan por hacer.

Ya me voy por el momento,
pues voy a acabar el cuento
con un tema acalorado:

¡Ay, caracol descarado
que te vas sin avisar,
más te vale que te regreses
caminando sin parar,
bien cargado de regalos
a los brazos de esta niña
cuyos ojos se han hinchado
cual dos bolotas de helado
llorando por un baboso
caracol desvergonzado.

Vuelve, vuelve caracol,
no te fíes de mis rimas,
sólo son una canción,
lagrimitas de mentiras
con aromas de melón.
Porfis, porfis, ¿sí?, porfitas,
te rogamos por favor
no te tardes, cariñito,
no te tardes, narizón.

La melodía es como una gota de agua resbalando por el blues; y

al fondo, las percusiones vibran acompasando un ritual de muertos con atisbos prehispánicos.

—Está divina, ¿verdad? Digo, la canción. La letra, todo. Dicen que se lo dejó bajo la almohada a su hija, la señora Edelmira, la que escribe cuentos para niños, ya has oído de ella…

No atino a contestar, mientras Brenda sigue su parloteo:

—… pues dicen que Gilda se lo mandó a Renata, su amiga que está en España, el caso es que desde España se retuiteó ¿así se dice?, o sea, ¿se vale este verbo en español?

Hago un gesto que puede interpretarse de cualquier manera.

—… bueno, el caso es que ya le dio la vuelta a las redes sociales, y aquí está, y además, con lo que acaba de pasar con el hijo de Sicilia, pues… no sé qué más va a pasar…

Suspira Brenda como evitando un sofoco. Ya voy a decir algo, cuando ella se aclara la garganta y, parpadeando con nuevo brío, picotea con el dedo la pantalla de su tableta mientras exclama:

—¡Mira el *hashtag*! ¡Míralo!

Me asomo, como a un abismo:

#loscuentosdelaedelmiraparalasalmasheridas

@notetardesnarizon No te lo pierdas, retwitteado 325,208 veces en 21 países

@vuelvevuelvecaracol Mexicana busca a novio desaparecido

@gildaruiz @renatahenzel ¡Mira lo que hiciste con mi amuleto, Renata!

@renatahenzel @gildaruiz Cinthia lo retwuitteó, además, todos necesitamos de tu amuleto, ¿no ves que no eres la única que carga a un desaparecido?

—Además —dice Brenda con un énfasis inusitado, como si detrás de sus palabras se encontrara un mensaje cifrado que hay que descubrir—, el movimiento de los Indignados, ya sabes a lo que me refiero, ¿verdad?, lo "mixtearon" ¿o "mixturearon"? para un video que subieron a Youtube, es éste:

Youtube

www.notetardesnarizon/video/es.lo sindignados

El video es una panorámica en redondo del valle de Xiutlaltepec, que desemboca en las arboledas del Sumiya, que alguna vez fue el palacio de Barbara Hutton, la heredera de las empresas Woolworth.

Esta "pobre niña rica", en su infelicidad, se compró a un

príncipe y se lo trajo al “mejor clima del planeta”. Ordenó piedra por piedra de Japón, para que fuera auténtico, y ahora es uno de los hoteles más cautivadores del mundo, con su teatro kabuki original, su jardín zen y sus espejos de agua entre bambúes.

Toda esta serenidad en pantalla, enmarcada, claro, con la exuberancia de los enardecidos tonos de la región.

Enseguida, la cámara gira trazando una especie de coreografía premeditada, entre curvas y barrancos, hasta que termina encontrando el terreno de mi propia casa, donde mandrágoras-hembra danzan con mandrágoras-macho en un arrebol salvaje bajo un cielo multicolor.

La lente enfoca unas ramas-brazos, que en ademán de plegaria se alzan sobre la barda para atrapar un rayo de luz.

Las hojas-dedos se colapsan transformándose en el rostro de una joven de cabellos rojos ante un paisaje nevado.

Sobre esta imagen, las siguientes frases negras:

Elementos de la Madre Naturaleza
Cielo: Padre
Tierra: Madre
Inframundo: El Gran Espíritu

Finalmente aparece un cuerpo humano al desnudo, con las extremidades extendidas, abarcando al planeta. No sé si está siendo crucificado o si está emergiendo del magma original.

Tras la última imagen, que va desapareciendo en un punto lejano, se escucha un coro amortiguado de voces que semejan abejorros, chicharras, zureos y fragores de hojarasca, en crescendo, con la misma letanía en algunos idiomas que soy capaz de reconocer:

Tierra, agua, viento, fuego:
Cuerpo, sangre, oxígeno, espíritu

Maa, vesi, tuuli, tuli:
Body, verta, happea, henki

Jord, vand, vind, ild:
Legeme, blod, ilt, ånd

Tlalli, atl, ehcatl, tetl:

Yalliz, yeztli, ehecayoh, yoliztli

Žemė, vanduo, vėjas, ugnis:
Kūno, kraujas, deguonis, dvasia

地球，水，風，火:
身体，血液，酸素，精神

Aarde, water, wind, vuur:
Liggaam, bloed, suurstof, gees

ערד, וואַסער, ווינט, פיַער:
גוף, בלוט, זויערשטאָף, גייסט

Estoy parada ante una pantalla negra. No sé por qué, pero pienso que ha terminado el equinoccio de primavera y nos movemos astronómicamente hacia el solsticio, el momento que el que el sol alcanzará la máxima declinación con la tierra.

En un lado reinará la luz. En el otro, el corazón de la oscuridad.

Segunda parte:
Los trozos

1

Supe el momento justo en que empezaba la segunda parte de esta historia. Fue un instante inconfundible.

El rumor de las mandrágoras se convirtió en un ulular que despertó a todo el vecindario.

No era el canto del gallo.

No era la parvada amarilla de los amaneceres en el cielo que despunta.

No era ronroneo del volcán a la distancia, en su ritual de espantajo.

No era nada que conociéramos.

—Ay… —sonó mayúsculamente el bramido de la hoja que colgaba del refrigerador.

—Ay… —se desprendió un trozo de la raíz incrustada en la pata de la mesa de centro.

Salimos. Salimos de nuestras casas hacia la ceguedad. Un ventalle aterrador. Las mandrágoras gimen.

En mi cabeza, una sierra eléctrica me dicta los pensamientos:

Adrián:

Puedo oír la sierra eléctrica. Es curioso, me pregunto dónde la tienen conectada. Parece que hay un motor dentro de un tráiler. No siento dolor. Es decir, no en las muñecas, o más bien, en los nervios que las conectan hasta mi cerebro.

El dolor es una especie de "recuerdo" del dolor, surge de un lugar oculto en la memoria. Pero la sensación del corte es clara, el desmembramiento es un proceso lento, trabajoso.

Casi puedo ver las gotas de sudor resbalando de las cejas del hombre que se afana con la sierra. Las gotas son turbias como larvas; las cejas: gruesas, salvajes. Se ha quitado la capucha. Ya no teme que lo reconozca. Peso como fardo. Me da la vuelta. Va por mis pies.

Corren mis pies antes que mi alma. Tomo un taxi y me evaporo.

Pero todo Xiutlaltepec es un oleaje de mandrágoras que se ha comido al valle. El chofer tiene la radio comunitaria a todo volumen:

Hoy te digo, de nuevo, hermano, con las mismas palabras del poeta:

No podrás morir.
Debajo de la tierra
no podrás morir.
Sin azúcar, sin leche,
sin frijoles, sin carne,
sin harina, sin higos,
no podrás morir.

Porque seguimos escuchándote, Adrián, porque estás con nosotros entero, como lo están tus compañeros, por eso gritamos para que el mundo tiemble:

Sin mujer y sin hijos
no podrás morir.
Debajo de la vida
no podrás morir.
En tu tanque de tierra
no podrás morir.
En tu caja de muerto
no podrás morir.
En tus venas sin sangre
no podrás morir.

Adrián Galindo, no podrás morir, ni tú, ni Félix, ni Guardiola, ni Ramiro, ni El Chava, ni los cien mil muertos que te acompañan sembrando de mandrágoras la tierra, por eso yo no rezo al viejo estilo. Yo le rezo al eco de los versos, y canto con Sabines esta desesperación:

En tu pecho vacío
no podrás morir.
En tu boca de fuego
no podrás morir.
En tus ojos sin nadie
no podrás morir.
En tu carne sin llanto
no podrás morir.

No podrás morir.
No podrás morir.
No podrás morir.

Adrián, amigos, hermanos. Soy Cinthia en Rojo Sangre, como todos nosotros, "los que morimos con los muertos". En esta ocasión, un fragmento de *Algo sobre la muerte del Mayor Sabines*, de Jaime, su hijo.

Escucha, piensa, decide, actúa. Hasta mañana, a la misma hora, en otra emisión de "Los que morimos con los muertos". Radio comunitaria del Valle de Xiutlaltepec.

2

Se han suspendido las clases. Hay una ceremonia en el patio central de la Universidad.

Justo ahí, esta mañana, ha brotado una mandrágora gigante, cuya raíz viaja expandiéndose por los cuatro costados del terreno, atravesando los edificios, cruzando aulas y trepando cercas.

A la sombra de las ramazones, los estudiantes hacen corros: unos pintan cartulinas, otros afinan instrumentos autóctonos; más allá, las ancianas y los chamanes de Tepoztlán que han recibido el llamado esparcen semillas y hojas, preparan las yerbas y los incensarios; algunos danzantes se aderezan con aceites y plumas para el ritual.

Todos tienen fuego en los ojos: una llamarada rugiente que se clava incendiando de presagios el aire. Los profesores nos repartimos tareas para ayudar a los muchachos. Ellos nos guían ahora, y nosotros actuamos con diligencia, agradecidos de obedecer.

Peregrinos de todos los pueblos a la redonda vienen llegando con silenciosas lágrimas entre las manos, para dar de beber al Árbol de la mandrágora recién nacido.

Es verdad. Siempre ha sido verdad: las mandrágoras comen carne humana. De ella obtienen la materia que conforma su raíz, y nuestras lágrimas mantienen viva a su savia. Por eso son temibles y amargas. Por eso han sembrado este horror.

Ay… ondean las ramas-brazos.

Ay… el atecocolli suena grave y profundo, caracol marino.

Tum, tum, tac… el teponaztli clama en su duro hueco desde el tronco de madera.

Tum, tum, tac… la voz del Árbol le responde.

Zuuumm… las nervaduras-dedos rasgan el aire de tormenta.

Zuuumm… el ayacachtli esparce su sonido de piedrecillas atrapadas en su vientre de guaje.

Estamos listo para el vendaval.

Una manta se derrama sobre el mural: un sol y un ojo en el centro del sol y una leyenda que reza:

La casa del sol es el cenit:
no hay arrojo de sombras ni escondites.

Reconozco a Cinthia Galindo, la hermana de Adrián, envuelta en una túnica blanca, descalza, pintándose rasgaduras de sangre con un pincel rojo a lo largo del cuerpo. Hace trabajo comunitario con jornaleras indígenas migrantes y estudia la preparatoria abierta. Todo mundo la conoce por acá. Un compañero le acerca el micrófono:

"Un Árbol que ya no es un árbol. Un árbol que es el Árbol en su naturaleza originaria. Aquí está, para nosotros, para que juntos recuperemos la ceremonia de los rezos, con la que nuestros ancestros desplegaban trozos de tela ondeando al viento, con sus pedidos al Universo."

Un grupo de muchachos reparte hojas de colores y plumones. Mi hoja es lila, ahí debo escribir mi pedido, que es a la vez, mi rezo.

Pienso en las tonalidades lilas que Oksa debe estar mirando en este momento desde el iglú donde suspira porque extraña ese toque de calor que se ha ido. Las hijas también pierden a sus madres. Madres que no lo son más.

Allá, las auroras lilas se recuestan sobre el horizonte, mientras aquí, otra joven, como aquélla, arde bajo el sol enrojecido:

"En la danza del Sol, sumergidos en la tonal Mitiotlanilitztli, con el libre fluir de las energías cósmicas vamos camino al Árbol donde se colgarán los rezos."

Los danzantes giran alrededor del Árbol que trasciende su mera naturaleza vegetal. Ese Árbol que se ha erguido para ser bandera de sacrificios. Un Árbol que llora con la flauta de agua, y el caracol humeante. En sus jóvenes ramas cuelgan los rezos que cada uno de nosotros deposita, comulgando como en un altar. Las hojas de colores con nuestros pedidos son las hostias. Las muchas bocas de la mandrágora gigante encuentran en ellas su alimento. Parece una

montaña de dolor, orlada para la fiesta.

Es un Muro de los Lamentos, hecho de carne y hueso, de trozos de manos y dedos triturados y cabezas cercenadas y lenguas enmudecidas a machetazos. ¿Cómo puedo tener estos pensamientos? ¿Estas imágenes en mi cabeza que se desgranan en palabras que no quiero pronunciar?:

Adrián:

La sierra suena a la podadora de mi padre cuando arreglaba el jardín cada semana en los meses de lluvia. Chirría al deslizarse, encajando sus dientes en la carne. No percibo el dolor, pero sí los cortes. Como si estuviera poseído por una anestesia consciente, parecida a los sueños diurnos o a la hipnosis guiada.

He perdido el miedo. Sólo tengo la certeza de lo irremediable. No volveré a pisar ese jardín de verano donde pasé la infancia. No veré más el esfuerzo de mi padre sobre la podadora ni escucharé los cantos de mi madre preparando la jarra de agua fresca.

Flotaré en los charcos de alguna carretera, desmembrado, esparcidos mis trozos dentro de bolsas de basura para festín de las ratas.

El único temor que aún me queda es que ni siquiera entonces habré acabado de morir.

3

—Sentí que estaba abrazando a alguien vivo… me entiendes, ¿verdad?

Tardé unos segundos en asentir. Brenda pestañeó varias veces. Creo que pude escuchar los latidos de su corazón.

—…como que las energías del árbol me envolvieron y me… me…

—Te susurraban cosas —completé su frase.

—¡Sí!, digo… ¿cómo sabes, Tana?

Moví la cabeza en un gesto indefinible, ella se apresuró a continuar:

—En ese momento entendí lo que decía, pero luego, cuando me separé de sus hojas que casi me acariciaron la cabeza… ya no pude recordar.

—Así es —murmuré con la vista en la tierra que se desprendía de los zapatos de Brenda.

Desde el día de la ceremonia del Árbol, todos andamos con los zapatos llenos de tierra, dejando rastros por el suelo, como si nuestros pasos escribieran un gran libro común que sólo desde el cielo fuera legible.

Todos nos hemos acercado a abrazar al Árbol de la mandrágora, que crece día a día desplegando una sombra de brazos aleteantes sobre nuestro valle.

Miguel Torrente ha bajado al valle para esculpir un árbol de mandrágora con trozos de hierro cobrizo. La obra se realiza en la Plaza de Armas de Xiutlaltepec, a petición de los pobladores que han colaborado con los materiales y firmado peticiones oficiales.

Miguel dona su trabajo y el sol hace lo suyo, cincelando de ocres el paisaje que enmarca la obra. Yo sirvo de ayudante de Miguel, llevando a sus discípulos tarros fríos y calientes de *El Capuchinito,* un puesto ambulante que le hace la competencia al nuevo Starbucks

de la plaza. Los xiutlaltepenses han hecho manifestaciones airadas para impedir que se abran este tipo de negocios en pleno centro, pero ahora las preocupaciones son otras, y entre la necesidad de atraer turismo y trabajo, las franquicias globalizadas se cuelan por las rendijas.

Me acomodo en una de las bancas de piedra y escribo-transcribo en mi cuaderno de Praga la otra realidad que nos acompaña. Estoy habituándome a obedecer los trazos de la pluma:

Oksa, aurora boreal:

Como la sirenita en la piedra de Copenhague, Oksa espera el sacrificio. No es la muchacha del mar que se convertirá en espuma. Sus ojos tienen ramas de mandrágora dibujadas en el iris, mientras el lago Torneträsk, con sus hielos de dos metros de espesor, refleja telarañas de sombras.

Le van llegado noticias de México. Oksa las recibe como vendaval de hojas rojas sobre la blancura de su paisaje. Ha subido al techo de cristal del lobby-iglú, a conectarse con las redes, mientras los huéspedes toman un paseo tirados por huskies lanudos de ojos profundamente azules.

En el traductor de Google pasa del español al danés al finlandés, de-construyendo y reconstruyendo una sintaxis, para ella, inverosímil:

lapartituradelcuerpo.blogspot.com

• Para quien cree que el cuerpo es una obra maestra

• Para quien sabe que en cada parte del cuerpo hay un acorde perfecto

• Para quien puede escuchar su música, y leer las notas de su partitura como si fuera el lenguaje más profundo y verdadero, abrimos este espacio, y le damos voz a los que van muriendo:

Las manos:

Para la Real Academia Española, la mano es: “parte del cuerpo humano unida a la extremidad del antebrazo y que comprende desde la muñeca inclusive hasta la punta de los dedos”.

Para nosotros, la mano es la mano de Adrián, y de todos los que como él, nos han tocado el corazón. La mano derecha de Adrián nos llegó envuelta en un periódico, sin el dedo anular, y con el pulgar cortado en la falange. La mano izquierda no ha aparecido todavía.

Los pies:

Para la Real Academia Española, el pie es: la “extremidad de cualquiera de los dos miembros inferiores del hombre, que sirve para sostener el cuerpo y andar”.

Para nosotros, el pie es la dignidad de los que se mantienen firmes y no

se dejan humillar. Los pies de Adrián y otros desaparecidos están siendo identificados en el Servicio Médico Forense por medio de muestras de ADN junto con varios trozos de cuerpos dispersos en el paraje conocido como "El Ramadal".

Twitter@nosotroslosmuertos

Que se mueran los muertos otra vez. Porque ellos siguen vivos en nosotros. Nosotros somos los verdaderos muertos. Nosotros los cargamos, nosotros somos sus tumbas. Comparte:

#nosotroslosmuertos

@areli_mum Yo también soy #nosotros losmuertos

@blanquis Los que sobrevivimos somos todos #nosotroslosmuertos

@mokko123P2 Bienvenidos a tuitear en rojo, por la sangre de #nosotroslosmuertos

@renatahenzel Me sumo a #nosotroslosmuertos pero también quiero que permanezcan vivos

@chevere_chiquiti Está padrérrimo el tuit en rojo con sangre y muertos

La luz es como un suspiro apenas. Un soplo detrás del horizonte. Oksa alza los ojos para espantarse los rojos y evocar el país que Mikka le enseñó a desear.

Mikka le hablaba de la curvatura en la bóveda celeste que a Martín le gustaba explicar a quien tuviera enfrente, cada atardecer. Oksa se recostaba en la hamaca y construía en su interior, con los ojos de Mikka, un universo azul lleno de pájaros y frondas.

Habían tejido juntas las hamacas con los hilados que Mikka mandaba traer de Oaxaca para surtir el decorado de las villas. Bajo un domo de cristal, Mikka había creado un pequeño paraíso costeño. Afuera, la oscuridad titilante.

Al final de la jornada, Mikka solía echarse en una de las hamacas a beber tés fragantes e invitaba a Oksa a seguirla. Hablaban de sus mundos y a Oksa le fascinaba perderse en los meandros siempre verdes y frescos de ese lenguaje de agua adormecida con el que Mikka le contaba las cosas.

—"¿Ves cómo se parece a tu cadera cuando te recuestas, justo frente a mí?", así me decía Martín abarcando con la mano todo el cielo que se columbraba desde la terraza. Porque cuando quería, era un poeta muy intenso. Sus ojos siempre como si lloraran, color agua, color miel, y su voz bajita, respirada, ayudando a las manos a ligar las palabras. Porque él habla más con las manos que con la boca, Oksa. Algún día lo conocerás. Pues el cuento es que me enseñó a ver la curvatura del cielo y me la explicó con algoritmos.

Oksa se irguió como un resorte, y hasta se atragantó. Sofocos, risas, disculpas. La llamarada de la magia exótica de Mikka no está reñida con la

ciencia ni con los conceptos racionales del conocimiento formal, pensó la joven, con la sonrisa doblemente iluminada. Esto era, precisamente, el encanto de aquella mujer morena que se movía como lenta ola entre los témpanos del hielo polar. Una ráfaga caliente en medio de dos mundos, por el que los hombres deambulaban, buscándola a ciegas.

La primera vez que vibraron juntas ante el albor de la aurora boreal fue para Oksa una revelación. El horizonte flameó como encendido por un fósforo levemente verde y fue tornándose naranja a medida en que pintaba lenguas movedizas. Una aurora que duró dos semanas, tres semanas, imponiéndose en la guerra de violetas y escarlatas. Una aurora hipnótica que desembocó en un amarillo frío y permanente.

Ante el asombro y la reverencia contemplativa, Oksa buscaba las respuestas en el rostro de la mujer madura.

—Así son las colas de los pájaros en mi pueblo —le dijo Mikka—, y también las corolas de las aves del paraíso, que son unas hojas altas con cabeza de pájaro de fuego…

Oksa supo que esa mujer llevaba en su cuerpo los enigmas de la naturaleza, como si fueran propios, naturales y domados.

Ahora que Mikka ha partido en un grito silencioso, la imagina en un mundo abigarrado y horrísono, como si fuera una gallina hambrienta, picando trozos de huesos humanos en el terregal.

4

Dicen que la mandrágora-árbol nunca muere. Han rondado corros tronchándole ramas que enseguida renacen. Algunas sombras vienen de noche con velas e inciensos. Hay susurros y el miedo se cuela por las calzadas.

Ha venido el ejército a cortarla, para evitar que crezcan, a su vera, la confusión, los rumores y el vandalismo. Pero los hachazos sólo hacen una mella por donde mana la savia-lágrima que corre. No muere, se transubstancia en un temblor de hojas que gimen y riegan de tristeza, más tristeza aún, el ambiente.

El blog que ahora circula en todas las redes lleva en su título el corazón de Xiutlaltepec:

Blog de Gilda Ruiz: //lamañanamástristedelmundo.mx

La mañana más triste del mundo todavía no puedo contarla en este momento, Adrián. Pero he decidido crear un nuevo blog y llamarlo así, porque necesito decirte todavía muchas cosas, antes de que acabes de morirte. De morirte en mí. ¿Llegará ese día? ¿Alguna vez pensaré en ti como en un recuerdo nebuloso? ¿Tu nombre dejará de provocar un torbellino en mi corazón?

O, en el mejor de los casos, ¿será un buen nombre para el futuro hijo que tenga con otro que no seas tú? ¿Al menos, para el muñeco de peluche de ese hipotético hijo que ahora me parece inverosímil, al que aborrezco sólo de invocarlo, porque no será tuyo? Ni mío. Ya no seré nunca la que fui. La que estoy dejando de ser cada segundo desde que supe la atrocidad. La Gilda que conociste, la que yo misma conozco, se derrama por el suelo como lengua de mercurio, se evapora en una polvareda, se transforma en un aparato al que no puedo maniobrar. No sé en quién estoy convirtiéndome.

Cinthia me dio un libro y me ordenó que lo leyera. Es la novela *Paula*, de Isabel Allende. Allí le escribe a su hija que está en coma y sigue escribiéndole cuando ya ha muerto. Dice la autora que, mientras Paula vivía, le escribía para que no se perdiera los detalles del mundo durante el tiempo que durara su estado de coma; y cuando murió, siguió escribiendo

por inercia, porque no podía dejar de hacerlo, hasta que terminó por no sentir la diferencia.

Yo empecé a escribir para no enloquecer, para sacar mis miedos y mis pesadillas que tu desaparición me provocaban y que no podía compartir con nadie, por temor a que se hicieran realidad.

Ya todo ocurrió. No tengo más miedo. Pero estoy llena de rabia y siento que podría matarte con mis propias manos si sólo tuvieras una hebra de vida.

Por eso te escribo, porque me ahogo, Adrián. La espuma se me sale a bocanadas y la hiel se escurre por los poros.

Soy un pájaro de fuego a punto de devorar al universo. Si no me detienes, Adrián, no sé a dónde voy a llegar.

Y del otro lado del mundo, viene de regreso un grito más, abriéndose paso para hacerse oír, zumbando en las pantallas de los aparatos, un grito del que no podemos escondernos. Un grito que también nos quema:

De: <Renata Henzel> para: <Gilda Ruiz>

No sé si estás ahí, Gilda. En realidad, no sé si estás en alguna parte. Acabo de escuchar por internet el programa de radio comunitaria en la voz de Cinthia, me llegó el vínculo a través de Facebook.

No puedo hablar. No puedo pensar. Tecleé tu nombre y aquí estoy, leyendo tu *lamañanamástristedelmundo.mx*, clavada en la cruz de un teléfono celular, esperando crear con un clic la magia que me lleve a ti, y que tú puedas contemplar, también, el callejón sin salida en el que yo misma me encuentro.

Yo estoy en un plantón frente a la alcaldía, junto con muchos otros familiares de los detenidos. De aquí no nos movemos.

Mi papá me mandó dinero, por fin. Primero quería que me quedara en Europa, pero, conforme fue empeorando el panorama de este lado del mundo, empezó a contradecirse en sus mensajes, y cuando se enteró de mi situación real, que Matéu está preso, y yo, presa de desesperación, me bloqueó todas mis cuentas para obligarme a regresar a casa. He preferido mendigar entre las almas solidarias al movimiento de los Indignados.

Finalmente, se ha convencido de que no me hará regresar. Y ahora, con la noticia de Adrián y todo lo que está pasando allá, me ha pedido que mejor espere, aunque ya no sabe dónde, en qué país o continente es mejor estar. Cada día me llama soltándome una retahíla de recomendaciones.

No tengo consuelo para ti, Gilda. A mí me anima la esperanza de volver a ver Matéu. Estoy segura de que entre todos vamos a lograr que nos escuchen.

Pero lo tuyo me deja sin aire. De alguna extraña (¿perversa?) manera, me siento culpable frente a ti. (¿Debo sentirme así? ¡A quién le importa! ¡Como si eso fuera a cambiar un milímetro la realidad que estás viviendo tú!)

Amiga querida, ni siquiera tengo una palabra que darte. Me he tragado una bocanada de tierra.

¡Gilda, qué nos ha pasado! ¡Íbamos a devorar el mundo!

¿Te acuerdas, Gilda?

5

No sé qué está pasando. Un río de padres y madres marchan en hileras hacia la mandrágora-árbol. Desde la cabaña de Miguel diviso la autopista en el confín de la neblina, como si fuera un tapete movedizo. Son padres-hormiga y madres-hormiga, en silencioso ritual, juntándose cada vez más, conforme crece la multitud.

—¡Pero qué hace toda esa gente! —le digo a Miguel.

Desde aquel día no puedo dejar ese tronco maduro que es Miguel Torrente, con sus manos de piedra, su sudor que huele a especias de romero con un tris de vainillina.

En mi casa me siento acosada por los rumores y las humedades de los huéspedes que ya no lo son, porque las raíces de mandrágora y las ramas con sus cabezas-corolas se han apropiado de todo el lugar. Se alimentan de mi fantasma, se duermen en mi cama, ocupan mis espacios y, aunque siento una pena profunda por su extraño renacer, esos muchachos y muchachas buscando una grieta para existir me recuerdan lo perdida que yo misma estoy. ¿Qué valen, ante ellos, mis huesos, mis venas, mi piel, si no me he sentido enteramente viva nunca?

¿Nunca?

—Van por una muestra de ADN —me responde Miguel, desde la esquina de luz que se cuela sobre su mesa de trabajo. Está puliendo una figura de terracota que no alcanzo a distinguir.

¿Nunca?

—Ah… —digo sin pensar. Despierto— ¿Muestra de ADN? ¡Adónde, para qué!

—Necesitan saber, Tana… ¿En dónde tienes la cabeza?

En verdad, ¿en dónde la tengo? Porque, de pronto, mis ojos “ven” y mis oídos “escuchan” lo que sigue:

El padre:

Martín Galindo está mirando un mapa del cielo en la pantalla de su

tableta. Busca en Internet. Fijos sus ojos en una redonda oscuridad. Estudia con ferocidad los hoyos negros, esos seres devoradores de materia, esos chupadores de átomos, adictos a la luz, impávidos, inaccesibles, inclementes.

Tal vez ahí deambula el corazón de su hijo. Tal vez es la boca del mal.

La boca de un perro que los llevó a la fosa número 17, al pie de la barranca.

En la primera fosa habían encontrado treinta y cinco cadáveres, todos atados de pies y manos. En la segunda, sólo ocho. En la tercera, en el estado colindante, varias bolsas con trozos. En la cuarta, las cabezas de los cuerpos que hallaron en la quinta…

En la número 17, el perro siguió a las ratas. Una bolsa despanzurrada. Un río fermentado, verdeazulado, desprendiendo hedores de vahído.

—Dicen que es cosa del ADN —murmura Micaela Suárez, rompiendo ese silencio indescifrable, asomada a la ventana del hotel.

Desde ahí, otea la leve humareda del volcán, recordándole que hay vida bajo la tierra y que el magma no ha olvidado cómo expresar sus ansias.

—Tienes que comer algo, Micaela —balbuce Martín, sentado en la cama, sin quitar la vista de su aparato.

Han alquilado un cuarto de hotel en la capital del estado para estar al pendiente de los trámites correspondientes.

Micaela se vuelve, abruptamente, a mirarlo:

—¿Tú crees en eso del ADN, Martín?

—No es de creer, Micaela, se trata de una prueba científica.

—Ninguna ciencia me va a explicar lo que necesito entender.

—No busques explicaciones, porque no las hay —sentencia Martín, con una paciente aspereza.

—Allá tú, Martín. Pobre, pobre de ti…

—¡Qué quieres, Micaela!

—Yo voy por mi hijo, Martín. Por lo que veo, tú ya lo dejaste ir. ¡Como siempre, Martín! ¡Tú sueltas todo! ¡Todo! ¡Tienes hielo en las venas!¡Así me dejaste ir a mí también!

Martín siente el látigo en pleno rostro. Se yergue. Está a punto de dejar la habitación, pero, en un acto reflejo, da la media vuelta, se abalanza hacia Micaela y la toma del brazo. La tumba sobre la cama y le grita en susurros, conteniéndola de los hombros:

—Tú me soltaste, tú, tú fuiste, yo siempre he estado aquí, no me he movido. No mientas. No me mientas. ¡No te mientas, Micaela!¡Y no te vuelvas loca, que debes enterrar a un hijo!

Y diciendo esto, se recompone para salir del cuarto en dos zancadas.

A zancadas sale Miguel por una rama de mandrágora que ha crecido en dos segundos frente a la ventana.

Cuando la troncha, siento el escalofrío del muchacho, y sus lágrimas-savia escurren por mi rostro, escribiendo su mensaje:

Adrián:

Me apena que mi madre no pueda construirme un lecho de tierra para verme reverdecer. Si encuentran mis trozos y pueden recomponerlos… Si hubiera forma de unirlos e insuflarles vida con un soplo, a la manera de Mary Shelley, por lo menos tendría mi madre el fantasma de un hijo al que atender. Mi padre seguiría cuidando el jardín para que mi carne se asentara bajo las raíces de nuevos árboles y Cinthia podría escribir un verso memorable sobre mi lápida. Gilda llegaría a llorar en los aniversarios dos lágrimas por cada hijo que habrá tenido con su verdadero amor, aquel que habrá encontrado a la vuelta de la página de esta historia pasajera.

Pero nada es como uno espera. Lo único cierto es que el alma deambula todavía, y se siente literalmente "cortada" del cuerpo, porque el proceso es lento. Nadie ha vuelto para contarlo, por eso necesito que alguien sea capaz de "atrapar" esta última memoria mía y compartirla.

Si no, ¿de qué sirve esta experiencia? A mí ya no me sirve.

Los que así morimos permanecemos en el gerundio de la muerte para que nos recuerden, se sacudan, no olviden este horror. ¿Será que no morimos del todo hasta que el mal que nos segó haya acabado?

¿Somos ese ojo de Dios: la matemática o el algoritmo que mi padre creyó ver en los fractales, los conjuntos, los números infinitos devorando otros infinitos, igualmente infinitos de números entre un dígito y otro?

Recuerdo los infinitos oros del sol cuando mi madre me llevaba en hombros por los pastizales muy temprano en la mañana. Los años de leopardos, mariposas, manglares y palmeras. Lluvias y atardeceres gigantes. Espacios oníricos que todavía me habitan. Mi padre, becado para estudiar el teatro del África Negra. Y refrendado para traducirlo y publicarlo. Zacarías, un muchacho semisalvaje entre los árboles. Sí, ahí era feliz. Todos lo éramos. Me sentía viva.

No hacía preguntas. Sólo miraba, respiraba. La risa me llenaba la boca con su néctar.

¿En qué momento perdí las ramas de mis brazos, las hojas de mis dedos, el pulso fértil de la tierra?

6

No han reiniciado las clases en la Universidad. El campus es un centro de acopio de muestras de ADN que recogen los voluntarios en botellitas y cuelgan como ofrendas en las ramas del árbol-mandrágora.

Ese Árbol es el depositario de las intenciones, los rezos y los ruegos. Se rellenan las botellitas con un preparado de hierbas y resinas: salvia, copal, laurel, romero, pirul. En el proceso, en recogimiento, se visualizan los pedidos, los deseos, los sueños y proyectos. La intensa concentración, el necesario silencio, el trabajo comunitario en derredor de la sangre derramada, convoca la transformación.

El proceso es tan fuerte que la respiración se detiene, y el Saber Ancestral, la Toltecayotl, enseña que, simplemente, hacemos de nuestro corazón uno con el Universo.

Se dicen que allí quedarán los rezos, dentro de las botellitas unidas a un listón rojo, enredados devocionalmente en las ramas del Árbol, por meses, quizás un año, en que pasarán entonces a alimentar a las "abuelitas", las piedras de un futuro temazcal, seguramente guerrero, que las convertirá en cenizas y calor, luz y sacrificio. El sudor en el temazcal será como un puente extendido para los deseos, quizás aun de desconocidos, que tiempo atrás dejaron atrapados sus anhelos en las ramas de un árbol transustanciado. Esa continuidad entre aquel deseo de alguien con la energía liberada por otro, es la manifestación del tiempo circular, del no tiempo de los ancestros. Todo es un eterno presente donde todos y todo somos Uno.

Le escribo a Zacarías, mi hermano, al que he localizado por Google, en una villa de los bosques de maple de Quebec:

"Deberías estar aquí, querido, para sentir la inenarrable sensación que emana de los pasos de esta procesión, cómo suenan

las hojas de mandrágora al son del chimahuéhuetl, y cómo el viento del Tepozteco teje círculos sahumados en el techo del Árbol… Nos abrazamos contra su tronco y casi oímos su gratitud. Nadie sabe si sus deseos se cumplirán, pero pocas cosas superan la certeza de que la Naturaleza está viva. Ya lo sabemos. Pero, además, es consciente."

Al momento de enviarle este mensaje a Zacarías, me llega el nuevo *post* directo a mi bandeja de entrada en el correo, junto con más de doscientos reenvíos del mismo, enviados por alumnos, profesores, amistades y redes de contactos de otras escuelas y estados del país:

Blog de Gilda Ruiz: //lamañanamastristedelmundo.mx

Hay tanto dolor flotando en el ambiente… se respiran las balas, la podredumbre de la herida, el fogonazo de la pólvora, su resuello lento, como quien despluma gallinas al desgaire.

No es desamor ni soledad, es que el aire —el mundo— está "ocupado" por el dolor, la bala, el fuego, el grito.

No hay espacio para "sacar" lo otro, para expresar esa compasión por los difuntos, los que se perdieron de la vida; ni por los padres, las madres, las novias, los hijos… esa ternura, esa caricia que se mueve, vibra en la piel, y que la mano no atina a procurar… ese rezo que se ahoga en la garganta quiere salir, pero no halla el intersticio. Está copado el tránsito de un extremo al otro, entre tú y yo, entre el resto del mundo y yo.

Estúpido amor mío, te fuiste a vivir la "vida", que no fue otra cosa que a vivir la muerte sin sentido. No cambiaste al mundo. No descubriste una cura milagrosa, no sembraste un árbol, ni tuviste un hijo, ni escribiste un libro.

No tatuaste una historia de amor en mi piel, no acariciaste suficientemente mi ombligo.

Nadie se acordará de ti. Sólo yo, y no por lo que hiciste, sino por todo lo que no hiciste…

Estoy atada a una vida que no viví contigo, a una memoria vacía porque no tengo contenido qué ponerle. Me aferro a uno que otro momento en el que tú y yo brillamos juntos y que pasa como ráfaga ante mis ojos, como un pájaro raudo que sólo deja la esencia de su perfume animal, incapaz de asirse, porque se percibe, apenas, cuando ya ha desaparecido.

Me queda poco de ti. Y dentro de esa menudencia, la culpa, que ocupa casi todo mi espacio interior. Si no te hubiera soltado, si no te hubiera "dado permiso" de ir a *vivir la vida*, permanecerías a mi lado, atado a la vida natural de dos jóvenes enamorados. Claro que nunca me lo pediste ni

te lo di. Pero pude haber insistido, echado mano de los recursos femeninos que tenemos, de antiguo, las mujeres, para obligar a nuestros hombres, por debajo del agua.

Me sentí moderna dejándote libre. Y sólo fui más estúpida que tú. ¿Habríamos llegado a lo mismo diez o veinte años después? No importa. Habrían transcurrido diez o veinte años bien vividos, con hijos y desgarraduras, con reproches y amores marchitos entre nosotros. Pero habríamos tenido una historia que contarnos. Una historia qué recordar. Una memoria que llevarnos a la muerte.

¿Prefieres *Romeo y Julieta*? El amor truncado, heroico, eterno en su imposibilidad. Sólo que en este drama no distingo más que maldad contra maldad. Tal vez resulte atractivo para una obra literaria; no para mí, que estoy hecha de carne y hueso y no soy personaje de palabras para el gozo estético de algún lector necesitado de entusiasmo. A mí me ahogan la vida, me sepultan el futuro, y nadie va a pagar por eso, ni habrá de recordarlo.

No voy a perdonarte este puñado de tierra que has arrojado sobre mi cabeza y que no habrá de abandonarme mientras viva.

Mientras viva te llevaré conmigo a rastras. Pues bien, yo puedo decidir hasta cuándo voy a tolerar mi propia vida… y ¡piensa de mí lo que quieras!

Miguel no descansa. Moldea, amasa, macera con sus manos trozos y trozos de materiales que recoge de los alrededores. No puedo más. Me acerco abrazándolo por la espalda. Él sigue, con más ahínco. Entonces, lo rodeo y me planto frente a él, sujetándole las manos.

—Hazme a mí eso, Miguel —suplico. Y abro el lazo de mi túnica para quedar desnuda ante sus ojos. Paso sus manos por mis pechos, las llevo a mis caderas, las deslizo por mi cintura.

Soy un árbol-mujer hecho de trozos de tristeza. Y las manos del artista buscan mi corazón.

Alguna vez mi corazón estuvo en un balcón frente al mar. La sonrisa de un joven, sus cabellos rojos, sus manos repasando mi vientre.

Las gotas de mi corazón escurriéndose por el piso. Nunca más volví a verlo. No tuve al hijo que he soñado desde entonces.

Miguel Torrente busca mi corazón y en mi cuaderno de Praga, una aurora boreal llamada Oksa viene a mi encuentro para decirme cuál es la realidad:

Oksa, aurora boreal:

Un huracán de lianas verdes es el cielo del Norte. Relámpagos

lentísimos. Centellas del color de los cabellos de Oksa, que van creciendo con el paso de las semanas y ondean como bandera roja sobre los témpanos. Una bandera que toma la forma de un corazón pulsátil, trazando una escritura en el paisaje.

Oksa traduce y renvía el mensaje:

lapartituradelcuerpo.blogspot.com

Para la Real Academia Española el corazón es el "órgano de naturaleza muscular, común a todos los vertebrados y a muchos invertebrados, que actúa como impulsor de la sangre y que en el hombre está situado en la cavidad torácica". También significa "ánimo, valor, temple y buena voluntad".

Para nosotros, el corazón de Adrián y sus amigos, el corazón de los cien mil muertos y los veinticinco mil desaparecidos, es el corazón sangrante de nuestro país. Es el nuevo sacrificio que hacen los más hermosos jóvenes, los elegidos, los inocentes, los incautos, los portadores del futuro, quienes derraman su sangre bajo el pedernal humeante del tlatoani para que la furia de los dioses se apacigüe. Que las cosechas no se inunden, que los terremotos no destruyan las ciudades, que la cizaña desaparezca de las calles y los bosques, de las almas y del pensamiento.

Que la sangre palpite, caliente y enervada por los montes y veredas, que hierva su espuma escarlata en los ríos y en los mares, que el corazón es la piedra de toque, el surtidor del fuego, la fuerza de la nervadura en las estrellas.

Sentimos tu corazón, pulsando entre las sienes.

7

Zacarías me ha contestado con una corta y letal invitación:

Querida Tana:

Te mando un boleto abierto. ¿Qué estás haciendo allá? Estoy en un proyecto fantástico para llevar teatro aborigen trilingüe: inuktitut, inglés y francés, a toda la población rural de Quebec. Podrías hacer la versión en español, hay muchos nuevos inmigrantes hispanos. ¡Te consigo el contrato sin problema! Hannahh y yo rentamos un chalet *very cozy,* you'll see, con un ático perfecto para ti. La vista… c'est superbe!

El tiempo que quieras, por favor. En Thanksgiving vienen de Salzburgo los nietos de Hannahh, un par de gemelos y Nitta, la chelista de doce años, una genio, you'll see.

Ya te veo paseando por estos senderos de arces gigantes, con una falda de lana roja y tus largos suspiros that I really miss, Tana, maine táiere shvester.

I still look at your brilliant eyes in front of our loving, african sun…

Zac

Me da un vuelco el corazón. Y cien vueltas la cabeza. Estoy mirando un paisaje de arces en tonos ocre, naranja y carmesí. No pude resistir y abrí ventanas de bosques canadienses en otoño en la pantalla de la computadora.

Es cierto, ¿qué hago aquí? Una falda de lana roja… Así me miro.

Me miro, y unos tibios escalofríos, lentos como vahídos, me recorren del cuello a los dedos de los pies y de vuelta al cuello.

A media mañana descubro que no tenemos nada de comer en la cabaña. Bajo al mercado, me dirijo al puesto de los jitomates y allí me envuelven otros rojos, porque la radio comunitaria suena a todo volumen desde un magnetófono:

Radio comunitaria http://www.xhtxpp.com/ tv-cinthiaenrojosangre/

El rojo es el color de la sangre, pero también del odio. Dicen que es el color del amor. Pero esto es sólo un espejismo.

Dicen que es el color de la pasión. Sí: la pasión por la muerte. La pasión por el mal. Hoy hemos amanecido enfermos, compañeros. Soy Cinthia en Rojo Sangre y soy un muerto más, como todos nosotros, los que no hemos acabado de morir.

Hoy te comparto un trozo de poema que dedico a mi hermano, a todos mis hermanos que se han ido a pudrir al más allá, mientras a nosotros nos queda el hedor de la culpa y la vergüenza:

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas
y órganos, mi dolor sin instrumento.
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada…

Así llora Miguel Hernández el 10 de enero de 1936.

Así lloramos ahora todos los días. Que nuestro llanto no quede en lágrimas. Que las lágrimas escriban una historia.

¡No perdonamos! ¡No perdonamos!

¡Tenemos que hablar, hermano mío! ¡No te quedes callado! ¡Incendia el cielo con tu grito!

Esto fue Radio Comunitaria, la voz de la desdicha mexicana. Cinthia en Rojo Sangre. Para los que morimos con los muertos y no podemos enterrar.

Hasta la próxima.

Despierto en un charco rojo: he pisado los jitomates… ¿se me cayeron de las manos?, ¿dónde tenía la cabeza? Pago rápidamente y regreso por la empinada curva hacia la casa de Miguel.

En verdad, ¿qué hago en la casa de este hombre? No somos amantes, aunque, a veces, en los desolados crepúsculos del valle, nos tocamos hasta arder, nos penetramos entre silencios. Me cobijo bajo su ala recia de varón, porque he perdido mi brújula. Pero él tiene puestos los ojos y las manos en la tierra que apisona, en la piedra que labra, en la madera que pule, en la forma que macera.

Me avergüenza reconocer el gozo que tuve… ¿que tengo? imaginándome junto al fuego, arropada, con un chocolate caliente y un montón de papeles para traducir sobre el escritorio.

Un ático para mí. Un hermano. Una familia. El viento frío, juvenil, en un país de pinos afelpados, de miel auténtica, de colores tan puros que sueñan la blancura, la invocan, la seducen.

Mientras me hundía en la blancura, la voz de Cinthia *en rojo* me despertó a golpe de versos desdichados. Todos tienen cosas que hacer. Miguel Torrente construye su propio monumento a este país de las mandrágoras, Cinthia comparte poemas para no olvidar, las madres enloquecen, los padres miran infinitos perdidos, las novias odian, los amigos forman redes de rezos que se multiplican hasta hacer de la geografía nacional una sola plegaria, más de blasfemia que de resignación.

Sólo yo ando flotando entre los ecos que me persiguen y no me dejan escapar. No hago otra cosa. No hago nada. Me detengo en

seco, cierro los ojos: la madre de Adrián está esperando, esperando.

La madre:

Por un momento permaneció en la cama, con los ojos abiertos, respirando como fuelle. Cuando se incorporó, ya no era la misma Micaela que había entrado a la habitación del hotel.

Pasó la mirada por los muebles, como si buscara dónde empezar. Sus manos se le adelantaron, pues antes del primer parpadeo, ya habían tomado la lamparita del escritorio y la habían arrojado por la ventana. Lo que siguió fue lento, casi quirúrgico, en sus limpios movimientos. Cada uno de los objetos del cuarto fue arrojado hacia las paredes, el espejo, la ventana, el suelo.

Micaela no descansó hasta que las toallas estuvieron cortadas en trozos con el rastrillo de afeitar de Martín.

Después, buscó su imagen en el trozo de espejo que quedó balanceándose en el clavo, se fajó la enorme falda morada y salió tomando su bolsa, con una delicadeza de princesa indígena.

Los empleados del hotel no se atrevieron a cuestionar el estruendo que se había escuchado hasta la recepción. La saludaron evitando mirarla a los ojos y le consiguieron de inmediato el taxi que pedía.

Abro los ojos: me ahogan los brazos-ramas de una mandrágora que ha crecido dentro de mí.

8

Una hoja inquieta sube por mi axila, se asoma junto a la oreja. Parecería un adorno muy moderno, una especie de arete ambientalista.

No, está viva, aletea: susurra sin tregua letanías que yo trato de ignorar:

La cabeza nuestra de cada día:

Compartiendo el último grito de la moda en piñatas: ambienta tu festejo con una cabeza recién cortada, debidamente vaciada y perfectamente desinfectada, con el relleno de tu elección: frutas, golosinas, serpentinas, sorpresas. ¡No te lo puedes perder!

¡Pide la tuya por Internet con cargo a tu tarjeta, para entrega inmediata!

Promoción a seis meses sin intereses: ¡Pagas dos y te llevas tres!

¡Aprovecha! ¡No te quedes sin la tuya! ¡Viene Halloween, Día de Muertos, Fiesta de Guadalupe, las Posadas!

También contamos con pedidos especiales en relleno de balas perdidas, casquillos percutidos, y granadas de mano (sólo para mayores de dieciocho años).

¡Satisfacción garantizada! ¡Llama, nosotros vamos hasta la puerta de tu hogar!

Abro mi cuaderno de Praga. Fue el último viaje con mi padre. Insistió en llevarme al viejo cementerio judío del que nos había hablado muchas veces.

—¿Ves cómo se inclinan unas contra otras? ¿Te das cuenta cómo parece que se juntan para consolarse? Cientos y cientos de lápidas, como seres vivos, fijas sus cabezas a la tierra, resistiéndose al olvido, señalando al mundo.

Mi padre me explicaba el significado de ese tumultuario cementerio de mil años donde los judíos eran confinados en la muerte, unos sobre otros, como fueron confinados sus pasos en el gueto. Pero la tierra, viva al fin, se removía, y con los años las

lápidas brotaron, formando esculturas, imágenes mutantes, cuyas ondulaciones han creado una escritura permanente en la memoria de la ciudad.

Todo aquel que visita el cementerio judío de Praga penetra en el ojo de la memoria. Y esa lectura no será olvidada.

Mi padre miraba mis profundos ojos negros, como si mirara en su propio, antiguo pasado. En alguna etapa de su juventud, pasó una temporada en la Colonia de los Artistas en Safed, la ciudad mística de Israel, y exploró la Cábala y la vida comunitaria.

Mi padre murió en mis brazos, de un imposible infarto, años después. En sus ojos profundos atisbé aquello que miró, entonces, en los míos, delante del cementerio judío de Praga.

Ahora sé que su última memoria sigue en este cuaderno, y que debo abrirlo; abrir los ojos. Todos somos un mismo eco que se repite cantando, contando una sola historia de lápidas que gimen unas sobre otras. Todos trazamos una sola escritura.

Sólo debo abrir los ojos:

Oksa, aurora boreal:

Esta vez, le ha llegado un post que no comprende. Pasa toda la noche traduciendo. Una noche zigzagueante de Polo Norte: con estrellas como asteroides, con ululares que parecen bloques de fuego emanando de las paredes heladas.

Oksa tiembla, siente que algo está a punto de pasar y no sabrá cómo controlar el mundo que dentro de ella se estremece:

lapartituradelcuerpo.blogspot.com

Para La Real Academia, la cabeza es “parte superior del cuerpo del hombre y superior o anterior de muchos animales, en la que están situados algunos órganos de los sentidos e importantes centros nerviosos”. También es el “origen, principio de algo que discurre o fluye” y “juicio, talento y capacidad”.

Para nosotros, las cabezas cortadas de nuestros hermanos, amigos y vecinos que cuelgan de los alambres, los puentes y los árboles, son los gritos enmudecidos de un país que pierde a sus hijos sin el honor del combate, sin el reconocimiento enemigo, sin la medalla y sin el monumento.

La cabeza es el oro del pensamiento que se nubla. La cabeza es el laberinto del cerebro que no decide. La cabeza es el dolor de las madres. La furia de las hermanas. La viuda eternidad de las novias delante de una ventana cerrada.

Mi arete vegetal se convulsiona. Un aguacerillo brota de su centro y deja un rastro de gotas recorriendo mi cuello. Sé que debo descifrarlo: dejo el escritorio y voy hacia el espejo que utiliza Miguel para reflejar la luz de la montaña sobre su mesa de trabajo. Miguel esculpe y yo leo mi propio cuerpo:

Adrián:

Cuando miras tu cuerpo separado de ti, de tu cabeza, te mueres de verdad, pero del susto. Sabes que es el momento irrevocable.

Lo vi en películas y lo leí en historias y lo escuché decir en diálogos nocturnos por acá y por allá. Ahora puedo decir que las cosas no ocurren así.

No hay un "tú" que se separe del cuerpo y que mire al cuerpo desde una perspectiva externa. Sigues estando "dentro" de tu cuerpo. Por eso los dientes de la sierra suenan en mis oídos, mientras llegan al esternón. Casi puedo ver las astillas de hueso que brotan como arroces en los parabienes de las bodas.

Claro que pensaba casarme algún día con Gilda. La boda de mis padres fue uno de los acontecimientos más sonoros del pueblo de la dulce montaña, como le dicen a nuestro cerro imantado de magias.

No hablaba con ella de esto, porque no quería que me considerara un manojo en sus manos. Pero lo era. La imaginaba vestida según los usos y costumbres de la zona. Mi madre rebozaría de aromas el huerto que rodea la iglesia, y mi padre, que no cree más que en sus propias manos y en que las estrellas algún día habrán de consumirse, nos arroparía con su abrazo.

Claro que pensé en el día de nuestra boda. Tal vez en cuatro, cinco o siete años más. Cuando los hijos por venir se nos alborotaran en las entrañas y quisiéramos finalmente "sentar cabeza" en algún lugar del planeta. Puedo percibir el susurro de los nardos y los cirios encendidos, su fuego azul y la intensidad de un olor a sábanas recién amadas, embarradas de los almíbares que emanan de los cuerpos enlazados.

Gilda no sabe que pensaba en todo esto. Que regresaría por ella y que no la soltaría.

Lo que te asusta es que ya no ocurrirá lo que planeabas. Quisieras morirte de la pena. Pero no puedes. El terror es que no terminas de morir.

9

He vuelto a mi casa. ¿Casa? Es un fragor de mandrágoras entreveradas, unas sobre otras, como el cementerio de Praga. Sólo que aquí no han llegado las lápidas. No hay cuerpos que enterrar. Sólo hay sombras de desaparecidos. Susurros de agonizantes. Ecos y ondulaciones de una sangre que no puede cuajar.

El jardín es una pandemia de hojas desgarradas en su búsqueda de luz. Yo también tengo la culpa de esta pena. He abandonado a estos muchachos-raíces, a estas muchachas-ramas que me llamaban para que los escuchara, para que les diera un oído de beber, un corazón para alimentar sus esperanzas, una memoria donde guarecerse.

Le dejé una nota a Miguel Torrente en su mesa de trabajo. Se alzó la hoja de papel formando un vientecillo propio y se colgó del árbol esculpido. Una hoja seca, trémula.

No le confieso a Miguel que no quiero que me mire sin ropa. ¿Cómo le explicaría esta rama que traigo atada a la cintura y que crece subiendo por mi pecho?

Así amanecí, atada por una rama imposible.

Tengo el impulso de cortar a hachazos toda esta invasión de vida vegetal que va pudriendo mis pasos. Camino hacia el centro del terreno y siento cómo me hundo. Aspiro profundamente, aquietándome como pájaro a la espera. Entonces descifro el lenguaje del lodazal:

La madre:

Todavía siente el cosquilleo en los dedos. Un estertor de gozo en cada una de las falanges, la vibración de las yemas, la calentura de las palmas.

La destrucción de cada uno de los objetos de la habitación del hotel se convirtió en una tarea minuciosa, puntual, incluso delicada de tan esmerada.

Micaela siempre había sido sembradora, constructora, madre de

encuentros. No se imaginó que un día se le revolverían las sapiencias para convertirla en una mujer “deshijada”, porque ¿de qué otra manera podría nombrarse ese estado en el que se encuentra?

“Si me quitan a mi hijo, yo necesito quitarle cosas al mundo; es ley del equilibrio. No es ojo por ojo, no. Sólo es ley del equilibrio. Yo no le quito hijos a nadie, solamente quito cosas al mundo para poder respirar. Las cosas me ahogan”. Esto repite para sí misma en el taxi, casi en voz alta.

—¿Adónde la dejo, doña? —vuelve a preguntar el chofer.

—Donde haya yerbas.

—¿Yerbas? ¿Qué yerbas?

—Mariguana, drogas.

—¡Ah, Dios!

—Anda, no te hagas tonto.

Necesito salir de aquí. No puedo contenerme. Doy un paso y me hundo hasta la rodilla. Otro paso me sumerge casi hasta la cintura.

Mi arete-vegetal yergue su corola y me recita en voz alta una nota periodística:

El águila despierta: el periódico de los enterados:

El instituto de ciencias forenses reportó al ministerio público que en los dos vehículos localizados en el municipio fueron hallados en total ocho cuerpos desmembrados.

Mencionó que personal de ese instituto realizará los dictámenes de identidad genética y otros peritajes a solicitud del ministerio público, necesarios dentro de las investigaciones del caso.

Trato de correr. Más me hundo. Meto las manos al pantano, en un movimiento defensivo, pero en cada una de ellas crecen brotes de raíces salvajes, como si estuvieran esperando mis dedos para enredarse y salir a la luz.

Ya nada las contiene, se funden, se mezclan sus capilares en vasos comunicantes:

De: <Renata Henzel> para: <Gilda Ruiz>

Pude ver a Matéu. Nos abrazamos. Nos fundimos. Nos volvimos un solo cuerpo enfermo de amor.

Sé que no debería escribirte nada de esto, y que probablemente, seguramente, tú no lo leerás. Verás mi nombre escrito en el mensaje y lo borrarás. O ni siquiera abrirás tus cuentas de correo.

¿Para qué? No tienes ya nada qué esperar del mundo. Lo sabes todo. Las malas noticias se han acumulado y llegaron a su cúspide. No tiene caso

conectarte con el resto del mundo. Estás sumida en el precipicio.

Yo he estado bajo mi hombre, tendida en un rincón del cuarto de visitas. He sentido su corazón y me he bañado de sus humedades.

No me escuches, Gilda. Escribo para la Gilda que fuiste, para la amiga, la hermana que he perdido.

Los abogados consiguieron una fianza que me permitió estar con Matéu. El juicio será largo, arduo, tortuoso. Son varios los acusados, en medio de un ambiente de cólera y de incertidumbre cada vez más intensas. Las calles hierven de indignados. Mi corazón también.

Gilda, si llegas a leer este mensaje, piensa que el mundo se cayó por la escalera de la estupidez. Y que a pesar de los miles de muertos, hay sobrevivientes. Y tú eres una de ellos.

—¡No quiero seguir aquí! —oigo un oscuro grito que sale de mi pecho, escurriéndose bajo una voz que recita, dentro de mi oído, la noticia de último momento en los titulares.

Bajo la cabeza, finalmente, rendida ante lo irremediable:

Nuevos hallazgos de cabezas:

La Procuraduría General de Justicia del estado detalló que “en uno de los vehículos estaban cuatro de las cabezas humanas, además de piernas, brazos y otras partes de cadáveres”.

En el segundo auto se localizaron las otras cuatro cabezas, así como cuerpos decapitados, troncos y extremidades de cuerpos que ya son analizadas por los peritos.

La dependencia indicó que los automotores fueron localizados en una brecha de la carretera. El servicio médico forense explicó que están siendo revisadas las cabezas.

Mis manos, mis manos-raíces hablan solas, se preguntan, se responden:

Blog de Gilda Ruiz: //lamañanamastristedelmundo.mx

¿Qué estaba haciendo cuando lo supe? Tengo que referirme a dos momentos. Porque lo supe dos veces.

Primero, lo sentí en las manos, como una vibración que absorbió toda la energía de mis nervios. Mucho tiempo después, vino como frase hasta mi cerebro.

Amanecí con una energía inusitada. Repasé la lista que había escrito la noche anterior. Una lista contundente de todas las cosas que debía hacer, los documentos que debía llevar conmigo, las citas que habría de concertar, las idas y venidas de una oficina a otra en la capital del Estado, y posiblemente, el viaje a la Ciudad de México para la entrevista con las ONG

y con algunos medios de la prensa.

Cuando salí de la regadera… ¿o fue justo bajo el chorro del agua? Tal vez fue el vapor lo que reblandeció mi cuerpo, el caso es que ya no tuve fuerzas para coger la toalla. Trastabillé hacia el lavabo, alcé la vista lentamente, por inercia se clavaron mis ojos en la imagen luida del espejo, y enseguida se llenaron de agua. A tientas me eché sobre la tapa del retrete. Oí una voz dentro de mí que susurraba: "¿Para qué?, ¿para qué haces todo esto?, no tiene caso, tú sabes que es irremediable".

La espanté a manotazos, como si fuera una telaraña invisible, cerniéndose sobre mí.

Sonó el teléfono. Mi madre me avisó, tras la puerta, que Cinthia me esperaba en la terminal de autobuses. Me convertí en un resorte y en menos de diez minutos estaba saliendo de la casa con la mochila al hombro.

La corola que cubre mi oreja se abre enteramente: su pistilo es una aguja que penetra por el caracol hasta el laberinto.

Una vez adentro, lanza su último veneno, ése que reverberará en mi tímpano por siempre:

Informe de última hora:

De las cabezas localizadas, dos contarían con cuerpos completos; tres, tendrían sus otras partes desmembradas; mientras que a las restantes, hasta el momento, no se les ha encontrado compatibilidad alguna con los demás brazos, piernas y torsos.

Tengo en el rostro escrito un carámbano de lágrimas ardientes, es un zigzag, sólo eso:

Adrián:

Es un zigzag. Sólo eso. Un sisear. Como segar las yerbas altas en la maleza del otoño tardío. Suena a cosa seca, tronchada. Se siente la vibración y el tajo.

El cuerpo es un bulto dormido. La mente es un ojo poderoso que todo lo ve, aunque no puede deletrearlo alma adentro. Así es la partitura de los trozos. Mis trozos.

¿Qué va a quedar para mi madre?

10

He convertido mi cama en un nido de jóvenes ramas donde guarecerme. La tormenta de mandrágoras cae sobre el valle de Xiutlaltepec. No contesto el teléfono. Estoy a punto de tomar la decisión que necesito. La noche es un rugido de apantles que arrastran voces enmarañadas.

Mi cuaderno de Praga me acompaña. La joven del grabado en la portada gira hacia mí. Es ella. Estoy segura. Me habla desde un fondo que siempre supe que todavía me habitaba. No se fue del todo. Una porción de su sangre aún me pertenece. Marca el norte de mi brújula perdida.

Debo estar atenta. Su lenguaje es un círculo en la nieve. Lo sigo, lo recorro, descubriendo mi propio lugar:

Oksa, aurora boreal:

No sabe en realidad en dónde está. La joven de cabellos rojos transcribe desde la blancura en el centro de un círculo. ¿Quién estará leyendo alrededor del mundo estas frases perdidas en la nube? No lo sabe. Es la fatalidad y el encanto de la red. Una moneda al aire en medio de tanta soledad.

La nervadura digital se teje a sí misma con clics a la distancia, construyendo redes por donde fluyen las palabras:

lapartituradelcuerpo.blogspot.com

Para la Real Academia, la mente es la "potencia intelectual del alma". También es "designio, pensamiento, propósito, voluntad; y desde la Psicología, es el "conjunto de actividades y procesos psíquicos conscientes e inconscientes, especialmente de carácter cognitivo".

Para nosotros, la mente de los que sufren tortura se escapa de los trozos cercenados del cuerpo y vaga azorada, mirándose a sí misma, sin comprenderse. Como carece de continente y de brújula, no puede encontrar dónde yacer para acabar de morir. Sólo grita en las almas de los vivos a través de la pena y se revela en el caudal de lágrimas que vierten por las noches.

Nosotros tenemos que alumbrarle el camino con nuestra memoria.

En un impulso hasta entonces desconocido, acaso inspirada por el mensaje que acaba de traducir, la joven decide firmar con su nombre completo el renvío:

"Desde *Villas Kal-Mikka jään Lapissa*, una mirada de Oksanna Niema Polk".

Un golpe me atraviesa. Me parte en dos. Dos momentos. Dos espacios.

Tengo el pasaporte de Lothen en las manos. Lo estoy mirando entre albores de lágrimas. La frontera vasco-francesa. Es un paso o el otro. En medio, queda sólo el alma.

Tenemos toda la vida por delante, pensamos. Creo que eso pensamos.

—No sabía que te llamabas Cayetana… —me dice con su infantil, pícara sonrisa.

Nos hemos recorrido el cuerpo durante el verano y ahora descubre en mi pasaporte una nueva manera de nombrarme.

Pensamos que intercambiando nuestros pasaportes, en la fila de migración, convocaríamos la eternidad de nuestro encuentro. Tocar nuestras fotografías impresas, repasar con los dedos nuestros nombres, sería como sellar la intimidad que ya habíamos firmado cuerpo adentro.

Tengo en mis manos su nombre, lo repaso con el dedo:

—Lothen Polk. Lothen Polk… det smukt!

Ríe, porque le digo que es hermoso su nombre con todo y apellido. En un mohín de juego me arrebata el pasaporte.

—¡Tu nombre, no tú! —río arrebatándole el mío.

Nos arrebatamos el uno al otro.

Ahora no río.

Ahora tiemblo como hoja de cuchillo a punto. Se llama Oksanna Niema Polk. La joven que escribe en mi diario de Praga, la joven de cabellos rojos entre la nieve.

Me sumerjo en el círculo de tierra que mis mandrágoras han abierto para mí.

11

La decisión es el reflejo nítido de una memoria que por fin emerge de las manos del agua.

Desparramada por la casa, en temblorosas hojas de papel fotocopiadas, amarillas de tiempo y de baúles, tengo ante mí la obra que mi padre estudió y tradujo durante su estancia en el África Negra. Una mirada dura y profunda sobre la crueldad de la colonización y el primitivismo ancestral: el doble dogmatismo del empeño fracasado por el bien.

Recuerdo algunas conversaciones en familia: Zacarías descalzo, mi madre frotándole los pies con ramitas secas, mi padre leyendo *Anowa* en inglés. Yo, a su lado, pidiéndole por enésima vez que repitiera el nombre de la autora y la dedicatoria:

—¿Otra vez? Te gusta, ¿verdad?

—Sí… ¡suena a juguetito! —brincaba en mi sitio, aplaudiendo.

—La autora se llama Ama Ata Aidoo… y dedica esta obra a…

—"For my mother 'Aunt Abasema', who told a story and sang a song" —me adelantaba yo, feliz.

Y venía la discusión sobre el tema:

—¿Qué hemos puesto nosotros, todos nosotros, cada uno de nosotros, en la construcción de la realidad que tenemos?

Mi padre perseguía el lado oscuro del paisaje, con una lámpara de preguntas en la mano. Las preguntas como hilos de la conciencia que pondrán el mundo a girar. Mi madre, en cambio, tenía las respuestas en la mano que no aceptaban devolución:

—A veces no ponemos nada, y aun así nos pasan cosas que no queremos.

—Siempre ponemos, Camelia. Algo. Mientras no lo sepamos, seguiremos repitiendo la misma historia.

Mi madre ladeaba la cabeza y se levantaba por una rosca de pan. La vi alejarse, nimbada por los oros de su trenza.

Estoy segura de que puso mucho para no regresar hacia la playa aquel día, para bracear hasta perderse en una visión hipnótica, luego de perder a su marido abruptamente y de haberlo buscado en la entretela de los sueños durante más de un año. Camelia Cruz había regresado a Guaymas, viuda, y puso todo de su parte para no tocar tierra. Su mirada había empezado a diluirse; luego sus pensamientos, que poco a poco fueron adelgazándose hasta ser sólo un círculo de agua. Mi hermano y yo la visitábamos con preocupación, tratando de despertarla.

¿Qué hemos puesto? Me pregunto, como mi padre lo hacía, pero no sé responder como mi madre. Este triste horror es una lengua larga sobre todos nosotros. ¿Qué mentiras o verdades cuenta en su paso de sombras sobre el paisaje?

A ver, ¿qué hemos puesto?

Anowa me mira con todas sus letras, contándome su historia y cantándome su canción. Los negros renglones se entreveran con las nervaduras de las plantas, y desde ahí reescriben y entrecruzan las voces:

Los padres:

Martín, rondando la Plazuela del Zacate. La noche es tibia y todavía se advierten los rojos racimos de zompantles bajo los faroles. Ha ido a buscar a Micaela por los recovecos de Cuernavaca, sus tabernas y sus penumbras.

Encuentra una sombra. Un vértigo.

Es Micaela, congelando el aire en un bloque de granito. La toma de los hombros, como si llevara una estatua de carne y hueso.

Un taxi. De vuelta al hotel. Pronto. En cualquier momento llegarán las noticias.

Paso las hojas amarillas de la obra, salto acá y allá entre los pasajes, me topo con una postal publicitaria para celebrar la Navidad en la ciudad de Santa Claus:

Kalevi Niemi:

Blancas como el hielo, las sábanas de las Villas. Blancas las velas navideñas y las titilantes esferas de plata, esperando la llegada de los renos.

Blancas como el hielo, las sábanas languidecen de hambre. Mi mujer, ese prodigioso comal con atizadores tibios y aromáticos, no está para soplarme al oído, enredados en los cabellos, sones que suenan a olas y que me sumergen en sueños líquidos, profundos.

Los hielos de las aguas interiores comienzan a removerse. Para mí sólo hay tiempo. Un tiempo que se va y que retorna: pronto se derretirá la nieve, luego llegarán las primeras aves migratorias, al mes siguiente ya no se pondrá el sol, luego madurarán las manzanas y poco a poco llegarán las primeras heladas.

Para mi mujer el tiempo se ha quebrado, como un reloj descompuesto.

Camino sobre el mar de hojas de papel, sorteando las hojas de mandrágora. Sigo la enredadera de lianas, cada vez más pulsantes.

El aire se vuelve más húmedo, traslúcido. Mis pasos saben, aunque mis ojos enceguecen de nieblas.

La historia llega a la mañana más triste del mundo:

Blog de Gilda Ruiz: //lamañanamastristedelmundo.mx

Me movía, solamente. No hacía ya nada. Sólo moverme. Como si eso fuera suficiente para convencerme de que estaba haciendo algo por encontrar a Adrián.

No sé a quién le escribo. Abro el blog y la pantalla me enseña su boca resplandeciente. Hay cierto gusto por meter en ella la cabeza. No tengo nada qué cuidar, no necesito salvarme porque ya me tragó la tierra.

Me movía, iba de acá para allá. Contestaba mensajes, enviaba faxes, escaneaba documentos. Compraba cartulinas y marcadores para las pancartas. Me instalaba al frente de las filas y los plantones. Hablaba con periodistas. Lloraba, ya sin lágrimas. Sin rabia. Lloraba porque era debido cuando se me acababan las palabras. Y se me acababan, porque ya no creía en ellas.

La mañana más triste del mundo empezó cuando te fuiste, y no termina, Adrián, porque tú sigues muriendo, a pedazos, mientras los forenses buscan las moléculas del ADN que ya no sirven para nada, porque no habrán de reconstituirte y devolverte a mis brazos.

A mí no me dejaron estar presente. No soy nada tuya. No fui nadie. Sólo los familiares directos. Yo era una esfinge de cal, clavada en una estaca ardiente.

Sigo el camino de la historia por las dobles hojas que palpitan en los espacios de la casa. Una de ellas vuela hacia la recámara, trato de correr, alcanzarla, para que no ocurra lo que está escrito.

Como si eso fuera posible:

Los padres:

No paran en toda la noche. Martín Galindo y Micaela Suárez se empalman sin decir nada. Como dos ramas de un mismo árbol que se hubieran perdido

buscando al sol en paisajes diferentes.

Sus cuerpos se reconocen de inmediato, con el gozo y la urgencia del rencuentro. Por momentos, vuelven la página hacia atrás. A la época de los malvones colgando del balcón, frente al rosado cerro del atardecer, bajo la magia del Tepozteco. Desean desatar las olas del tiempo, cuando los niños brincaban en la poza, lanzando carcajadas de agua cristalina, y se bañaban en los lodos frescos que había dejado el verano.

Cinthia era la ardilla que correteaba a las palomas y Adrián el grillo que gorjeaba regañando a los perros, con sus dientes de leche.

Martín sopeaba el pan de nata en el café de olla con aromas de canela, y Micaela se balanceaba atizando las piedras del temazcal, al fondo del terreno.

Los hijos habían llegado con las risas a la casa. Risas, campánulas, estrellitas de río, vidrios de arcoíris en el aire. Alfileres de agua. Todo esto eran las risas de los niños, que se deslizaban en efluvios de miel por las paredes de la casa, por el pasillo y el corral de las gallinas, y picoteaban el ambiente con deditos pegajosos.

La risa de Cinthia era gritona, con una impronta de furia. Pero la risa de Adrián era cosa de ondulaciones en el estanque, como quien ha bebido agua y se ha refrescado las sienes en ella.

Había risas en la jarra de sandía rebosando de hielos, que bailaban entrechocando al compás de la falda de Micaela. Reían los pescados en la sartén retorciéndose de aceite de ajo y de limón. Reían las tacitas sobre los platos de té y las cucharitas para el azúcar. No digamos la tetera, cuya carcajada era una caliente bocanada en el fragor de la cocina.

¡Hasta la luna era una sonrisa plateada junto al sol del ocaso! Entonces, entraban en casa, a bañar a los niños, a soltar la risa por costales en los juegos de tina y la ropa de dormir.

Todo esto lo recuerdan como si plancharan cada arruga de la memoria, para que quede intacta, perfecta, sin surcos ni desviaciones. Entre una escena y la otra, Martín vuelve a montar a su mujer, o a ponerla a horcajadas sobre su vientre. Le amasa los pechos, panes maduros, bizcochos dulces, con sus copos de cerezas negras. Y no los abandona la risa de agua que vaga por sus ojos.

Al fin, sueñan.

Despiertan, capa tras capa. La cortina, la sábana, el tránsito de la ciudad colándose por la ventana, el olor a alfombras relavadas y a jabones de tocador de hotel, la textura de una faena de cuerpos que se ha secado sobre la piel semidesnuda.

Dos, tres días, no saben cuántas horas, porque dejan de contarlas. Sólo hablan de las risas de los niños y piden de comer al cuarto, al son de los recuerdos.

Hasta que suena el timbre del teléfono. Se rasga la burbuja, el cuarto da un vuelco y queda patas arriba. Martín hace el ademán de contestar, pero Micaela lo detiene.

—Espera, te voy a contar qué fui a hacer cuando me encontraste…

—No, no quiero saber nada de eso, Micaela.

—Yo tampoco quiero saber, Martín. Deja ese teléfono.

Martín se dispone a contestar. Ella se yergue, como yegua salvaje, y arranca el cable de un manotazo.

Martín suspira hondo, muchas veces, conteniendo la vorágine. Se tiende otra vez sobre la almohada con el antebrazo sobre los párpados cerrados.

—Probé muchas cosas… —insiste Micaela.

—De qué hablas —susurra Martín, sin dejar su postura.

—Cosas… pastillas, yerbas, drogas… en los antros, en los callejones. Necesitaba saber por qué se matan, por qué matan, por qué estamos aquí esperando una llamada maldita.

—La llamada ya llegó, Micaela —dice Martín, tratando de alcanzar, con el brazo libre, los cabellos de la mujer, no sabe si desea acariciarlos o tirar de ellos con todas sus fuerzas. Siente una mezcla de rabia y compasión por ella, que lo tranquiliza, lo centra. Así, al menos, él ya no tiene que lidiar con su propia locura ante lo que viene.

Tocan a la puerta. Tres golpes anónimos, pulcros, casi corteses.

12

Está hecho. Voy camino al aeropuerto de la Ciudad de México. El autobús sale de Xiutlaltepec en medio de una neblina inesperada.

No olvido el manuscrito de *Anowa*, que quiero compartir y rememorar con Zacarías. No olvido mi cuaderno de Praga. No olvido las varas de copal para Hannah y los rebozos tejidos de flores de cempasúchil. Es la nueva mujer de mi hermano, una repostera austriaca muy risueña, según la fotografía que me manda, rodeada de sus nietos. La imagino con el rebozo puesto para el *Thanksgiving day*. Puedo oler la intensidad del cempasúchil llenando de oro los campos de Xiutlaltepec, y hasta creo estar disfrutando un pan de muerto caracoleado de cristales de azúcar. Este noviembre Ocotepec no será el pueblo anfitrión de las ofrendas: todo el país es una gran ofrenda de muertos y las mandrágoras han devorado las cañas dulces y los aromas de oro y carmín de nuestras flores.

Debo partir. Necesito respirar otro aire.

El avión aterrizará en Montreal. Visitaré la Universidad de York y haré algunos contactos en Glendon College. Perfecto. Alquilaré un coche para llegar a Quebec. Primero, una semana en la ciudad: sus teatros, sus museos, sus restaurantes; y finalmente, emprenderemos hacia la zona de lagos y bosques donde el ático me espera.

Es la mejor decisión.

Cerré mi búngalo. Cerré la verja del jardín. Algunas ramas de mandrágora se me enredaron en las piernas. Trastabillé por las tijeras. Corté de tajo los brotes. La corola-arete que me balbucía al oído comenzó a secarse. Ahora es una liana parda que puedo camuflar con el peinado.

Entrecierro los ojos. La canción ranchera, que escucha tenuemente en la radio el chofer del autobús, me adormece.

De pronto, justo en la Pera, esa doble curva de la carretera que va saliendo de Cuernavaca, la canción se troza entre dos compases,

como grito de Dios partiendo el mar:

Radio comunitaria http://www.xhtxpp.com/tv-cinthia enrojosangre/

Esta vez vamos a compartir los versos que nos llegan por el twitter y que pesan como racimo de lágrimas, algunas frescas; otras, amargas.

Te comparto, a ti, que nos escuchas, las respuestas que nosotros mismos inventamos cuando la muerte toca a nuestra puerta:

@maite_p *Yo también hablo de la rosa, de la rosa horrísona de la metralla*

@pandemonium *Nadie sabe que el corazón es una bala de amor*

@Jujuy *Recojamos los trozos que nos dejan: con ellos sembraremos un árbol negro que crezca hasta el cielo*

@AyleenS *Voy a guardar este momento en mi cartera, para que alguien me lo robe para siempre*

Siguen, y siguen. Envíanos tu verso, escribe tú la historia de este país en rojo sangre. Somos la radio comunitaria y desde este punto del mapa tendemos el lazo que nos une en el corazón de la palabra.

De inmediato suben los murmullos de los pasajeros. Todo mundo toma sus aparatos móviles, envía su verso en menos de 140 caracteres. Cada uno quiere poner su parte en esta historia.

Yo no. Yo no he puesto nada. No he puesto nada para tener esta realidad.

13

Vago en la sala de espera del aeropuerto. Hay un retraso de más de cuatro horas en la salida de todos los vuelos. Niebla. Espesuras blancas sobre las pistas. Hay un ojo blanco que todo lo ciega.

Tomo café, deambulo por las tiendas internacionales libres de impuestos. ¿Llevaré perfumitos de regalo? ¿Aprovecho los descuentos de los suvenires de inditos con sombrero atados a su botella de tequila? ¡Las chinas poblanas en su colorido tapiz terciopelo!

Me acerco a los mostradores, tratando de acortar el tiempo de espera. Es extraño, hasta las marcas francesas despiden un aroma rancio. Pruebo dos cañas dispuestas en hielo para catar los agaves. No recuerdo que este sabor fuera tan amargo.

No, tampoco esa taza de barro esmaltado para café de olla, ostensiblemente dispuesta ante mis ojos. He dejado mi colección de tazas porque empezaban a hablarme desde sus grandes bocas siempre abiertas.

Mejor un amate original. Mis ojos siguen los giros pintados con maestría por el artesano: las figuras que se vuelven dedos y se enroscan en raíces que no terminan sino que se enredan unas a otras… Estoy a punto de tocar a esos seres que comienzan a moverse como si tuvieran vida sobre la pátina lechosa del amate. Basta. Todo tiene la textura de un presentimiento. Me llevo las manos a los bolsillos del abrigo. Las resguardo. No quiero sorpresas.

En el anaquel de enfrente, la platería de Taxco brilla en forma de arracadas y pulseras, llamándome con súplicas. Sus figuras de serpientes se enroscan formando raíces que se enredan en giros sin fin. Un aguijón me pulsa en los oídos. Salgo, de prisa. No quiero llevarme nada de aquí.

Vuelvo a sentarme a esperar. No me atrevo a abrir el cuaderno de Praga que palpita junto a mi pecho, bajo el abrigo. Pero me

gusta imaginar que Oksanna Niema Polk es hija de Lothen. No puede ser de otra manera. ¿Seré capaz de buscarla?

Pienso llenarme de valor en el ático que me tiene preparado mi hermano. Imagino las tardes lentas y la compañía de Hannah. Dejar atrás este paisaje asfixiado de mandrágoras. Recuperar mi brújula. Pronto estaré contemplando el otoño de cuento de Quebec, maravillada ante los acantilados del Cap Diamant, en la explanada de Terrassa Dufferin.

Expectante, busco en la galería de imágenes de mi celular las fotografías de los lugares que me esperan. Pero una nueva imagen aparece como fondo de pantalla, ¿cómo vino a dar esta fotografía aquí?: no me cabe la menor duda de que es Renata Henzel, la compañera de Gilda y de Adrián que ha quedado varada de amor en Barcelona. Viste un huipil chiapaneco y trae una cinta con los colores de la bandera mexicana alrededor de la frente. En una de las mejillas parece que lleva tatuada una flor de mandrágora. Con ambas manos alza una pancarta que dice:

¡Indignados y hasta la madre!

Tras ella, la Plaza de Catalunya, y al frente, su enorme vientre de mujer embarazada. En sus ojos hay un fulgor en el que yo me reconozco.

Me atreveré a recuperarlo. Mi brújula siempre ha marcado el Norte.

Sí, daré el salto a Finlandia, volaré al otoño que da a luz, en Laponia, a la primera aurora boreal: buscaré a Oksa, esa aurora que me devolverá, en sus espejeos y centellas, la sensación de pájaro habitado que alguna vez tuve en mis entrañas.

Alguna vez iba a tener un hijo, ¿o una hija? Vi cómo se convertía en un riachuelo de sangre, en un susurro escondido.

Ahora vuelve.

Los hijos muertos. Vuelven los hijos muertos. Un país de hijos muertos… ¿Cómo fue a ocurrir todo esto?

No, no es mi voz, no es mi pensamiento. La gente está levantándose de sus asientos, se arremolina en torno a las pantallas que anuncian los vuelos de las aerolíneas.

En todas las pantallas de la sala de espera refulgen, a ritmo de corazón, imágenes inverosímiles. Son fotografías de lo que está ocurriendo en estos momentos. Las mandrágoras han invadido el

aeropuerto, sus ramas han rodeado los aviones. La niebla se ha disipado. Ahora todo mundo puede ver lo que está ocurriendo. En el cintillo aparece el nombre del fotógrafo, Lothen Polk, quien, junto con un equipo de reporteros de la CNN, ha logrado esta panorámica a través de un helicóptero especial.

Es Lothen. Claro, siempre anduvo con su cámara al hombro. Siempre anduvo recorriendo el mundo, rodeándome, mientras yo me enredaba en mi laberinto de palabras.

Todo regresa. El reloj pierde las manecillas. La brújula pierde la flecha.

En los altavoces se pide calma. Pero la multitud ha comenzado a gritar:

—¡Son nuestros hijos muertos! ¡No nos dejarán en paz! ¡No podemos escapar!

Algunos se mesan los cabellos. Otros se santiguan. Otros más corren hacia la salida, pero sus cabezas rebotan en las puertas cerradas.

Estoy segura de que las raíces me siguieron bajo tierra todo el camino y han brotado hasta aquí con su salvaje grito de hojas-garra a retenernos en la huida.

Se esparce por todas las bocinas del aeropuerto el ulular de un clarinete. Son los *Bosquejos sobre un duelo de cañas* que Arturo Márquez, el compositor de Tepoztlán, llora sobre nosotros.

Cantamos desde el corazón de las mandrágoras que guían nuestra voz. Todos nosotros, una escultura humana, de nuevo barro primordial, esperando. Un toque mágico, un arca, un libro que nos contenga y nos retorne al ciclo de la vida.

Yo tengo entre las manos mi pase de abordar. Presiento que lleva escrito un mensaje definitivo, y que debo leerlo si quiero salir de aquí.

Le doy la vuelta y me obligo:

Adrián:

En este tiempo que se ensancha hasta la eternidad, estoy tratando de entender cómo transcurre el trance. En qué momento del gerundio me encuentro y por qué, y cómo sabré que ha terminado. ¿O no podré saberlo?

¿Quién conocerá el instante de mi muerte? ¿Es verdad que estoy muriendo? ¿No es un sueño o pesadilla este gajo del tiempo en el que un discurso se hila en el conjunto de átomos del universo, este discurso en el que todavía hay un "yo",

un “mi”, un nombre que es el mío, Adrián, Adrián Galindo Suárez, atado, asfixiado, cortado a machetazos?

Yo, trozos en bolsas, trozos de mí, rodando entre los perros callejeros.

¿Cómo sé que todo esto ha sucedido?

¿Cuál es mi última memoria?

Cesión

Espero que el tiempo realmente haya transcurrido afuera.

Que el comité editorial acepte la publicación de estas *hojas* (en su doble acepción, como habrá comprendido cada uno de ustedes a través de la lectura). No se me ocurre qué otra cosa hacer.

Necesito abordar mi vuelo. Todos los pasajeros que saldríamos del país nos hemos quedado paralizados en una burbuja del tiempo con la maleta en las manos, haciendo una fila incomprensible.

Alguien debe guardar la última memoria de todos estos jóvenes. Reenvío este mismo mensaje (con los archivos adjuntos que copié, escaneé y transcribí de la hojarasca) a varias casas editoriales, con la esperanza de que alguna, en cualquier país del mundo, recoja esta urgente petición.

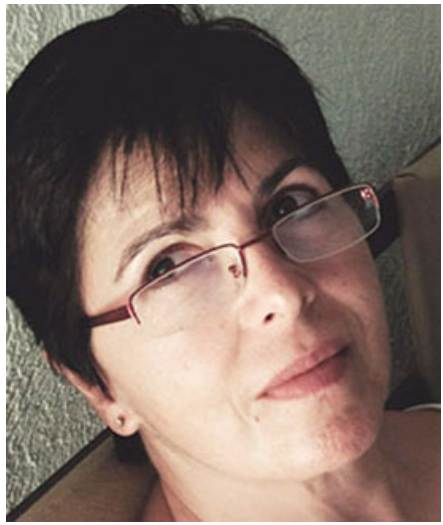
Repito, alguien debe guardar esta última memoria.

Reproduzco, en esta cesión de derechos, la carta que acabo de recibir por mensajería digital, con el objeto de atizar la aquiescencia de todos y cada uno de ustedes que habrán de tomar la decisión:

Adrián:

Hoy se cumple un año de mi muerte y todavía no acabo de morir. Mi cabeza es un badajo suelto que parpadea en los ojos de mi hermana, entre plastas de sangre. Mi padre cuenta las estrellas, como espía en el tragaluz, tratando de encontrar un misterio que se le ha quebrado sobre el escritorio. A mi madre, en su país de nieve y sombras largas, se le escurre una canción de cuna sobre la almohada, en medio de un sueño que no recordará.

Y Gilda, Gilda es el humo dulce que aún percibo…



ETHEL KOLTENIUK KRAUZE (Ciudad de México, 1954) es doctora en Literatura y autora de más de una treintena de obras publicadas en varios géneros literarios, por las que ha recibido un amplio reconocimiento en antologías y traducciones a diversos idiomas: inglés, francés, italiano, ruso, esloveno. Su obra *Cómo acercarse a la poesía* se ha convertido en un clásico contemporáneo, formando parte del acervo nacional en Biblioteca de Aula y Salas de Lectura de la Secretaría de Educación Pública de México. Ha construido una plataforma teórica y didáctica de la creación literaria, además de su exitoso modelo con perspectiva de género, *Mujer: escribir cambia tu vida*, puesto en marcha en vinculación con el Conaculta y la Secretaría de Cultura de Morelos, donde actualmente reside. Alfaguara ha publicado sus libros de cuentos *El secreto de la infidelidad* y *El instante supremo*, y sus novelas *El diluvio de un beso, Escenas de ira, tristeza y desesperación con momentos felices* y *Todos los hombres*.